

# Cierra los ojos y entrégate



Pilar Parralejo

# **PILAR PARRALEJO**

*Cierra los ojos y entregate*

*Amazon*

# Sinopsis

*Ella, una joven con un futuro por delante. Él, un hombre divorciado.  
Ella, la editora de una revista actual. Él, director de la editorial que lleva la revista.  
Un conveniente... accidente.  
Risas. Sexo. Celos. Deseo. ¿Una relación... sin futuro?  
Cierra los ojos y entrégate, déjate cautivar.*

Autor: Parralejo, Pilar

©2014, Amazon

ISBN: 9781505224429

Generado con: QualityEbook v0.75

# Capítulo 1

**T**AN pronto como terminó la reunión, Miranda Warhol, editora jefe de Stardust Miracle, cerró la libreta sobre sus rodillas, estirándose sobre el puf en el que había estado sentada durante más de dos horas. Se puso en pie elegantemente y se colocó bien la chaqueta del traje.

—Bien, chicas. Nos vemos aquí el próximo martes con los artículos de los zapatos más extravagantes del mundo, —señaló a un par de chicas— el artículo sobre vestidos de época, —miró a otro par de ellas— y el de los peinados sencillos pero elegantes para citas de ensueño. —¿Y el de los consejos para conquistar al hombre de tus sueños, del mes próximo? —respondió una de las redactoras a medida que se acercaban a la puerta.

—Bueno, de ese artículo me encargo yo —sonrió—. De vez en cuando también me gusta colaborar, ya lo sabéis.

Cuando todas salieron de la enorme sala de colores en la que se reunían siempre, Miranda indicó a su asistente que las siguiera, y este no tardó en unirse a ellas.

Las chicas se acercaron a la puerta del ascensor de cristal exterior, desde donde se veía gran parte de la ciudad en una imponente panorámica.

—Parece que hará buen tiempo el resto de la semana. Las chicas y yo iremos el viernes a un sitio nuevo ¿Querrás venir? —preguntó Pauline, una de las redactoras y alguien con quien Miranda se llevaba especialmente bien desde hacía algo más de tres años. —Pues no lo sé, ese viernes por la tarde vienen los de la mudanza y no sé si tardarán mucho —explicó—. De todas formas envíame la dirección en un mensaje, si terminan rápido me pasaré por allí, no me gustaría perdermelo. —¡Hecho! —exclamó—. ¿Sabes? A ese sitio nuevo suele ir tu amado Sebastian Jefferson —canturreó con intención de avergonzar a su jefa. —Por dios Pauli, ¡cállate! —Miranda la regañó con los dientes apretados mientras le daba un golpe con el codo en las costillas. —Vamos Warhol, ya todo el mundo sabe que te gusta el jefazo —rió, entrando en el elevador y corriendo para esconderse detrás de sus compañeras, haciendo que la editora se sonrojase por ver su secreto al descubierto. —Es cierto... —confirmaron las otras chicas asintiendo efusivamente.

Miranda se abrazó a su asistente y fingió que se ponía a llorar, haciendo reír a las muchachas y al secretario. No podían negar que lo pasaban genial en aquel trabajo.

Casi como si de una broma se tratase, Bastian, el guapo y sexy director general de New York Paper Ind., la editorial a la que pertenecía la revista de las chicas, esperaba en la puerta del

ascensor. Cuando éste se detuvo, la mandamás del grupo salió caminando de espaldas y, sin haber visto al hombre, chocó aparatosamente con él. Las chicas empezaron a reír y a pasar sobre los papeles para ir a sus puestos y dejarlos solos.

—¡Oh, madre mía! Lo siento tanto... Disculpa. Lo lamento muchísimo —murmuraba completamente avergonzada, mientras recogía el montón de papeles que el choque entre ellos había dejado desperdigados por el suelo. —No importa. ¿Estás bien? —Sí, estoy bien. Tú... ¿te he hecho daño? Lo lamento de verdad.

—Sí, también estoy bien —sonrió él, poniéndose en pie y presionando el botón para que las puertas del ascensor volvieran a abrirse— Ten un buen día.

—Gracias, tú... tú también —dijo la editora, sonriendo como una tonta antes de darse la vuelta y correr a su despacho hecha un manojo de nervios.

A Miranda nunca le había gustado un hombre como Sebastian. Él no era mucho más alto que ella, tenía el cabello semi-largo, de un castaño casi rubio, y ojos azul grisáceo. Era un hombre que siempre llevaba barba sin afeitar de varios días y mayor que ella por varios años. Miranda siempre se había enamorado de tipos como Maximilien, su asistente, chico atractivo, jóvenes y seductores. Hombres jóvenes con los que podía acostarse una noche y olvidarlos la noche siguiente. Tampoco es que lo hiciera así, se había acostado con al menos una decena de chicos desde su adolescencia, pero salió con todos ellos como mínimo por un mes.

Pauline la había visto correr a su despacho y, abrió una ventana de chat con el resto de las chicas para burlarse de ella.

—Realmente te quita el aliento, ¿no?

—No —la miró a través del cristal de su despacho con la cara aun colorada—. ¿Por qué siempre exageráis tanto? Solamente lo encuentro atractivo.

Una de las redactoras había encontrado una foto del ejecutivo en internet y la compartió en el chat. Miranda se puso en pie para regañarlas por su falta de decoro, pero su expresión risueña cambió inmediatamente, palideciendo más por momentos. Bastian se acercaba directo a su despacho, con su siempre recta y elegante postura.

NYPaper tenía reuniones todas las semanas en la sala de juntas contigua a la que usaban las chicas. Esta, por el contrario, no era en tonos blancos, rosas, naranjas y violetas, ni tenía como asientos cojines, pufs y sillones acolchados. Era una sala fría, gris, con una gran mesa de cristal ahumado en el centro y rodeada de sillas de símil piel color negro.

Bastian soltó la pila de papeles sobre la mesa conteniendo una sonrisa por el choque con esa chica.

—¿Pasa algo? —preguntó uno de los editores de la revista masculina que su editorial llevaba.

—No, no en realidad.

Desvió la mirada al montón de documentos y se dio cuenta de que los suyos estaban mezclados con los de la editora. Por un momento pensó en mandar a Sean, su secretario, pero le apetecía verla de nuevo así que, después de rebuscar y seleccionar los informes y recortes de Miranda, bajó a su despacho.

Al salir del ascensor la vio reír dentro de su acristalada oficina. Su cara aun lucía llena de

color y parecía interesada mirando algo en el monitor de su ordenador.

Caminó despacio, observándola mientras se acercaba, hasta que ella alzó la vista y le miró. Su expresión perdió todo color que pudiera tener.

—Buenos días de nuevo, Señorita Warhol. —Saludó, apoyándose en el marco de cristal de la puerta.

—Buenos... días —respondió ella, colocándose frente a la pantalla en la que aún estaba la imagen.

Las chicas reían, mirándolos. Ellas también estaban sorprendidas por la visita del jefe, pero la cara de su editora era un poema y era inevitable no reírse.

—Supongo que te sorprende mi visita.

—¡No! Bueno sí. Pero por favor, pasa, siéntate.

—No. En realidad vengo a por los papeles de mi reunión —ella lo miró sin saber a qué se refería, pero Bastian señaló con la mirada el montón que había en una mesita al lado de su escritorio.

—Oh, ¡lo siento! De verdad que lo siento...

—No te disculpes tanto, yo también me he llevado los tuyos —añadió, sacudiendo los que llevaba en la mano.

Maximilien miraba desde fuera. Había ido a por los cafés que la mandamás le había pedido y dudaba si entrar o no. Las chicas le llamaron con gestos, como si le dijeran que se apartase de allí. Su jefe se veía tan emocionada que, obedeciendo a las redactoras se acercó al escritorio de Pauline para no interrumpirlas.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está el jefe en su despacho? —preguntó soltando las bebidas calientes en la mesa de la pelirroja, pero ella no respondió, solo se encogió de hombros sin apartar la mirada de su amiga.

Mientras ella rebuscaba entre los papeles para devolverle los que se había llevado por error, él ojeó el despacho y con él, el reflejo en el espejo que había detrás de ella. Desde ahí pudo ver el monitor, donde había una foto suya en primera plana. Sin intención alguna de disimular dio la vuelta al escritorio para verla mejor.

—¿Y esto? —preguntó risueño. Miranda se giró horrorizada, sin poder articular palabra— Esa no es de mis mejores fotos, la verdad... ¿Son esos? —preguntó, cambiando de tema, restándole importancia a lo que había estado mirando.

—Si... estos son.

—Vale. Gracias. Espero chocar más veces contigo, me gusta sonreír antes de una reunión importante, ayuda a aliviar tensiones —Bastian tendió una mano como saludo y ella la estrechó tímidamente.

Nunca antes había pasado esa vergüenza. Había chocado con él, tirando todo lo que llevaba en las manos, le había hecho ir a por los documentos que se había llevado y, además, le había pillado con un retrato suyo en la pantalla.

Cuando el ejecutivo se marchó Miranda se llevó las manos a la cara, percibiendo sin querer, el aroma que la mano de ese hombre había dejado impregnado en la suya.

# **Consejo nº1**

**Chocar con él accidentalmente para llamar su atención. El ridículo no importa si conseguimos hacerle sonreír.**



## Capítulo 2

**H**ABÍAN pasado un par de días desde el encuentro fortuito entre Bastian y Miranda, y varios días desde que el directivo no lograra quitarse de la cabeza la expresión de sorpresa de la editora cuando vio que había visto su foto en la pantalla de su ordenador.

Él no era de esos tipos que se excitan al imaginarse con una chica más joven. Le costaba imaginar a su hija en unos años con alguien mayor que ella, o a su exmujer con un tipo más viejo que él. Pero había algo en Miranda que le llamaba la atención. Y era así desde la primera vez que la había visto, un par de años atrás, cuando el presidente de su empresa decidió reunir todas sus revistas en un mismo edificio.

Cuando Stardust Miracle se mudó al edificio Purple Gem muchos, muchos meses atrás, todos los muchachos del edificio se frotaron las manos. Ellos eran chicos en su mayoría, y en la revista femenina eran casi todas mujeres: la directora, sus asistentes, la editora jefe y las redactoras... Solo había un hombre, pero las chicas actuaban con él como si fuera una más.

El primer encuentro entre ellos fue en el baño de hombres de la décima planta, en el que ella había entrado tan apresurada como avergonzada. El servicio de mujeres estaba cerrado por una avería y, al parecer se había cortado con el cristal de una de las mesas que los transportistas habían roto, y necesitaba lavarse la herida. Entonces pensó que era mona, pero sobre todo la encontró diferente al resto. Las chicas que había conocido habrían lloriqueado por una uña partida o por un rasguño insignificante, el corte de su dedo parecía profundo y doloroso. Le ofreció su ayuda un par de veces, pero Miranda solo le rechazó, sonriéndole de forma encantadora.

La semana pasó en un santiamén. Antes de que se dieran cuenta ya había llegado la hora de salir y la editora jefe, que se encontraba cerrando la publicación de la revista, debía correr a su cita con los transportistas.

Se mudaba a un apartamento nuevo.

No es que estuviera mal donde vivía, un espacioso apartamento de setenta metros con una gran habitación y un salón espectacular en el mismísimo centro de la ciudad; pero le quedaba muy lejos del edificio nuevo de su trabajo, y había pasado dos años quejándose por el gasto de combustible y por las horribles retenciones a horas punta, así que con la mudanza salía ganando. Su nuevo apartamento era un poco más barato, un poco más grande y, a su modo de ver, mejor ubicado.

Era un edificio mediano, en la periferia y con muy buena apariencia y, por lo que le habían dicho las chicas, allí vivía gente exclusiva, algo que en realidad no importaba.

La empresa de mudanza había pedido una copia de sus llaves para poder empezar antes de que ella llegase y, después de un atasco de casi una hora, se encontró con el piso en el que había vivido tres años totalmente vacío, por lo que corrió a su nueva dirección.

Esperaba el ascensor al lado de la recepción cuando a su lado se pusieron una niña y una mujer, pero no reparó en ellas, tenía demasiadas ganas de ver como estaban dejando su nuevo y precioso apartamento.

—¿Tu eres la nueva vecina? —preguntó la muchacha. Una niña de unos doce años.

—Sí, supongo que sí.

—¿Supones? —Miranda la miró y asintió antes de devolver su atención a la puerta en la que se veía reflejada.

La niña y la mujer parecían dos versiones distintas de la misma persona: delgadas, de cabellos castaños, ojos color miel, altas. Se sonrió internamente preguntándose si su madre y ella eran así de parecidas.

—Mi padre me contó que se mudaba alguien hoy...

—Diamond, deja de incordiarla —dijo la mujer, sujetando los hombros de la niña— Discúlpala, tiende a hablar demasiado y a interrogar a los demás.

—Mi padre dice que sería una gran abogada.

—Quizás tenga razón —sonrió, accediendo al elevador, cuyas puertas se habían abierto en ese mismo instante.

Al llegar al sexto piso Miranda sonrió: las cajas se acumulaban vacías y plegadas junto a la puerta, y en el interior discutían sobre donde iban el resto de bultos. Se despidió de sus nuevas vecinas, que esperaban a que el ascensor siguiera subiendo, y atravesó el umbral de su nuevo hogar.

Una hora más tarde, las cosas más grandes estaban, al fin, colocadas, y después de una propina, los transportistas se marcharon, dejándola totalmente sola.

Caminó entre cajas y montones de libros y revistas, se dejó caer sobre el sofá y suspiró con una sonrisa en los labios. Estaba convencida de que su vida mejoraría considerablemente con ese cambio.

—¡Las chicas! —exclamó, mirando el reloj de su muñeca. Perfecto, aún estaba a tiempo para salir con ellas.

Corrió a su inmenso dormitorio y rebuscó entre las cajas algo adecuado que ponerse: un vestido cortísimo y ajustado de color negro y lleno de lentejuelas, una chaqueta vaquera ajustada y unos altísimos zapatos de tacón de tela negra brillante, a juego con el vestido.

Estaba cambiándose cuando recordó lo que Pauline le había dicho sobre el lugar nuevo, y se imaginó a sí misma encontrándose de frente a ese hombre cuya foto había visto en su pantalla. ¿Cómo se vería Bastian fuera del trabajo? Su atuendo fuera de la oficina era totalmente distinto, pantalones ceñidos, faldas cortas, camisetazo camisas con grandes escotes... si se encontrase con él, era probable que no la reconociese. Se sonrió al imaginar una escena así.

Al salir del apartamento, un aroma masculino flotaba en el aire, un aroma que le recordó a él. Adoraba que los hombres dejaran el ambiente impregnado con sus perfumes.

Bajó en el ascensor respirando profundamente y al llegar al vestíbulo aún perduraba ese olor,

como si quien fuera hubiera hecho ese mismo recorrido unos minutos antes. Fue hasta la salida y sin querer se dibujó una sonrisa en sus labios.

—¡Vaya! Buenas noches, señorita Warhol.

—¡Max! —Exclamó— no sabía que íbamos a ser vecinos.

—¿Vecinos? Yo no vivo aquí, es mi novio quien lo hace... ¡Jared! —llamó— Miranda, él es Jared Marrone, mi novio.

—¡Vaya! Al fin nos conocemos, Maxi siempre habla de su cariñín...

—Supongo que tú eres Miranda, la jefa ruda, seria y aburrida de Stardust...

La editora se cruzó de brazos y frunció el entrecejo, pero acto seguido empezó a reír a carcajadas.

—¡No! —Dijo el asistente— Ella es un amor —añadió, dejando un beso en la mejilla de la muchacha—, Davina Mellas es la jefa ruda, aburrida...

—Oh, y un tanto perversa, no lo olvides —añadió ella—. Además... qué poco sutileres... de haber sido la señora Mellas, ¡Maxi habría estado despedido en el acto! Voy a salir con las chicas, ¿Queréis venir? A ellas también les encantará conocerte —pinchó con un dedo en el brazo de Jared.

Los chicos parecieron pensarlo, pero en vista de su falta de planes y la insistencia de ella, accedieron.

El trayecto en coche fue de lo más divertido, contaron anécdotas del trabajo, rieron con tonterías... pero al acercarse a la entrada del nuevo local la sonrisa de Miranda fue perdiendo intensidad. Le ponía nerviosa que fuera cierto lo que había dicho Pauline. Le inquietaba la idea de encontrar realmente a Bastian por allí.

Los chicos se dieron cuenta de sus nervios y sujetaron cada uno un brazo de la chica mientras esperaban en la cola.

Aquel local era increíble. Los techos eran altísimos, con pasarelas de cristal de las que colgaban jaulas circulares con sexis gogos. Había al menos una decena de bolas de discoteca que reflejaban destellos de colores provenientes de los focos, y la gente bailaba despreocupada en la pista, un piso por debajo de la puerta de entrada

—Agradezco que hayáis venido conmigo, no creo que hubiera podido enfrentarme a esto yo sola.

—Tienes razón, Warhol, esto es...

—Gigantesco —terminó Jared, mirando hacia la pista con la misma expresión que su novio y su nueva amiga.

Entraron despacio después de que el gorila de la entrada les diera paso y, como si el destino tratase de jugar con ella, Bastian estaba justo frente a ellos. Por suerte estaba de espaldas y no la vio, por lo que, apretó el brazo de los chicos y se adentraron entre el gentío en busca de sus amigas, ignorando la presencia del directivo.

Las chicas coqueteaban con uno de los tipos de la barra, un guapo camarero con la camisa entreabierta, pajarita y dos hoyuelos decorando su bonita sonrisa.

—¡Warhol, Maxi! —Saludó Cherry, una de las chicas— ¿Quién es el chico? —preguntó acercándose a Jared con intención de ligar con él.

—Éste es mío, Perry —dijo, agarrándose a su cintura—. Tú puedes seguir intentándolo con el

camarero...

—No sabía que era tu novio... —aclaró, sacándole la lengua en un gesto infantil—. Yo soy Cherry Perry, pero todo el mundo me llama Cher —se presentó, acercándose para darle dos besos—, y ellas son Pauli, Jessica, Evelyn, Sheryl, Anne y... bueno, las chicas. ¿Queréis algo?

Mientras la redactora presentaba a Jared a su grupo de amigas, Miranda trataba de no buscar con la mirada al “jefazo”, ardua tarea ya que inconscientemente se moría por verle, aunque fuera a lo lejos.

Llevaban más de una hora bailando, cuando un par de chicos se acercaron a ellas con aparentemente bastantes copas de más. A Pauline y a Cher no pareció importarles, bailaban despreocupadas y seductoras, pegándose a ellos como si restregarse con dos desconocidos fuera lo más natural.

Miranda, lejos de disfrutar, parecía agobiarse entre tanta gente. Apenas tenía espacio para verse siquiera los pies, pero lo que más le molestaba era notar como alguien entre aquella muchedumbre manoseaba su trasero continuamente. Ya agobiada decidió salir para tomar el aire, hizo un gesto a sus amigas y se apartó de la pista de baile.

Caminaba a paso ligero con dirección a la escalera de cristal y neón cuando nuevamente vio, frente a ella, a ese hombre del que llevaba dos años colgada. Cuando un rato atrás lo vio cerca de la puerta pensó que quizás se marchaba, pero ahora estaba ahí, sonriendo a alguien en su dirección, a alguien a quien no se atrevió a buscar.

No había subido ni medio tramo de escalera cuando el tacón de su zapato se enganchó en una de las decoraciones que perfilaban cada escalón y tropezó, torciéndose el tobillo. Siguió andando con fingida normalidad, terminó de subir y salió a la calle, respirando con fuerza. Le encantaba el aire nocturno, y más aún la sensación de verse libre después de haber estado apresada entre decenas de personas que le impedían todo movimiento.

—Maldita sea... —se quejó al dar un paso más, soltando todo el aire y agachándose para tocarse el pie.

—¿Necesitas ayuda? —Preguntó alguien tras ella— ¿Señorita Warhol? —Preguntó de nuevo, rodeándola.

La voz le sonó tan familiar que por un momento se olvidó de su tropiezo, del dolor de su tobillo y de su propia existencia. Alzó la mirada y se encontró directamente con los ojos de Bastian fijos en los suyos.

—¿Estás bien? —preguntó con una sonrisa, ofreciéndole ayuda con una mano estirada.

—Ehm...sí, sí, estoy... estoy bien. Es solo... ha sido solo un traspies, ¡qué torpeza la mía!

El hombre la ayudó a erguirse, pero ella no tardó en apartarse de él.

—Lo siento...

—¡No!, no te disculpes, es solo que me pones nerviosa —soltó sin pensar—. No, perdona, no quería decir eso, es...

—A mí también me pones nervioso, Miranda. —Ella le miró sorprendida, y en un momento el hombre no supo qué decir para disimular sus propias palabras— Me asusta bastante que tropieces conmigo otra vez y me rompas algún hueso —bromeó.

La miró de abajo a arriba, fijándose en sus piernas desnudas, ese vestido dejaba poco a la imaginación, y contrastaba con la imagen que tenía de ella: una chica recta, seria... Cuando ella

empezó a caminar para alejarse, se dio cuenta de que cojeaba y de un par de pasos se acercó y la tomó por el brazo, forzándola a apoyarse en él.

—Estoy bien, estoy bien... Solo necesito llegar a mi coche.

Bastian no dijo nada, la acompañó hasta donde tenía su transporte, caminando despacio a su lado. Al llegar al escarabajo amarillo, el directivo no pudo evitar ponerse a reír. Con su aspecto y la actitud recta que tenía en el trabajo, no esperaba que condujera algo de menos categoría que un Audi o un Mercedes, en cambio, aquel coche quedaba perfectamente con el atuendo que llevaba fuera de la oficina: juvenil, desenfadado y sexy.

Miranda se apoyó en el capó, apartándose de él y rodeó el escarabajo con pasos cojos.

—Espera, espera. ¿De verdad pretendes conducir? —Ella lo miró con una ceja arqueada, como si no supiera a qué se refería— Apenas puedes caminar en condiciones... No voy a dejar que conduzcas así.

En un acto impulsivo se acercó a ella, la levantó, con las manos en su cintura, y rodeó el automóvil para que se sentase en el asiento de copiloto. Iba a conducir él.

—Dame la llave.

La editora estaba tan nerviosa por lo que acababa de hacerle, por sentir la fuerza y el calor de sus grandes manos en su cintura, que obedeció sin más. Sacó la llave del micro bolso que llevaba colgando de su hombro derecho y se la ofreció.

Bastian trató de contener la sonrisa, nunca pensó que fuera de la oficina fuera tan tímida y encantadora. En un gesto amable abrió la puerta para ayudarla a subir.

Salían de la zona de aparcamientos cuando Miranda se detuvo a analizar la situación. Todo había pasado muy deprisa. Había dejado colgados a los chicos después de prácticamente obligarles a ir con ella, había dicho que salía a tomar el aire pero se había marchado sin más, y lo peor, Bastian Jefferson, el hombre de sus sueños, conducía su corcel amarillo, llevándola a casa en un acto más que romántico.

—No sé dónde vives... —murmuró.

—Edificio White... —alcanzó a decir, mirándolo de reojo desde su asiento. El ejecutivo devolvió la mirada con una ceja arqueada, como si no creyera lo que le había dicho— Me he mudado hoy...

Bastian no puso en entredicho lo que le había oído, sabía que tenía vecinos nuevos y por Sean, su secretario, que Miranda se mudaba, aunque le sorprendiera descubrir dónde.

Siguiendo las indicaciones de la chica bajó con el coche al primer piso del aparcamiento, y tras detener el motor la ayudó a salir.

Al llegar al vestíbulo por las escaleras, pensó que Bastian se marcharía, pero lejos de eso se colocó a su lado frente al ascensor. Empezaba a ponerla nerviosa.

Cuando las puertas del elevador se abrieron, el ejecutivo la ayudó a entrar y esperó que le dijera el piso.

—No necesito que me acompañes a mi apartamento. Estoy bien, de verdad.

Él no respondió, sonrió de una forma que la volvía loca y presionó uno de los botones.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Resulta, señorita Warhol, que vivo en este edificio desde hace años.

—¿En... en este edificio? —Él asintió— Dios mío, lo siento...

—Parece que en lugar de acosarte yo... eres tú quien lo hace. Chocas conmigo al salir del ascensor, te llevas mis documentos, contemplas fotos mías en horario laboral y te mudas para vivir cerca de mí...

—¡No seas presuntuoso! —Exclamó, haciéndolo reír—. Yo no sabía que vivías aquí.

—Lo sé... Pero me encanta la cara que has puesto al oírlo.

Al llegar al sexto piso, la muchacha caminó hasta detenerse en su puerta, mirándolo, pensando que él haría lo mismo, supuso que vivía en el mismo piso, pero él solo se cruzó de brazos, como si esperase que ella entrase primero. Se despidió con un gesto rápido de manos y entró en su apartamento, dejándolo en el ascensor, sin atreverse a acercarse para mirar por la mirilla por si él se había bajado en ese mismo piso, por si estaba ahí. Cuando el indicador sonoro advirtió de que las puertas se cerraban, dejó caer los hombros, como si se desinflase. ¿Cómo iba a vivir ahí sabiendo que él vivía en el mismo edificio en el que estaba su apartamento?

Duchada, cenada, y con su ropa cómoda, llamó a las chicas, que debían seguir en aquella imponente discoteca.

Su vida prometía ponerse más interesante desde ese día.

## **Consejo nº2**

**Dejar que te rescate después de la caída. Un verdadero caballero te ayuda a levantarte tras un tropezón.**



## Capítulo 3

**S**ONÓ el despertador. Miranda llevaba cerca de una hora despierta. Aunque su nuevo apartamento era ideal, apenas había podido dormir en condiciones. Extrañamente, ese día no le apetecía ir a la oficina vestida con un traje serio. Usaría americana, le encantaba como se ceñían a su cintura cuando ajustaba el botón delantero, pero no llevaría una falda seria o unos pantalones de traje.

Al cerrar la cremallera de sus botines de tacón sintió la molestia de su tobillo, y con ella recordó su extraño encuentro con el director general de New York Paper Ind. Sonrió como una tonta al imaginarse encontrándolo de frente cuando se abrieran las puertas del ascensor, bajando juntos al aparcamiento y conduciendo uno detrás de otro hasta la oficina.

Tomó un desayuno rápido y se marchó.

—Uuuh —canturreó Sheryl, una de las chicas, tan pronto como la vio salir del ascensor vestida de esa guisa—. No sabía que te atrevías a venir tan sexy a la oficina...

—Cállate She, que ya me estoy arrepintiéndome —sonrió ligeramente avergonzada.

Todas las plantas del edificio estaban separadas solo con paredes de cristal. Enormes vidrieras dejaban, a un lado del pasillo, la redacción de las chicas, del otro lado, el resto de redacciones de la editorial. Cuando salió del ascensor muchos de los chicos se giraron para mirarla, haciéndola sentir avergonzada por su atuendo informal.

No hacía mucho que había llegado cuando, la ventanita de chat se abrió en una esquina de su monitor. Bastian iba derecho a su despacho igual que una semana atrás. Miranda no supo donde esconderse.

—Buenos días, señorita Warhol.

—Buenos días. ¿Puedo...?

—No quiero nada. Solo venía para preguntarte por el tobillo... ¿Te duele?

La editora se sentó en su sillón de director y sonrió aliviada.

—Estoy bien, muchas gracias por preguntar. Además, gracias a alguien no tuve un accidente conduciendo.

—Que te acompañase tiene un precio. ¿Me invitas a un café... digamos que en dos horas?

Bien, si ya se sentía ridícula después de haber mencionado que la acompañase, ahora estaba esa invitación que no esperaba y a la que no sabía cómo reaccionar.

—Todas las mañanas, las chicas y yo vamos al Cupid Café. Podéis venir tú y tu secretario, os invitaré a los dos.

Por un momento el directivo se sintió defraudado, pensó que querría desayunar a solas con él, pero por el contrario, quería compañía.

Sin decir nada más la miró con una sonrisa, asintió y salió del despacho con la sensación de haber sido rechazado.

A la hora del desayuno, la décima planta de Purple Gem se quedaba completamente vacía, tanto las chicas de una revista como los chicos de las otras salían, casi en estampida, para tomar aire y tomar deliciosos desayunos en las cafeterías cercanas. Ese lunes, Miranda esperó, ansiosa, a que Bastian bajase con ellos en el ascensor. Fingió que necesitaba algo de su oficina para correr en el momento en el que lo viera descender a través de los cristales, pero no lo hizo, y no le quedó más remedio que ir con sus compañeras.

El ejecutivo tampoco había dicho nada a su secretario, de forma que se encontraron solas, como siempre, en el Cupid Café, una cafetería en la que servían deliciosos *mokaccino* con más que apetecibles dulces franceses.

De vuelta, supuso que Jefferson no habría ido a desayunar, no sabía el motivo y, como empleada de la editorial tampoco era un asunto que debiera importarle, pero una deuda es una deuda. En el mostrador, a la hora de pagar por todos los cafés pidió, además, un pequeño surtido de pastas en una bandejita de cartón y uno de esos cafés en vaso grande, todo para llevar. Y así, de regreso a la oficina, tendría un motivo para ir a verle a su despacho.

Mientras subía por la escalera de emergencia, como siempre después del desayuno, se arrepentía de haber pensado en él a la hora de volver. ¿Cómo diablos iba a subirse su oficina? Se había avergonzado terriblemente cuando él había ido a su despacho, ella no podía hacer lo mismo con la simple excusa de un café...

Caminaba debatiéndose entre qué y que no hacer, pero antes de poder echarse para atrás se dio cuenta de que había subido hasta el último piso, y que se encontraba frente al mostrador de cristal del guapo secretario de Sebastian Jefferson.

—Buenos días, señorita Warhol. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero... ¿Se encuentra el director en su oficina? —El muchacho desvió la mirada hasta los envases de cartón que llevaba y acercó la mano a su auricular para indicar a su jefe que tenía visita—. ¡No! No le digas nada. Mejor te lo dejo aquí y se lo entregas tú cuando creas que está libre.

—Ha llegado un minuto antes que usted, no creo que esté haciendo nada. Adelante...

El muchacho se puso en pie y se acercó a la puerta nacarada del director, indicándole con un gesto que pasase.

Bastian estaba de espaldas a la puerta, con el respaldo de su silla blanca ligeramente inclinado hacia atrás y mirando hacia el enorme ventanal. Miranda tocó la puerta con un par de golpecitos para llamar su atención y, sin esperar a que él le diera permiso entró, empujando la puerta con el trasero para cerrarla.

—Os he estado esperando, pero en vista de que no llegabais... te traigo el café. —Dijo soltando los envases de cartón sobre la mesa de cristal—. No sé si lo tomas solo, dulce o muy

dulce, así que el azúcar viene aparte.

—No era esto a lo que me refería con que me invitases a un café —sonrió, deslizando la mirada de sus ojos a su escote—. Hace dos años que trabajamos en el mismo edificio más de diez horas al día y no sabemos nada uno del otro. Además, ahora somos vecinos y es probable que nos encontremos muy seguido, señorita Warhol. Pretendía conocerte un poco mejor desayunando los dos solos, no en compañía de... ya sabes.

—Lo siento, no lo entendí así. Quizás podamos tomarlo en otro momento... —sonrió nerviosa mientras le ofrecía la bandeja de dulces.

Y en poco menos de un minuto desapareció de allí. ¿Conocerle mejor?

Se sentó en su despacho ante la mirada de Pauline y de Cher. Ambas eran las más locas de la revista y debía reconocer que eran las dos que más le hacían reír, pero de regreso a su oficina, los comentarios graciosos sobre ella y el jefazo no le hicieron tanta gracia como de costumbre, iba inquieta por esa conversación de un minuto atrás: «pretendía conocerte», «desayunando solos».

Su preocupación iba a durar poco, Davina, directora de la revista y superior de Miranda, llegaba para hacer acto de presencia y para mostrar su autoridad sobre las chicas de la redacción.

Solo iba de tanto en cuanto para asegurarse de que todo iba como debía pero acababa de llegar al edificio. Salía del ascensor con una sonrisa nunca vista, y lo hacía con Rupert Howart, director de Sportoday, alguien que sí era habitual ver por allí, y quien además, era tan amable con las chicas como con sus empleados.

Después de un gesto con las manos fijó la mirada en el despacho de Miranda y se dirigió hasta allí con paso firme, mientras colocaba bien el pañuelo de su cuello y colocaba el asa del bolso en su hombro derecho.

—Buenos días, Miranda.

—Buenos días, señora Mellas.

—Max, bonito —dijo con desprecio mientras le miraba de reojo— cuando los mayores hablan los asistentes van a por café.

El muchacho miró a la mujer mientras se acercaba a la puerta y, cuando esta le dio la espalda de forma petulante él le hizo una burla que hizo reír a la editora.

La mujer miró hacia atrás, ceñuda, con cara de pocos amigos.

—¿Que de qué sabor quiere usted el café? Lo tenemos vienés, Cappuccino, americano, Macciatto...

La editora casi no podía contener la risa mientras el muchacho seguía diciendo tipos de café y la directora de la revista resoplaba con los ojos encendidos en furia.

—Impertinente... Miranda, no sé de dónde lo has sacado pero...

—Es un buen asistente —interrumpió, guiñando un ojo al muchacho e indicando con la mano que se marchase antes de que le despidiera sin que ella pudiera hacer nada para remediarlo.

—Voy a mi oficina pero, en media hora quiero que te reúnas conmigo en la sala de reuniones gris. Trae a una de tus chicas y a ese despreciable asistente tuyo, tengo algo pensado para número especial.

Davina siempre andaba con misterios. Aunque fuese a contarles con detalles lo que fuera que hubiese pensado, siempre, y cada una de las veces, se mantenía en silencio sepulcral hasta el momento de la reunión, algo que desquiciaba a Miranda.

Tal y como la directora pidió, tanto la editora jefe, como asistente y redactora subieron a la sala de juntas a la hora acordada.

Al abrir la puerta llegó la primera de las sorpresas: Davina no estaba sola, con ella estaba Rupert y el asistente del editor jefe de Sportoday, ambos sentados a un lado de la mesa, frente a la directora.

Después de un gesto, los tres miembros de Stardust Miracle se sentaron a la derecha de la mandamás.

—Llevo meses pensándolo y al parecer, el señor Howart está de acuerdo conmigo. El especial de primavera llevará un artículo en conjunción con Sportoday.

—Pero Señora Mellas...

—Sí, sí... ya sé que la nuestra no es una revista deportiva, pero el artículo no irá de deportes sino, de guapos deportistas y lo que atrae de ellos a las chicas.

—La mayoría los quieren por sus millones —dijo Miranda.

—Eso no es del todo cierto —interrumpió Bastian, quien había llegado sin que nadie se percatase y estaba apoyado al lado de la puerta con una pose elegante y masculina—. Muchas están enamoradas de sus músculos, otras aman el deporte...

—¡Eso es! Así me gusta, que debatáis. —Davina se puso en pie, aplaudiendo el punto de vista del director, lo que hizo a Miranda rodar los ojos—. El artículo debe estar listo en quince días. Además, quiero una lista de productos que se puedan regalar con ese número especial.

—Pero señora Mellas, nuestra revista no es como esas revistas mediocres... Nosotros no hemos hecho antes ningún obsequio.

—Me indigna que pienses eso. Stardust Miracle cumple cinco años con el lanzamiento del número de primavera. Además ese ejemplar irá acompañado del especial de Sportoday. Quiero que mi revista ofrezca un obsequio a las lectoras fieles y me da totalmente igual lo que creas, me haces una lista y punto.

Miranda no respondió. Permaneció en silencio, dejando que su jefa divagase sobre lo que ella creía mejor para la revista. ¿Ella quería un listado? Se lo daría.

—¿Puedo preguntar por qué no está Jeremy en la reunión? —preguntó Evelyn, de la revista femenina.

—Yo ocuparé su lugar —aclaró Bastian— Los primeros años de Sportoday yo fui su editor jefe. Yo llevaba el tema de los especiales... lo que vosotras ahora. Rupert cree que sería algo bueno para la revista que el director editorial colaborase nuevamente.

Pasaban de las siete de la tarde, ya todos en la redacción debían haberse marchado, pero ellos seguían encerrados en la sala gris, tratando el mismo tema absurdo que horas atrás: el especial de Stardust Miracle.

Al fin, cerca de las nueve, Davina daba por finalizada la reunión. Debido a los puntos de vista de las dos editoriales, habría dos artículos: uno en Sportoday, dirigido más al público masculino (Las deportistas más sexis del momento y lo que más gusta de ellas) y otro en Stardust, dirigido al público femenino (Guapos deportistas y las cosas que más gustan a las chicas).

Cuando Miranda salía de su coche, en el aparcamiento del Edificio White, encontró a Bastian apoyado en el capó de su coche. Pretendió pasar por su lado sin más, dirigirse a su apartamento y

tranquilizar los nervios que ese hombre provocaba en ella cada vez que se encontraba con sus ojos.

—Bueno... yo espero que no te hayas enfadado conmigo por dar mi punto de vista en nuestra peculiar junta.

—¡No!, claro que no. Solo estoy cansada. Éste ha sido un lunes particularmente difícil, y además estoy muerta de hambre por culpa de...

—Pues yo te agradezco sinceramente ese café con pastas. De no ser por eso, mi asistente tendría que traerme a rastras —ambos rieron por el comentario—. Pero eso no hace que te perdone.

—¿Que me perdone?

—¿Sabes, Warhol? Nunca antes había tenido tanta curiosidad por conocer a alguien.

Ambos se mantuvieron en silencio mientras caminaban hacia las puertas del ascensor, donde esperaban un par de vecinos más.

Al llegar a la sexta planta, donde vivía ella, ambos bajaron del elevador, deteniéndose en medio del vestíbulo, buscando como despedirse de una forma amigable.

—Y luego está el que te mudases a mi edificio... —dijo él, rompiendo el silencio.

—¡Yo no sabía que vivías aquí! —Exclamó con el ceño fruncido y la cara arrugada, mostrando fastidio.

—Ya, bueno... ¿Te parece si discutimos ese tema mañana tomando un café, compañera?

Miranda dudó por un momento, pero en su interior también se moría por conocer un poco más a ese hombre, aunque la pusiera realmente nerviosa con solo cruzar miradas.

—Hecho. Buenas noches —sonrió.

—Buenas noches, Miranda.

La muchacha entró en su apartamento con una sonrisa y tras cerrar, se volvió para mirar por la mirilla y comprobar si Bastian seguía ahí o si se había marchado. Las puertas del ascensor se cerraban y Miranda se deslizó hasta el suelo con el estómago encogido por la emoción de haber estado con él aunque solo hubiera sido un par de minutos.

Hacía cerca de una hora que se había despedido de Sebastian Jefferson y, a cada minuto que pasaba se arrepentía más de haber aceptado la invitación para tomar café. Sabía que era algo inocente. ¿Qué puede haber de malo tomar café con un compañero de trabajo? Pero no era solo el café sino la insinuación que había detrás. La intención de querer conocer más sobre alguien.

Se acercó al ascensor una docena de veces para subir y pedirle que aplazasen esa cita pero, en cuanto llevaba los dedos al botón se arrepentía de sus propios pensamientos y volvía de nuevo a su habitación.

Después de pasear nerviosa por la casa se metió en la cama.

## **Consejo nº3**

**Mudarte a su edificio. Encuentros  
accidentales en el aparcamiento o en el  
ascensor pueden hacer de una simple  
relación de desconocidos, una bonita relación  
de algo más (vecinos para empezar... ;))**

## Capítulo 4

LA mañana empezaba peor que mal. Max se había caído por una escalera y se había roto un brazo: no podría ir a trabajar en un par de días. Evelyn, la redactora que trabajaría con el otro chico en el artículo especial, tenía varicela por culpa de su sobrina: faltaría a su puesto de trabajo al menos una semana. Y Davina, su odiosa y caprichosa jefa, llamaba para informarle de que el plazo para entregar el artículo especial se reducía de quince a diez días. Por si fuera poco, también estaban los nervios de su pequeña reunión con el jefe.

A la hora del café, Bastian bajó del ascensor en la planta de Stardust Miracle, fijando la mirada en el despacho de su “cita”, pero éste tenía las luces apagadas y no había ni rastro de ella. Por un momento pensó que estaría esperando por él en la cafetería que le había dicho el día anterior, así que, sin pensarlo, y con una sonrisa en los labios fue a su encuentro.

Después de cerrar un par de tratos con un par de clientes nuevos y de informarse un poco sobre el gusto de las chicas en redes sociales, en foros y demás, salió de la oficina. Quería ver a sus dos compañeros, aunque para ello debiera desatender sus deberes y obligaciones por un rato.

La hermana de Evelyn la recibió en la calle, no quería que entrase en una casa en la que había tres personas enfermas, aunque para ello aparentase ser una persona maleducada.

Maximilien, en cambio, abrió la puerta sonriente pero con una expresión cansada por culpa de los analgésicos.

—La diosa me matará cuando vuelva.

—No. Le diré que te he dado unos días libres para que busques información —sonrió ella, abrazándose amigablemente a su compañero.

—Eres la mejor, ¿Lo sabías?

—No, no lo soy. Pero dime, ¿Cómo demonios te has caído por la escalera?

—Si te lo cuento no me creerás...—ella se cruzó de brazos y alzó una ceja de forma retadora — Está bien, está bien...Sofocles, el perro de mi vecina corría por las escaleras con un bote de champú en el hocico, no me preguntes por qué. El caso es que no vi el jabón de los escalones y resbalé...

—Parece digno de una comedia... —rió.

—De una comedia surrealista, aunque no me hizo tanta gracia ayer...

—Pobrecito... —dijo ella, acercándose para hacerle un arrumaco como si fuera un niño



pequeño— Tengo que irme. ¡Gracias por el café! Estaba delicioso.

—No trabajes mucho y... ya me contarás qué tal con el jefe —Miranda se ruborizó casi instantáneamente, haciendo que su asistente empezase a reír.

Adoraba trabajar con ese chico.

Al entrar en la oficina había una flor de origami sobre su escritorio, acompañada de una nota en forma de sobre. Supo de inmediato que era de Bastian, y que nuevamente estaría decepcionado por ese segundo intento fallido de tomar un desayuno a solas. Desdobló el pedacito de papel esperando encontrar un reproche por el plantón, pero por el contrario, la nota le decía que esperaba que “las chicas” estuvieran bien.

Soltó el bolso sobre la mesa y salió del despacho con dirección al del otro director, pero lo encontró a mitad del camino.

—Vaya, vaya... Trata usted de evitar ese café a toda costa, ¿no, señorita Warhol? —dijo él, cruzándose de brazos.

—Lo siento. Siento mucho el plantón, pero hoy tampoco podrá ser, a menos que quieras tomarlo en mi casa.

—Acepto. —Dijo sin darle tiempo a contradecirse a sí misma—. Además, no presentó sus saludos como nueva vecina.

—De verdad eres algo... —sonrió— He de volver al trabajo. Si no nos vemos el resto del día, ¿te parece un café tardío a las nueve de la noche?

—Tardío... no hay horas tardías para tomar un café. Ve, no quiero ser causante de que desatiendas tus obligaciones.

Era extraño. En dos años compartiendo ascensor, cruzándose por los pasillos o en el aparcamiento nunca, nunca, habían intentado hablar uno con el otro, a pesar del enamoramiento adolescente de ella o de la curiosidad de él. Ahora, en poco más de una semana ambos vivían en el mismo edificio, habían ido en coche juntos y compartían palabras y sonrisas.

Aunque el trabajo retrasó la salida de Miranda de la oficina, llegó a tiempo a casa para cenar y ponerse cómoda antes de que llegase Bastian.

Aquella era la primera vez que esperaba a alguien en su propio apartamento. Hasta ese momento siempre había sido ella quien iba a visitar a sus novios o quien los esperaba en la puerta de la calle hasta que venían a buscarla. Echó una ojeada rápida para que no hubiera algo fuera de lugar y fue a la cocina para preparar ese café.

Miranda no era una persona a la que le gustase la suciedad, siempre lo tenía todo muy limpio, pero era un desastre en cuanto a su ropa. Si tenía calor y se quitaba el suéter era muy probable verlo en el respaldo del sofá o de alguna silla durante varios días, lo mismo para los libros, el maquillaje o para los perfumes.

El reloj fue llegando, pausadamente, a la hora de su cita, pero el directivo no llegaba y no sabía si subir los pisos que les separaban y llamar a su puerta para recordarle ese café o si esperar pacientemente.

Después de dos horas, mil vueltas por la casa y el café recalentado una docena de veces, decidió ir a dormir, quizás por la mañana le explicaría el motivo por el que no había asistido a su

cita nocturna.

Adoraba su nueva habitación. Era una estancia grande, con un armario enorme a un lado y con un baño. Parecía la suite de lujo de algún hotel. La cama era la que ella tenía en su antiguo apartamento, grande, con un grueso y esponjoso colchón.

Le gustaban especialmente las vistas desde aquel dormitorio. Desde allí podía verse el mar muy a lo lejos, hacia la derecha; se veía la montaña al otro lado, también en la distancia y, un poco menos retirado de allí, se veía todo el núcleo urbano, donde había vivido desde que terminó la universidad, un lugar frío, lleno de edificios más que enormes en los que, sin importar la hora siempre había alguien, un lugar carente de emociones donde siempre estaba corriendo, igual que el resto de sus habitantes.

White también era un edificio importante. No era un rascacielos con decenas y decenas de plantas, por el contrario solamente tenía una docena de ellas, con solo dos apartamentos por piso y una (según ella exagerada) recepción en la parte más baja. Bajo el suelo de ésta había un aparcamiento que siempre estaba lleno de coches, entre ellos el de Bastian y el suyo.

El reloj marcaba las dos y aún no había logrado pegar ojo. ¿Qué habría pasado para que Jefferson no acudiera? ¿Se habría olvidado? ¿Se habría arrepentido?

Por la mañana, las ojeras eran más que notorias por su falta de sueño, y el cansancio le pedía que no se moviera de la cama, pero sus obligaciones no entendían de necesidades físicas y tampoco podía ausentarse de su trabajo, y menos aun faltando Max y Evelyn.

El coche de Bastian no estaba en el aparcamiento, y sin querer empezó a preocuparse.

Pauline se acercó a ella al ver que tenía la mirada perdida.

—¿Estás así porque aún no ha llegado el jefe? No creo que tarde en venir —le dijo, apoyando la barbilla en su hombro y rodeándola con los brazos de detrás hacia adelante—. Habrá pinchado, o se habrá dormido, o...

—Anoche tampoco vino a casa.

La redactora se apartó y la hizo girar sobre sus pies para tenerla de frente.

—Explícate... ¿No vino a casa?

—¿Recuerdas la discoteca? —La pelirroja asintió con la cabeza— Cuando salí a tomar el aire tropecé y me hice daño en un tobillo. Él estaba ahí y no dejó que condujese hasta casa, me llevó él. El lunes, me pidió que saliéramos a tomar un café —Pauline alzó una ceja con expresión simpática— y, por una serie de circunstancias no pude. Le dejé plantado...

—Ahora entiendo por qué estaba en el Cupidayer... Pero, ¿Y eso de que no fue a casa?

—Le debo un café y le dije que fuera a casa, el apartamento que encontramos... resulta que está en el mismo edificio que el suyo. Pauli, me mudé unos pisos debajo de él. Compartimos edificio: recepción, ascensor, aparcamiento...

—¡Eso es el destino! —canturreó. Miranda se apresuró en taparle la boca con una mano para que no se enterasen el resto de empleadas—. Hmm, ¡Suelta! —Se quejó, frunciendo el ceño y apartándose hacia atrás— Se van a enterar de todos modos, eres demasiado obvia, Warhol.

Antes de que pudiera decir nada para defenderse, Pauli señaló tras ella, Bastian salía del ascensor. Sus ojos estaban enrojecidos y su ropa era la misma que el día anterior.

El hombre pasó por su lado, sonriéndole de forma sutil y se dirigió a la oficina contigua a la de Rupert, oficina que ocupó él mientras trabajaba para Sportoday y la que ocuparía mientras colaboraba con las chicas en ese especial.

Sean era un secretario ejemplar y, con una sola llamada había conseguido un traje para que pudiera cambiarse e ir presentable hasta que fuera a casa.

Al entrar pulsó el botón de opacar los cristales[1] y empezó a cambiarse de ropa, soltando la americana sobre el escritorio.

Miranda no dudó en ir detrás. Llevaba una carpeta en las manos y tenía una excusa perfecta. Entró sin llamar, encontrándose al hombre desnudo de cintura para arriba.

—¡Oh! Lo siento, lo siento, lo siento... —se disculpó efusivamente, girándose para no verle como se suponía no debía.

Pero justo cuando iba a salir él la frenó sujetando su brazo.

—¿Nunca has visto a un hombre desnudo? —sonrió mientras se ponía la camisa del otro traje.

—¡Claro que sí! Es solo que no esperaba encontrarte así. Estuve esperándote.

—Lo sé, y créeme que siento no haber podido ir. Mi hija tuvo una crisis nerviosa.

—¿Tu hija? —Miranda lo miró con los ojos abiertos de par en par totalmente impresionada.

Aquella sí era una sorpresa, una sorpresa y una ofensa, ¿Estaba casado y pretendía...? No, en verdad no pretendía nada, él nunca le dijo que quisiera enrollarse con ella, sólo quería conocerla. Se sintió más ridícula por momentos, ella pensó que él quería acercarse a ella con otro propósito, pero en verdad estaba casado y con una niña.

—Sí, mi hija. Soy divorciado, pero tengo una hija de doce años. Se llama Diamond.

De forma casi instantánea recordó a la niña y a la mujer de su primer día en el Edificio White.

—Diamond... ¿La niña que sería buen abogado?

—¿La conoces?

—La conocí el día de mi mudanza. Entonces no sabía que vivías en el edificio al que me estaba mudando.

—Virginia y yo llevamos separados ocho años. Pero, aunque Diamond es fuerte y llevó bastante bien nuestro divorcio, a veces, como ayer, le dan crisis nerviosas y me quedo con ellas hasta que se tranquiliza. Lamento de verdadno haber tomado ese café...

—No lo lamentos. La familia es lo primero.

Bastian se acercó a la mesa y apoyó el trasero en ella. Debía cambiarse el pantalón pero, siendo serios, no podía hacerlo frente a ella, y tampoco podía pedirle sin más que se marchara.

Analizó su cara como no había podido hacer antes. Realmente era preciosa. Su cabello rubio y ondulado quedaba perfectamente bien con sus enormes ojos verdes. Su boca era perfecta, ni grande ni pequeña, la comisura de sus labios se curvaba ligeramente hacia arriba, haciendo que pareciera una leve sonrisa aun cuando no lo era. Siempre vestía elegantemente, con sus trajes ajustados y sus zapatos de tacón. Siempre sería pero irresistiblemente sexy.

La editora lo miró fijamente unos segundos antes de darse cuenta de que lo hacía, entonces disimuló mirando el despacho buscando las palabras adecuadas antes de abrir la boca de nuevo. Se sentía más estúpida que nunca, le había juzgado precipitadamente, sin conocer nada, ni de él ni de su vida.

—He de volver al trabajo.

—Gracias por preocuparte por mí —sonrió.

Ella no respondió, sonrió ligeramente y salió de aquel despacho de vuelta al suyo.

Por petición de Davina, Mark Dwaine, uno de los futbolistas más deseados del panorama actual, pasaría un par de días en la redacción de su revista. La editora desconocía la llegada del deportista y, cuando cruzó el pasillo hasta su revista, encontró que todas las chicas estaban arremolinadas en su oficina.

Corrió para ver qué era lo que pasaba y se encontró con el atractivo joven sentado en su sillón.

—Disculpa pero no estás autorizado a sentarte en esa silla —dijo, haciendo salir a las chicas y rodeando su escritorio.

—¿Estás segura?

Nunca había escuchado antes su voz. Nunca se había interesado en el fútbol ni en ningún otro deporte, así que tampoco sabía gran cosa de ese tipo atractivo, de piel dorada y actitud chulesca y prepotente.

—Sí, estoy segura. Yo soy la editora jefe y ese es mi sitio.

—Muy bien. —El chico se puso en pie y se acercó a ella, rozándose con su cuerpo mientras daba la vuelta al escritorio—. Mi padre y tu jefa son amigos...

—Creo que sé para lo que estás aquí. Las explicaciones están de más.

Mark se sintió curioso por su rechazo, ella era la única mujer que no se mostraba de ninguna forma especial con él y eso le llamaba la atención.

—No estás casada, ¿Verdad?

—No está casada, pero sale con alguien, ¿verdad, cariño? —Interrumpió Bastian, entrando en el despacho de Miranda y acercándose a ella para rodearla con un brazo.

Las chicas se levantaron de sus puestos y se arremolinaron alrededor de Pauline, que era quien tenía la mesa más cercana a la oficina de la editora. Todas habían escuchado el comentario de Jefferson, y empezaron a chismorrear acerca de esa supuesta relación secreta.

Pauline sospechaba que había algo, desde días atrás, cuando Bastian entró por primera vez en el despacho de su jefa. Desde entonces ambos se mostraban más cercanos que nunca, y esa confesión aclaraba mucho.

—Verdad —sonrió Miranda nerviosa, sintiendo la mano del ejecutivo en su hombro.

—¡Qué maleducado! No me he presentado. Soy Sebastian Jefferson, director general de New York Paper Ind., y colaborador temporal de Sportoday. Sería un honor para los chicos que pasases a saludarles...

Mark lo miró de reojo y fijó la mirada en Miranda, pero resopló y salió del despacho con notable fastidio.

Tan pronto como les dio la espalda Warhol se apartó del director como si quemase.

—¿Por qué has hecho eso? —Preguntó ella.

—Bueno, es bien sabido que ese chico es un ligón empedernido, y desde la distancia se te veía incómoda. Sólo trataba de librarte de él. Lo siento. Voy a decirle que ha sido solo una broma.

—¡No! —Exclamó— No le digas nada, por favor... —pidió, sujetando su brazo. El hombre sonrió y asintió.

Bastian corrió, alcanzando al deportista, que caminaba a paso lento entre el pasillo de mesas

de las redactoras, sonriendo a unas y guiñando el ojo a otras.

Mark era modelo de una famosa marca de diseñador además de futbolista. Era alto, más que el directivo, era joven, también más que Jefferson y además era rico y atractivo.

Los chicos de la revista masculina estaban acostumbrados a entrevistar a deportistas famosos, pero siempre era un honor para ellos saludar tan de cerca a uno de sus ídolos.

Más de media mañana había pasado entre saludos y halagos hacia el famoso, y de nuevo regresaba al otro lado de la vidriera, donde el perfume femenino flotaba en el ambiente y todo el entorno estaba lleno de color y risas. Mark se dirigió de nuevo al despacho de Miranda.

Por culpa de su agente, de su padre y de Davina Mellas, debía “trabajar” en Stardust Miracle, al menos por unos días.

A la hora de la comida Miranda tenía redactada parte de un informe con las reacciones de las chicas ante el deportista y se alegró internamente de la jugada de su jefa.

—Supongo que será incómodo para ti salir a la calle a comer, ¿verdad? —El chico se encogió de hombros—. ¿Quieres que te pida algo para comer?

—Te quedarás conmigo en lugar de ir con tu novio, supongo.

—En verdad no es mi novio —confesó sin saber por qué—. Lo ha hecho al verme incomoda.

—¡Lo sabía! —Exclamó, aplaudiendo sonoramente y recostándose en el sofá de terciopelo que Miranda tenía en su despacho— Aunque... ese tipo está interesado en ti. Si no fuera así no habría ido a tu rescate.

Miranda no respondió. Sacó del cajón un par de panfletos de comida que reservaba para cuando debía quedarse en la oficina y se los ofreció para que eligiera.

No pasó demasiado hasta que el repartidor llegó con la comida.

La editora se acercó al sofá y se sentó al lado del muchacho.

—¿Por qué me odias? —Preguntó sin mirarla.

—No te odio. Es solo que no me gustan ni tu actitud, ni tus modales —respondió sincera.

—¿Sabes que soy muy rico?

—¿Puedo saber qué insinúas? —Mark sonrió de forma traviesa y miró sus piernas de forma lasciva—. Maldita sea, ¿me estás tratando de prostituta?

—No, bueno... Sería solo si quieres...

—¡Eres un maldito cretino!

No dejó que dijera nada en respuesta. Se levantó para alejarse de él cuanto antes, pero entonces el futbolista se puso en pie y empezó a aplaudir. La expresión de su cara cambió por completo, como si de repente fuera otra persona.

—Bien. Has pasado la prueba. Ahora sí que estoy dispuesto a trabajar contigo. —Miranda alzó una ceja con expresión de incredulidad—. No, no me mires así. ¿Tienes idea de la cantidad de personas que se acercan a mí sólo por mi fama o mi dinero? Lo de antes ha sido una actuación. Estaba dispuesto a largarme con el menor indicio de que eras una persona interesada y materialista, alguien en busca de sexo y fama con un famoso.

—No sé de qué vas, pero soy yo la que no piensa trabajar contigo.

Se acercó a él y le obligó a salir de su oficina.

Aquel estaba siendo un día terrible y deseaba con todas sus fuerzas que terminase pero, por suerte, en menos de una hora tenía una reunión con Bastian y era más que probable que su enfado se esfumase únicamente con su presencia.

Cansada de ver al cretino de Mark rondando su despacho, tomó todos los documentos necesarios y subió a la sala de reuniones.

Se sentía mucho más cómoda en la de colores, que era la de su revista, donde no había un ambiente frío y desagradable, donde el olor era dulzón y la iluminación era más acorde a la decoración.

El ejecutivo no tardó en llegar, y al entrar en la sala se sintió extraño, como fuera de lugar.

—¿Podríamos ir a un sitio un poco más... cómodo?

—Yo estoy bien aquí. —Su tono sonó algo hostil y no quiso replicar.

Miró a su alrededor y, poniendo una mueca de conformismo se acercó a uno de los pufs frente a Miranda. Buscó una forma de sentarse que no arrugase su traje, pero tan pronto como ella vio su expresión empezó a reír.

—¡Sólo déjate caer! —Se levantó y le empujó suavemente contra el asiento.

El pantalón que Sean le había llevado esa misma mañana a su oficina no era exactamente de su talla, y llevaba todo el día apretándole en sus partes nobles. Con el empujón de Miranda, la costura de la entrepierna presionó más de lo debido y su expresión se quedó totalmente pálida.

—¿Estás bien? —Preguntó conteniendo una sonrisa.

—Sí... sí.

—¿Seguro? Has sonado...

—El pantalón me queda pequeño y me ha aplastado...

La muchacha ya no pudo contenerse más y estalló en risas. Bastian había hecho desaparecer el mal humor como por arte de magia.

Se puso en pie y extendió las manos para ayudarle a incorporarse, pero cuando el ejecutivo tomó impulso y se levantó, la costura del pantalón se resquebrajó, dejando la ropa interior del hombre totalmente visible.

Ambos se miraron con expresión de sorpresa, pero esta vez fue él quien empezó a reír.

—Mucho mejor así, la verdad. Aunque es un poco vergonzoso que a un hombre le pase esto delante de... —ella alzó una ceja como si no supiera a lo que se refería— delante de una chica, ya sabes...

—Supongo que debes irte para cambiarte, ¿no?

—No. Puedo quedarme y trabajar contigo en ese artículo. Pero necesito que me hagas un favor, necesito tu americana para... ya sabes, taparme un poco. —Ambos sonrieron.

Llevaban horas a solas en aquella sala de colores. Continuamente reían por las ocurrencias del directivo y se quedaban completamente serios cuando sus manos se rozaban accidentalmente. Bastian la observaba sin que ella se diera cuenta. Llevaba un par de botones de la camisa sin abrochar, pero lo que más le llamaba la atención era poder intuir la forma y el color de su sujetador bajo la ropa.

Y además estaba su falda. Tenía la parte de abajo ligeramente levantada y, en el filo se intuían

los bordes decorados de las medias, sujetos por el ligero. Sin poder evitarlo se imaginó a sí mismo besándola, levantándole la ropa y haciéndole el amor entre esos cojines de colores que llenaban la estancia.

Llevaba las manos a su frente cada dos por tres y soplaba, como si de repente hiciera mucho calor.

—¿Estás bien? —preguntó la editora, tocando su brazo.

—Sí, es que de pronto me siento... caliente.

—¿Te sientes mal?

—Me sentiré mal si seguimos así. Solos. Con tus medias asomando de forma provocativa por el borde de tu falda y con tu camisa haciendo volar mi imaginación.

—¡Eres un perverso! —Exclamó ella. Apartándose deprisa. Adecantando su ropa y cubriéndose con las manos.

—Soy un hombre. Y tú...

—Yo me voy a casa —concluyó.

Miranda no esperaba esa respuesta de él y, aunque debía reconocer que había tenido cierto efecto en ella, no quería que la viese como a una chica fácil a la que pudiera seducir con cuatro insinuaciones.

Ni siquiera cogió su americana. Se marchó con sus documentos y no se detuvo para mirarlo ni una sola vez.

Poco después de llegar a casa sonó la puerta. Bastian venía a devolverle sus cosas.

La editora abrió la puerta y se apoyó en el marco con los brazos cruzados, sin decir una palabra.

—Lo siento, no debí ser tan sincero. No pensé que serías tan inocente. —se disculpó mientras le ofrecía su ropa de vuelta.

—No soy inocente.

—Ya... Bueno. Pasa buena noche, señorita Warhol.

—¡No soy inocente! —repitió, sintiéndose ofendida por ese «ya».

Bastian no añadió nada más. Sonrió y se metió en el ascensor.

—Maldito estúpido. ¿Inocente? Una chica inocente no se habría acostado con una docena de tíos, ni tendría pensamientos indecorosos. Una inocente no vestiría...

Entró en su apartamento, cerrando la puerta de un sonoro golpe y se dirigió a su habitación. Aquel era un día digno de que se terminase.

## **Consejo nº4**



**Provócale despacio. Vestirse de forma seria pero a su vez sexy, dejarle ver, sin mostrar nada, lo que hay debajo de la ropa, que imagine las posibilidades que una mujer respetable puede ofrecer.**

## Capítulo 5

**H**ABÍA colgado la americana en una de las perchas sin acordarse de que en uno de los bolsillos estaba su teléfono.

Buscó el móvil en el bolso, creyendo que lo habría guardado ahí antes de salir por la puerta y al no encontrarlo salió en dirección al apartamento de Bastian, quizás él lo había visto y podría decirle dónde estaba.

Estando frente a la puerta del ascensor, con la mano cerca de la botonera, la melodía de sus mensajes empezó a sonar a lo lejos, de forma que regresó al dormitorio y buscó en el único sitio en el que no había mirado: el bolsillo interno de la chaqueta de su traje.

“*Apuesto a que pensabas que lo tenía yo*”. Decía el primero de los tres mensajes de texto que habían llegado.

—En efecto, listillo.

“*Lo he pasado bien trabajando contigo hoy*”. Ponía en el segundo.

—Yo también... —murmuró, recordando con cierta emoción las palabras con las que se había insinuado.

“*Y sí. Eres inocente. Eres inocente y muy sexy*”. Bastian se arrepintió de enviar ese tercer mensaje. Lo último que quería era lanzar insinuaciones indebidas a una compañera de trabajo. Aun así no envió un cuarto para disculparse.

Con ese tercer mensaje Miranda sintió como si de repente subiera un calor extraño por sus piernas y se detuviera en la parte interna de sus muslos, un calor que le hizo tomar aire y sentirse ridícula al pensar que le había gustado eso último.

Se dejó caer sobre la cama pensando en cómo enfrentarlo al día siguiente, en el que también tendría que trabajar a solas con él.

Por la mañana buscó en su armario algo lo suficientemente opaco como para que no se transparentase: una camisa ajustada de color granate que marcaba sus curvas sin que se viese nada, una falda ceñida, blanca, que cubría hasta sus rodillas y una americana a juego con la falda. Ese día Bastian podría dejar volar su imaginación sin que ella le ayudase a hacerlo.

Al llegar a la oficina lo hizo con una postura erguida y presumida, mirando de reojo en dirección al despacho que ocupaba el directivo, pero no lo veía y aún estiró más el cuello.

—Si lo estiras más quizás evoluciones y te conviertas en jirafa —dijo una voz tras ella.

—¿Tu? —Dijode mala gana— Me había olvidado de ti...

—Me tendrás que soportar un poco más. Tu adorada jefa ha alargado mi reclusión un día más.

—¿Estás seguro? A mí no me ha dicho nada.

—¿Has mirado el email?

Lo miró de reojo y caminó hasta su despacho, donde la siguió el futbolista.

Cuando Bastian salió del ascensor la buscó con la mirada. Estaba sentada detrás de su escritorio, frente a su monitor mientras hablaba por teléfono con quien fuera. Se detuvo un par de segundos, esperando que ella se diera cuenta de que estaba allí, pero sí lo hizo había sabido ignorarle muy bien, de modo que siguió hasta su antiguo puesto de trabajo.

A la hora del desayuno todos en aquella planta se acercaron al ascensor, incluyendo al directivo, a la editora y al deportista.

Miranda buscó algo con lo que molestar a su vecino, y pronto un aroma a tostado le dio una idea.

—Dime Mark, ¿Quieres tomar un café conmigo? Solos.

Sebastian sonrió sabiendo la jugada.

—Pues la verdad es que iba a tomar algo con Jefferson.

—Puede venir si quiere, señorita Warhol.

—No, gracias. —Miranda se dio la vuelta un tanto avergonzada y caminó hacia su despacho.

Bastian corrió tras ella, alcanzándola en la misma puerta.

—¿Crees que no sabía que pretendías salir con él para demostrarme que no eres tan inocente como parece?

Ella no respondió, entró en la oficina y cerró la puerta. Presionó el botón que opacaba los cristales y caminó hacia su mesa tratando de calmarse.

Pese a lo ofendida que se sentía, a su vez empezaba a gustarle ese juego extraño que tenía con él.

Después de la comida llegaba la hora de la reunión. Ésta vez no iba a ir a la sala de colores, esperaría en la gris, donde no se sentarían en cojines blandos sino en duras e incómodas sillas, donde el ambiente no daba lugar a conversaciones íntimas o amigables.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta superior, Bastian la esperaba con una carpeta en las manos.

—No sabía dónde querías hacerlo hoy.

Y ahí estaban de nuevo esas palabras que en su boca sonaban tan sugerentes.

—En la sala gris. Claro.

El hombre se sonrió internamente. Esa chica era tan obvia...

Al pasar por la estancia de color, quiso gastarle una broma. La puerta estaba abierta, lo que le facilitó la jugada. En un movimiento rápido tiró de su mano, bordeó la pared y la acorraló entre ésta y su cuerpo. El olor a natillas aún se percibía más intenso y los colores parecían brillar más sin que realmente hubiera cambio alguno en ellos.

El corazón de la editora se aceleró de un instante al siguiente, y de nuevo estaba ese calor intenso en la cara interna de sus muslos.

Sebastian miraba sus labios con una sonrisa traviesa, y cuando Miranda tragó aún la ensanchó

más.

Llevó una de sus manos hasta la pared, al lado de su cuello, y la otra hasta su boca. Se acercó como para besarla, se relamió los labios y acortó aún más la distancia, pero algo en su expresión le dijo a ella que eso solo era una broma.

—¿Ha terminado ya de jugar al seductor, señor Jefferson?

—Pues no sé... ¿Va a admitir usted que es una chica inocente, señorita Warhol?

—No lo soy, pero no voy a tratar de demostrárselo a usted.

—¿Cómo voy a cambiar de opinión entonces?

Ella sonrió de lado, acortó la distancia entre ellos hasta el punto en que casi se tocaban sus cuerpos y acercó su boca hasta quedar a solo unos milímetros.

—Ni lo sé, ni me importa —susurró en sus labios justo antes de apartarse.

No pudo decir más. Pauline, Cher y un par de chicos de la redacción de Sportoday habían abierto la puerta de la sala de color pensando que ellos estarían en la gris y, cuando se giró para salir de allí, se encontró con los cuatro mirándolos totalmente sorprendidos.

Pese a la confesión de Bastian en la que prácticamente gritaba que eran novios, Pauline, como amiga, no le había pedido explicaciones por guardar el secreto, luego, después de ignorarse mutuamente el resto del día supuso que era una broma, pero ahora estaban solos, escondidos de la mirada de los demás y en una actitud más que íntima.

La redactora se cruzó de brazos con cara de pocos amigos y la miró, esperando que confesase.

—No es lo que crees. Luego te cuento —murmuró, pasando por su lado para salir de allí.

—Más le vale, señorita Warhol.

Al entrar en la sala gris no pudo evitar ponerse a reír. Difícilmente podrían creerla después de ver eso. De hecho, ni ella misma podría creerse si se dijera que no estaba pasando nada entre ellos.

Bastian entró tras ella, haciendo un sonoro carraspeo y se sentó en la silla más cercana, gesto que ella imitó, sentándose a su lado.

—Hoy no habrá distracciones, ¿De acuerdo?

—Eso espero. Nuestra pequeña distracción de ayer ha llevado al bochornoso espectáculo que hemos mostrado a sus subordinadas.

—No voy a entrar en tu juego de libertinaje otra vez, Bastian. Jamás, jamás lo volveré a hacer —sonrió.

Como la pasada tarde, el tiempo pasó volando. Pese a su enfado del día anterior, lo ofendida que se había sentido esa mañana o la vergüenza de la sala de color, las horas se fueron deprisa, muy deprisa, demasiado rápido como para darle tiempo de disfrutar de su compañía.

Bastian era un tipo competente. Sabía bien lo que hacía y no se andaba con rodeos.

Pese a ser un trabajo exclusivo para chicas, él, como ex editor de una revista de deportes, conocía todos los detalles habidos y por haber sobre los guapos, musculados y ricos deportistas.

Había oscurecido tanto en aquella sala que apenas podían leer lo que había en sus papeles. Miranda se puso en pie para ir a encender la luz pero el directivo la frenó, sujetándola por la muñeca en un acto impulso.

—No enciendas la luz. Aún se ve un poco. Solo vayámonos.

—Pero si lo dejamos se me va a acumular el trabajo.

—Me debes un café, y no te permito que se lo regales a otro tipo.

Miranda sonrió nerviosa. No sabía de qué forma podía evitar que ese hombre se quedase a solas con ella en un ambiente tan íntimo como el piso de una chica soltera. Lo pensaría mientras llegaban.

Al detenerse el ascensor en el sexto piso del edificio White, Jefferson había notado que ella estaba inquieta. Sonrió al recordar sus propias palabras «chica inocente».

Miranda caminaba despacio hasta su puerta, pero él no la siguió, se detuvo en medio del rellano con intención de despedirse.

—Tendrás que decirme como te gusta —murmuró.

—Buenas noches, señorita Warhol.

—¿Eh? ¿No... no quieres el café?

—No quiero intimidarte. Me ofreces el café porque te sientes obligada, y así no me gusta ser invitado a los sitios. Así que... buenas noches.

—Pero sí quiero que vengas. Lo que me da miedo es lo que sigue.

—¿Y qué es lo que sigue?

El movimiento de sus manos mostraba nerviosismo. Sus mejillas se habían llenado de color y su mirada había tomado el mismo tono de la sala de color, cuando sus bocas estaban a escasos milímetros.

—¡Nada, por supuesto!

El hombre sonrió de nuevo y se acercó a ella. Cogió una de sus manos y la llevó hasta su boca.

—Buenas noches —dijo antes de besar su palma.

Miranda no pudo decir nada. Ese acercamiento repentino había disparado sus alarmas y por un momento creyó (y deseó) que la iba a besar. Pero se apartó de ella sin darle la espalda y poco después desapareció tras la puerta del ascensor.

Ahora, después de esos cuatro días en los que habían estado tonteando como adolescentes, y de esa tensión sexual que sentía cada vez que se insinuaba, estaba totalmente segura de que estaba enamorada de él. Aunque no le gustase en exceso, eran esos momentos en los que no le importaba que fuera mayor que ella, y en los que le importaba poco o menos que él fuera divorciado o que tuviera una hija.

## **Consejo nº5**

**Acepta sus insinuaciones. No importa lo vulgares que suenen, los hombres son seres con instintos primitivos y nosotras, aunque queramos fingir lo contrario, también lo somos así que, acepta sus insinuaciones y provócalas.**

## Capítulo 6

**E**RA viernes, y su estado de ánimo era indudablemente bueno. Ese fin de semana saldría con las chicas y lo pasaría realmente bien.

Al entrar en la oficina, Mark esperaba sentado en el sofá rosa, mirando el reloj. Parecía contar los minutos para salir de allí.

—Buenos días.

—¿Buenos? Estos días han sido una tortura. Me he aburrido como nunca, y tu jefa tuvo que castigarme un día más.

—No seas quejica, Mark. Mis chicas no se comportan como fans locas porque saben que deben respetar su trabajo.

—¿Y tú? Tú te pasas el tiempo ignorándome, jugueteando con Jefferson.

—Es trabajo. Yo no jugueteo en el trabajo. Pero dime, quiero agradecerte que hayas estado paseando por aquí, ¿Quieres que vayamos luego a tomar un café? Y no me sirve que quieras ir con otro hombre —sonrió.

El muchacho la miró con una ceja arqueada y la analizó. Aunque no era una persona que le atrajese sexualmente, le gustaba. Le gustaba la forma en la que le había tratado, regañándole cuando creía que debía hacerlo, insultándole cuando se había propasado... Asintió ante la propuesta del café y luego quizás, podría invitarla a comer.

Las tardes de los viernes siempre se salía antes. Muchas de las chicas usaban esas horas para broncearse en salas de rayos uva antes de ir de fiesta, otras iban a comprarse los modelitos que iban a lucirse fin de semana...

La reunión de Bastian y Miranda no iba a ser por la tarde, ninguno querría quedarse horas extras, así que la editora cruzó las dos recepciones y fue hasta el despacho del directivo en Sportoday.

Jefferson no estaba allí, y lo sabía porque no le había visto llegar, de modo que tomó una de las notas adhesivas de color turquesa que tenía al lado del lapicero de piel negra y, después de anotar en ella la nueva hora de la reunión, la pegó en la esquina del monitor, un sitio que, sin duda alguna vería.

Entre llamadas y un par de viajes a las mesas de las chicas llegó la hora del café.

Había estado mirando cafeterías exclusivas en la zona y, a la hora de salir, cogió su mano y



tiró de él hasta el coche.

—¿Vas a ser mi chofer?

—Bueno, conduciré yo, claro. Vamos a ir al *SoHo*, y queda un poco retirado.

—¿No te sirve con ir a la cafetería donde van tus compañeros?

—Paga la empresa, así que... ¿Por qué no desayunar algo exclusivo?

Ambos sonrieron.

En el largo trayecto, Mark trató de contenerse lo mejor que pudo, pero a medio camino, al llegar a un semáforo la hizo detenerse.

—Quiero ir a un sitio exclusivo. ¿Por qué no me llevas a tu casa?

—¿Bromeas? Mark, mi casa es mi espacio privado. En este momento tú solo eres trabajo para mí.

El muchacho no lo pensó, abrió la puerta del escarabajo amarillo y bajó del coche. Miranda le llamó de mil formas posibles, pero el futbolista estaba empeinado en tomar un café en su apartamento, algo a lo que ella se negaba en redondo.

Consiguió que entrase en el coche mintiéndole, diciéndole que iban a desayunar en su piso, pero ella nunca había recibido a chicos en su casa y él no era alguien que quisiera allí, aunque le toleraba, no quería darle ese tipo de confianza.

Llegando de vuelta a la oficina se sintió mal por engañarle. No quería pisotear sus propios principios por un tipo que seguramente estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya. A pesar de ello le llevó hasta la entrada.

—Vivo ahí. Pero no me obligues a llevarte dentro, por favor.

—No quiero nada contigo, Warhol —sonrió.

—¿Entonces, qué es lo que pretendes?

—Obligarte a que me hagas un café por el trato que me has dado estos días. Se supone que la editora jefe debía entretenerme, hacerme preguntas, tratar de informarse sobre todo lo que yo pueda saber, no sé... en cambio, me ha ignorado, me ha dejado abandonado, la mayoría de veces en su propio despacho, ¡y sin distracciones!... ¿Qué crees que dirá tu jefa cuando se lo cuente?

—Está bien, tienes razón —confesó, Y en verdad la tenía.

Subieron al apartamento mientras el muchacho lo analizaba todo.

Acababan de entrar por la puerta y Miranda ya se estaba arrepintiendo. No porque ese chico fuera a hacerle algo sino, por el hecho de que Bastian se enterase. Se había negado a dejarle entrar por miedo a que su juego subiera de nivel y ahora se sentía mal por ello.

Lejos de lo que Miranda pensó, Mark entró en la cocina con ella. Se había quitado la chaqueta y el *foulard* y estaba a su lado, arremangándose la camisa hasta los codos para no mancharse.

—¿Qué hago? —preguntó, impaciente por ayudar, por agradecerle como le gustaba ella.

—No sé...Mark, es sólo café.

—Ya, pero quiero ayudar.

—Vale, pues quédate a un lado y mira. Creo que dos manos son suficientes... —sonrió.

Habían pasado unos minutos, Miranda había estado mirándolo de reojo, analizándolo. Ahora parecía nervioso, inquieto, y esa actitud empezaba a asustarla. No sabía lo que pretendía hacer.

No sabía qué hacer en caso de que él hiciera algo que no debía.

De pronto, el muchacho agarró su muñeca con fuerza y la hizo girar, colocando una mano en su cintura y pegándola contra su cuerpo.

Miranda lo miraba horrorizada. ¿Qué iba a hacer? Estaba recibiendo su merecido por actuar en contra de sus ideas.

—Mark, ¿Qué haces?

—Déjame intentar algo...

Sin dejar que ella aflojase su agarre llevó una mano a su barbilla y, sujetándole la cara acercó, lentamente, su boca a la de ella. A escasos milímetros se apartó notablemente ofuscado y apoyó la frente en su hombro.

—¿Qué...?

—Miranda, soy gay —dijo de pronto, apartándose y llevando la mano con la que la había pegado a él hacia su pelo despeinado. Ella seguía con esa mirada asustada—. Lo supe cuando tenía doce años. Mi padre me hizo entrenar tan duro que me duele hasta recordarlo. Pretendía que me hiciera un jugador famoso y que las chicas me rodeasen por decenas. Esperaba que cambiase mi parecer, y fingí hacerlo. Hasta ahora he salido con un centenar de chicas a las que he sido incapaz de tocar.

—¿Por qué me dices eso?

—A pesar de lo poco que te agrado, siento que puedo confiar en ti, aunque te asquee mi presencia o detestes tratar conmigo.

La editora lo miró incrédula, no podía creer lo que le había dicho, aunque de igual modo tampoco podía pensar lo contrario. Sin decir ni una sola palabra sirvió el café en dos tazas y caminó hasta la mesa del salón.

El muchacho la siguió sin saber muy bien cómo actuar. Por momentos pensaba decirle que se trataba de una broma, al fin y al cabo, ella era la primera persona a la que se lo confesaba después de tantos años y, ahora no sabía cómo comportarse.

Ambos tomaron el café en silencio, ella sin apartar la vista de su taza, él mirándola, esperando aunque fuera un gesto de rechazo.

—Lo siento.

—¿Qué sientes qué?

—Haber intentado besarte. Haberte contado... ya sabes. Siento que Davina me enviase a tu oficina y que hayas tenido que soportarme a mí y a mis impertinencias.

—Creo que es hora de volver —dijo ella de mala gana.

Estaba realmente molesta con él, no porque fuera gay, su asistente y amigo también lo era y lo adoraba, pero al menos nunca había tratado de comportarse de forma grosera.

De vuelta a la oficina, Mark permaneció en silencio en el asiento de copiloto. No hacía ruido ni para respirar, y al llegar, se acercó a las chicas y las abrazó una a una sin decir nada, gesto que hizo sentir mal a Miranda. Definitivamente no habían tenido un buen comienzo, pero pudo entender un poco cómo debía sentirse con todos alrededor suyo con vistas intenciones, ella había sido, probablemente, la única que le había tratado como a una persona normal, y por eso, quizás, había pensado que merecía su confianza.

Cuando Mark entró en el despacho, la editora cerró la puerta y opacó los cristales.

—Siento haber sido tan desconsiderada. Me has confiado un secreto importante y yo he

actuado fría y distante. No me repugnas por ser gay, Mark, mi asistente también lo es y los adoro, a él y a su novio. Supongo que no esperaba una confesión así después de todo. ¿Amigos?

El futbolista se acercó a ella, abrazándola con fuerza.

Justo en el momento en el que el muchacho la rodeaba con los brazos Bastian abrió la puerta, sin llamar, sorprendiéndose por la escena.

—Señor Jefferson, ¿ha olvidado usted sus modales? —preguntó Miranda apartándose del deportista.

—¿Y usted? ¿Sabe que llevo esperando una hora en la sala gris?

—Oh, Dios mío, lo siento. ¡Lo siento de verdad!

Miró a Mark, que asintió como si le concediera permiso para marcharse y, después de tomar la carpeta con los temas de la reunión, corrió detrás de su compañero.

No se dirigieron la palabra, ni en el ascensor, ni en el pasillo que daba a la sala gris y de color. Pero, tan pronto como se cerró la puerta corredera de cristal y se quedaron a solas, Bastian empezó a hablar.

—Me ha sorprendido veros... abrazados. Creía que no te gustaba.

—Ya... —no podía contar deliberadamente el secreto que otra persona le había confiado—. Supongo que hay situaciones y situaciones.

—No se os ha visto en Cupid. Supongo que habéis ido a otra cafetería...

—Sí, algo así... Pero, ¿Por qué no nos ponemos a trabajar?

Pese a tener la certeza de que el futbolista le desagradaba y que él no le resultaba indiferente, se sintió un tanto molesto. ¿Celoso?

Había un mechón de la muchacha que se escapaba continuamente de detrás de su oreja, impidiendo que pudiera verle la cara cuando ella estaba cabizbaja, leyendo. Sin dudar, llevó la mano hasta su pelo y lo apartó hacia atrás, poniéndolo tras su hombro.

Miranda sonreía cortés cada vez que hacía eso, pero no parecía molestarle.

Después de un par de veces la hizo girar sobre la silla, sorprendiéndola por ese movimiento brusco, y rodeó su cuello con las manos.

—No puedo verte bien si tu pelo te tapa la cara.

Sin apartar sus ojos de los de ella, deslizó, a lo largo de la coleta, la goma con la que sujetaba su cabellera, y con un ágil movimiento ató de nuevo el pelo con ese mechón.

—¿Dos vueltas?

—Sí, no quiero que se deforme —sonrió nerviosa—. Parece que lo hubieras hecho toda la vida.

—Bueno, tengo una hija a la que hubo que peinar hasta que pudo hacerlo por sí sola...

Ambos rieron.

Al llegar la hora de comer ninguno se dio cuenta de ello, estaban absortos con el tema del especial y no repararon en nada más, pero un rato después, a las cuatro y hora de salir, Pauline llamó a la puerta para avisar de que se iba. Miranda asintió para darle permiso pero la muchacha se quedó en la puerta, mirándolos.

—¿No os marcháis?

—Sí, claro, no me apetece pasar aquí el resto del viernes.

—Entonces, si al señor Jefferson no le molesta... ¿Me llevas a casa? Mi coche se ha estropeado esta mañana y Jessica ya se ha ido.

—Por qué iba a molestarme, ¿Señorita Potts? —preguntó el directivo, en respuesta al tono hostil que había usado con su superior.

—Porque últimamente solo sois vosotros dos. Porque invades nuestra revista con excusas tontas solo para ver a nuestra jefa. Porque... Olvídalo. —Su voz nunca antes había sonado así, molesta, mordaz, borde.

—Espérame en el aparcamiento, voy a mi oficina a dejar esto y bajo en seguida.

La pelirroja resopló y salió de la sala tras la petición de su amiga.

No hizo falta que ninguno de los dos dijera nada al respecto. Sabían que la reunión acababa de darse por zanjada, al menos esa semana.

Miranda se levantó y empezó a recoger los papeles sobre la mesa mientras miraba de reojo a su compañero, que hacía lo mismo a su lado.

—Bueno, me marcho. Nos vemos el lunes a la hora de siempre —dijo ella antes de caminar despacio hasta la puerta—. ¿Bajas?

—No, me quedaré aquí un par de minutos. Hay algo que debo comprobar... —mintió.

Bastian llevaba toda la tarde pensando en dar un paso con ella y la interrupción de la redactora le había hecho replanteárselo. Ahora solo necesitaba que Miranda se alejase un poco para tratar de pensar en lo que estaba sintiendo por ella.

Al llegar al garaje, Pauline esperaba junto al automóvil, con los brazos cruzados en el pecho y los labios fruncidos, mirando a su amiga con los ojos encendidos en furia. Miranda sonrió al alcanzarla y abrió la puerta del coche para sentarse. La pelirroja subió en el asiento de copiloto con cara de pocos amigos y sin decir una sola palabra.

Llevaban un rato en la carretera cuando la redactora empezó a hablar.

—Estoy muy decepcionada contigo, Warhol —Miranda la miró ceñuda y devolvió la atención a la carretera—. Toda la redacción sabe que sales con Jefferson y ni siquiera has tenido la decencia de contármelo. Se suponía que éramos amigos.

—Yo no estoy saliendo con nadie, Pauli. Aquello lo dijo cuándo Mark empezó a acosarme, pero no es verdad.

—Y tampoco será cierto lo que vimos Cher y yo en la sala de color...

—Ahí tampoco estaba pasando nada, solo... Mira, sé que no me crees. Tampoco me creería yo si me hubiera visto así, pero sabes que nunca os he mentado, y ahora tampoco va a ser diferente.

—Desde el lunes parecéis pareja, Miranda. Tonteáis continuamente, has ido a su despacho veinte veces, aun cuando no lo has hecho ni una sola vez en dos años. Y él... tampoco se queda atrás, va a tu despacho, te deja flores de papel sobre la mesa, va a buscarte con excusas estúpidas...

Llegaron antes de que la pelirroja terminase de hablar. La editora bajó del coche para despedir a su amiga como siempre hizo.

—¿Sabes lo peor? Que en el fondo estoy feliz de ver como os habéis acercado —dijo sonriendo— Pero me ha molestado que me mantuvieras al margen. En toda la semana casi no hemos hablado.

—Lo siento...

—Bueno y,dejando atrás el que mantengas tu relación en secreto... —bromeó, haciendo que su jefa frunciera el ceño de nuevo—, ¿Vendrás esta noche al sitio nuevo?

—No lo sé. Hay demasiada gente, y estoy agotada para pelear con los demás para poder moverme. Llevo toda la semana durmiendo fatal y trabajando más horas que nunca por culpa de Davina.

—Entonces tú te lo pierdes. Pero si nos enrollamos con cualquier macizo no esperes enterarte, por aburrida —dijo, sacándole la lengua antes de ponerse a reír.

Las dos chicas se abrazaron y, después de una despedida, Pauli corrió a la entrada de su casa.

—Se me ocurre algo... —se detuvo para mirarla— ¿Seguro que estás cansada y no es porque vas a encontrarte con alguien que vive unos pisos por encima de ti? —bromeó.

Miranda corrió hacia ella con una mano levantada, como si fuera a golpearla, pero su amiga le hizo una burla y entró en el portal a toda prisa, dejando a la editora en la calle, con una sonrisa divertida.

Conducía deprisa, como si quisiera encontrarse al ejecutivo en el aparcamiento.

Al llegar, Bastian la esperaba como la vez anterior, apoyado en su coche, con los brazos cruzados en el pecho pero serio esta vez, como si algo serio rondase por su cabeza.

Bajó de su escarabajo amarillo y se detuvo frente a él, haciendo que la mirase.

Subieron por la escalera del aparcamiento y esperaron el ascensor sin decir una palabra. Pero cuando las puertas se cerraron y empezaron a subir, Bastian decidió hablar.

—Este fin de semana Diamond se queda con su madre y estaré solo... ¿Quieres que hagamos algo?

—¿Algo como qué? —preguntó ella. Ellos no salían juntos, solo se habían encontrado fuera del trabajo unas cuantas veces en una semana.

—Olvidalo, pensaba en algo atrevido, pero creo que me he excedido.

—Atrevido... —poco a poco los latidos de su corazón iban tomando más velocidad.

—Atrevido. Nos conocemos desde hace dos años, pero hasta hace un par de semanas éramos dos perfectos desconocidos. Después de ese choque nada ha vuelto a ser como era, y últimamente nuestras palabras están tan llenas de insinuaciones, solo... solo quería dar un paso más.

Miranda se perdió después de la primera palabra, solo podía ver sus labios invitándola a besarlos y así lo hizo. Procedió tan pronto como Bastian se calló. Acortó la distancia entre ambos, rodeando su cuello con sus delgados brazos y llevó su boca a la de él.

Como si ese gesto hubiera sido una invitación, el ejecutivo llevó las manos a sus caderas y la atrajo contra sí, profundizando ese beso.

El ascensor se detuvo en la tercera planta, y las puertas se abrieron de par en par, pero ellos ni siquiera se percataron. La pareja de ancianos que esperaba para poder bajar los miró, sorprendidos por lo que veían. Las puertas se cerraron nuevamente ante el asombro de la pareja y continuó el ascenso hasta el sexto piso. Bastian bajó las manos hasta sus muslos y la elevó, rodeándose con sus piernas. La llevó contra la pared de acero sin pensar que en ella estaba la botonera, entre ellos, el botón de emergencia, que empezó a sonar tan pronto como chocaron contra él.

Miranda se apartó sin entender por qué había actuado así, impulsivamente. De repente pensó, sin saber por qué, que él era el director de la editorial en la que ella trabajaba, que era mayor que

ella y que tenía una hija preadolescente. Soltó el agarre de sus piernas y se puso de pie.

—Lo siento —dijo nerviosa.

Antes de que el hombre dijera nada salió del ascensor y corrió a su apartamento, sintiéndose más excitada que nunca. Cerró tras ella, apoyándose contra la puerta buscando un punto de apoyo, apretando los muslos y respirando pesadamente.

Cuando se sintió un poco más tranquila fue hasta su habitación.

«Algo atrevido», «Atrevido».

Ni siquiera pensó en lo que hacía, se quitó la americana, aflojó un par de botones más de la camisa, mostrando parte de su sujetador y, después de subirse ligeramente la falda para enseñar un poco más de sus piernas, se acercó al ascensor. Subió a la décima planta y llamó a la puerta de ese hombre que le quitaba el aliento.

Diamond abrió la puerta, sorprendiéndola. Miranda se sintió totalmente ridícula y de pronto no supo qué decir.

—¿Entonces?

—Oh, nada, perdona, solo quería preguntaros si sabéis dónde queda una zapatería por aquí cerca... Se ha roto el tacón de mis zapatos y necesito un par nuevo para la oficina.

—¿Zapatos? ¡Yo puedo llevarte! ¿Cuándo quieres ir?

Su mentira empezaba a pasarle factura. ¿Y ahora qué iba a hacer con esa niña?

—Bueno, deja que me cambie y paso a buscarte en cinco minutos, pero solo si tus padres están de acuerdo.

—Oh, aquí solo vive mi padre —Sí, eso ya lo había comprobado— y hoy me quedo aquí porque mi madre ha ido al ginecólogo con su novio.

Miranda sonrió un tanto satisfecha por lo que había oído. La ex de Bastian tenía novio... Después de poner una mano en su cabeza volvió a su apartamento. Lo que pretendía que fuera una tarde tranquila se estaba truncando más por momentos. Quizás no iría al Lustful con las chicas, pero tampoco parecía que fuera a descansar debidamente.

No paso demasiado cuando sonó el timbre de su puerta. Diamond no podía esperar, adoraba los zapatos de tacón, e ir a una zapatería y poder probarse algún que otro par, era una oportunidad de oro.

Estaban esperando el ascensor, a punto de marcharse, cuando Bastian apareció por la puerta de las escaleras.

—¿Puedo saber dónde vas?

—Vamos papá, ya te he dicho que salía un momento con una amiga.

—¿Una amiga? ¿No es la señorita Warhol muy mayor para ser tu amiga?

—Vamos a una zapatería, se... se ha... roto un tacón de mi zapato mientras venía del trabajo.

Habían subido juntos y él sabía que no había problema alguno con su zapato, al menos no hasta que entró por la puerta de su apartamento y lo había dejado totalmente excitado en ese ascensor al que pretendían entrar ahora.

—Esperad ahí mismo, voy con vosotras. Tú eres una extraña —señaló a Miranda— y tú eres una menor. —Su voz sonó simpática y el guiño de su ojo decía que no hablaba en serio—. No tardo.

—Mi padre... —la muchacha dejó caer los hombros, curvándose hacia adelante con una

expresión de fastidio.

Solo un par de minutos después aparecía nuevamente Bastian, vestido con ropa de deporte que le quedaba mejor que bien. La sudadera llevaba la cremallera abierta de cintura para arriba, mostrando la camiseta y, por el cuello de esta podía intuirse la piel de su pecho, lo que provocó que Miranda se mordiera el labio inferior.

Al subir al ascensor los dos adultos se pusieron al fondo, y la pequeña lo hizo delante, como si fuera un guía.

—Te queda muy bien esa ropa —dijo ella sin mirarlo.

—Gracias. A ti también la camisa como la llevabas cuando llamaste a mi puerta. Por cierto, ¿Cuál era el motivo real?

—Yo...

El ejecutivo llevó una mano hasta el muslo de ella y pellizcó la tela del pantalón, sabiendo perfectamente a qué había ido. Miranda solo pudo sonreír como una tonta y morderse el labio.

En la zapatería, tanto el padre como la hija pasearon por los pasillos, mirando cosas que no iban a comprar, lo contrario que Miranda, que ahora se veía en la obligación de buscar un par de zapatos que en realidad no necesitaba.

De vuelta, a punto de entrar en la recepción del edificio, la niña reparó en los reflejos dorados en el cabello rubio de la editora y, al acercarse a las puertas del ascensor se cruzó de brazos para mirarla.

—¿Sabes? Mi padre siempre dice que las rubias son tontas —Bastian se apresuró para cubrir la boca de su hija.

—Vaya... Que suerte que yo no lo soy.

—¿Rubia?

—Tonta —fingió estar molesta. Se giró, y trató de ocultar la sonrisa que se dibujaba en su cara —. Un par de herederas tontas, un par de actrices a las que le falta un hervor, o un par de modelos con la inteligencia de una patata no hace que el resto de rubias seamos tontas.

—Lo siento...

—No, no debes sentirlo tú, debería sentirlo tu padre, es quien realmente piensa eso, ¿no es así, señor Jefferson? —Él solo sonrió y desvió la mirada a las puertas que justo empezaban a abrirse — ¡Qué oportunas!

Permanecieron en silencio hasta llegar al piso de Miranda, conteniendo sonrisas por fingir que ese comentario había sido ofensivo.

—¿Quieres cenar con nosotros? —Preguntó el hombre como compensación por lo que había dicho su hija.

—Oh sí, ¡sí! ¡Cena con nosotros!

Miranda alzó una ceja y luego llevó la mirada hasta la bolsa que llevaba.

—No sé... soy una extraña, soy rubia y tonta... —los tres empezaron a reír a carcajadas, como si ese hubiera sido un buen chiste— Acepto, ¡pero debéis saber que como mucho!

Desde que terminase su jornada laboral un par de horas atrás, la tarde había pasado de bien a mejor.

Tanto Diamond como Bastian prepararon una succulenta cena y, minutos después estaban los tres sentados en una mesa coquetamente decorada por esa niña que, al principio pareció un poco impertinente pero que poco a poco empezaba a caerle mejor.



## **Consejo nº6**

**Acepta las invitaciones. Si te invita a comer, a tomar algo o a pasear es sinónimo de que está interesado en ti, si rechazas las invitaciones le estás diciendo que no te interesa. Hay que hacerse las interesantes, pero igual que a nosotras no nos gusta que nos den esquinazo, a ellos tampoco.**

## Capítulo 7

**P**OCOS minutos después de la cena sonó el interfono. La ex de Bastian venía a por la niña. No pretendía subir, como siempre que iba acompañada. Diamond no lo dudó, corrió a la habitación y cogió su mochila.

—Siento mucho no pasar este fin de semana contigo, papá, pero ya sabes, Roy nos lleva a Ronda y a mí al parque Disney.

—Siento tanta envidia... —rió él, abrazando a la niña con una sonrisa— Pasadlo genial, ¿De acuerdo?

—¡Vale! Y tú, Miranda, entretén a mi padre para que no se aburra —dijo, corriendo hacia la entrada.

El ejecutivo miró a su vecina con una sonrisa traviesa, antes de correr detrás de su hija para darle un beso y asegurarse de que cogía el ascensor.

Caminó despacio de vuelta al salón tras cerrar la puerta y se apoyó en el borde de la esquina de la pared mirándola. Ella estaba sentada en el sofá, sonriendo.

Bastian se acercó despacio y se sentó a su lado tratando de permanecer lo más serio posible, algo realmente difícil sabiendo lo que venía después de eso si Miranda no huía antes.

—Y...al fin solos —murmuró—. Dime, Warhol, ¿Quieres...?

Ella no respondió, tomó impulso y, con un movimiento ágil, se sentó a horcajadas sobre él. Lamiéndose los labios sensualmente antes de proceder.

De pronto no se sintió seguro, era bastante mayor que ella y más experimentado, y temía que fuera a rechazarle por eso. Llevó las manos a su fina cintura para apartarla, pero ella se acercó aún más, pegándose a su ya endurecida entrepierna.

Miranda se sintió mareada por un momento, de nuevo estaba ese calor que quemaba en la parte interna de sus muslos, ese calor que mojaba su ropa interior y la excitaba cada vez más, haciendo que cada segundo que pasaba desease aún más a ese hombre.

Sin dejar de mirarle llevó las manos hasta la cremallera de su sudadera y empezó a deslizarla despacio.

—¡Espera! —Hizo una pausa— ¿Estás segura de esto?

—Vamos Bastian. Ni soy una niña, ni soy virgen...No es necesario que me preguntes si estoy segura... —murmuró.

Llevó las manos de él hasta sus pechos y las apretó, dejándolas ahí mientras deslizaba las suyas dentro de su pantalón. Acarició de arriba abajo, haciendo que el hombre cerrase los ojos y

tomase aire.

—No, aquí no...

Se levantó con ella alrededor de su cintura y caminó hacia el dormitorio, donde había un enorme catre en el que jugar. En el borde de la cama colgaban algunas de las corbatas con las que le había visto esa semana y Miranda sonrió.

Aquella habitación no parecía la de un hombre soltero. Aunque no había ropa femenina por ningún sitio, toda la estancia estaba limpia, la cama bien estirada, las mesitas libres de objetos absurdos.

Bastian la dejó caer sobre la cama y se deshizo de la sudadera, mostrando sus brazos fuertes y libres de pelo.

—Madre mía, ¿Te depilas?

—Lo hice hace algunos años, cuando Diamond era un bebé y lo chupaba todo.

Miranda se puso de rodillas en el borde y estiró los brazos para rodearle, aun no le había besado y se moría por hacerlo.

Mientras las lenguas se enredaban en sus bocas, el ejecutivo metió las manos dentro de sus braguitas y, acariciando lánguidamente su cálida humedad, introdujo un dedo en ella. Y lo hizo una y otra vez, haciéndola gemir.

—Para.

—¿Qué?

—Para, no sigas.

—¿Por qué?

—Porque no es así como quiero que sea.

Sin explicar nada más, la muchacha tiró de una de las corbatas y le rodeó, bloqueando sus hombros para que no se girase. El hombre la miró de reojo sin saber lo que pretendía, pero ella ató sus muñecas a la espalda y volvió a rodearle para tenerle de frente.

—Me pregunto cómo quieres que sea...

Miranda sonrió con malicia y levantó su camiseta gris, deteniéndose para comprobar que por ahí también estaba libre de vello. Colocó la palma de sus manos en su cintura después de clavar los dedos ligeramente y arañar despacio mientras bajaba. Llevó la lengua hasta las oscuras aureolas de sus duros pectorales y mordisqueó los pezones, haciéndolo reír. A continuación fue lamiendo desde el pecho hasta el ombligo y siguió bajando, acariciando con la lengua su abdomen y ayudándose de las manos para deslizar ligeramente el pantalón.

—Espera... Asíno es como actuaría una chica inocente...

—Te dije que no era inocente —sonrió, mirándolo con lascivia y sacando la lengua para lamer su hinchida masculinidad, después de haberla dejado ligeramente al descubierto.

—Pero tú no estás desnuda, y quiero verte y tocarte. Quiero sentirte...

Ella no respondió, siguió bajando la ropa mientras abría la boca y le hacía entrar en ella.

Bastian tiró de la corbata como pudo y se liberó. Tomó aire con fuerza, llevó las manos hasta su nuca y, enredando los dedos en su rubia melena, la apretó contra sí, sintiendo como su boca le rodeaba y hacía presión en él; pero se apartó rápidamente y la acercó a la cama. Ahora ya no había marcha atrás le haría lo que hacía días deseaba hacer.

Miranda le detuvo con las manos en los hombros y se dio la vuelta para rozar su trasero con él, provocándole aún más y haciendo que él la sujetase fuertemente por las caderas para apretarse

contra ella.

Aquel era el juego preliminar más excitante que había tenido nunca con ninguna otra persona.

Miranda soltó el botón de su pantalón y él lo bajó deprisa. Acarició sus muslos mientras buscaba la goma de su ropa interior pero, al ver que ella se acariciaba por encima de sus braguitas y hundía sus dedos en ella se acachó en el suelo, separando sus piernas y apartando sus manos para proceder él.

Retiró la prenda con una mano e introdujo un par de dedos hasta el fondo, llevando su boca para acompañarlos. Lamió el endurecido clitoris mientras ella respiraba pesadamente. Notaba los pequeños espasmos internos en sus dedos a la vez que ella se curvaba sobre la cama y apretaba sus pechos aun vestidos con las manos. Apartó los dedos antes de que terminase y, mientras ella gruñía por no haber podido llegar a un primer orgasmo dio un paso atrás.

—Bien —dijo— ahora me toca a mí atarte. ¿Tiene una postura preferida, señorita Warhol?

—Sí, encima. Encima o contra la pared. O en cualquier sitio donde sigas hasta llevarme al éxtasis —ronroneó.

Bastian sonrió. En el tiempo que hacía que la conocía nunca se imaginó lo excitante que podía ser, lo distinta que parecía en la oficina.

Terminó de quitarse la camiseta, y la desnudó por completo. Se deslizó por la cama, sobre ella y pensó en algo. Algo que no había hecho antes con ninguna mujer.

Salió del dormitorio y buscó en la cocina algo con lo que jugar: fresas, plátanos, nata, vino, hielo, aperitivos... Demasiadas cosas para una sola vez.

Volvió al dormitorio sin nada, lo haría mejor.

Se colocó a horcajadas sobre ella y la levantó, saliendo de encima de la cama con ella pegada a su cuerpo.

—¿Dónde me llevas?

—Ahora lo verás.

Tomó la corbata azul con la que Miranda le había atado las manos y otra más de las que había en su cama y fue con ella al salón. La sentó sobre la mesa y sonrió mientras sujetaba sus manos y las ataba sobre su cabeza. La estiró sobre el cristal y llevó uno de los extremos a una de las patas, donde hizo un nudo lo suficientemente fuerte como para que no se soltase. Cogió la corbata roja y la llevó hasta su cara para cubrir sus ojos.

Miranda sonreía y se dejaba hacer mientras se mordía el labio inferior de forma provocativa.

—Y ahora, prepárate para pasarlo como nunca —susurró en su oído.

Apretó sus pechos, deslizó las manos por su piel y se colocó entre sus muslos, sin entrar en ella, solo rozándose de forma sugerente.

—Dígame, señorita Warhol, ¿Le apetece dulce o salado?

—Hmm, ¿Las dos?

—No. Las dos no. Hoy solo puedes elegir dulce o salado. Lo que quede podemos usarlo en otra ocasión, si quedas satisfecha y deseas repetir.

—Entonces salado —rió, haciéndole sonreír a él también.

Bastian corrió a la cocina y regresó un par de segundos después con una bolsa de aperitivos con los que su hija siempre llenaba los armarios. Le pidió que separase los labios y dejó una de las piezas saladas de la bolsa en su boca. Mientras ella se deleitaba con la explosión de sabor, Bastian entraba en ella con una embestida firme.

Miranda dejó ir un gemido de placer mientras se curvaba sobre la mesa de forma inconsciente, como si su cuerpo actuase por sí solo, entregándose por completo a él.

El directivo sostenía sus talones en las esquinas de la mesa mientras seguía con sus movimientos. Entrando y saliendo, entrando y saliendo, cada vez con más prisa, con más prisa, con más pasión. La editora sujetaba el grueso borde del cristal, con las dos manos unidas sobre su cabeza, dejándose hacer, pese a no tener alternativa; disfrutando como nunca. Estiró una mano sobre ella y liberó el nudo de la corbata que bloqueaba sus manos y, como si se lo hubiera pedido con ese gesto, se deslizó hasta el borde de la mesa y rodeó su cintura con las piernas y su cuello con los brazos.

Sebastian llevó las manos a su trasero y la elevó mientras seguía penetrándola.

Ella gemía, emitiendo pequeños gritos.

La llevó contra la pared e hizo un par de entradas fuertes antes de detenerse dentro de ella.

—Ah...

—Sigue, no te pares ahora.

—Si sigo terminaré antes que tú... —gimió él.

—Sigue, oh sigue, sigue...

Si se lo pedía así no podía negárselo. Continuó unas pocas embestidas más mientras llegaban juntos al clímax, luego se detuvo por completo.

Ambos se abrazaron jadeantes unos segundos antes de que Bastian retirase la venda de sus ojos.

—Guau —dijo él, al fin.

—¿Qué?

—Este, señorita Warhol, es el mejor sexo que he tenido nunca.

Miranda sonrió. Se sentía halagada, aunque no iba a admitir que esa había sido, con diferencia, la mejor de todas las veces que hacían su experiencia.

Sebastian los llevó al dormitorio y le dejó sobre la cama con cuidado antes de estirarse junto a ella.

Miró su cuerpo desnudo lleno de perlas de sudor que resbalaban por sus curvas y por un momento deseó poder disfrutar de esa visión toda su vida.

Permanecieron estirados sobre las sábanas más de una hora, en silencio, sonriendo cada vez que se encontraban sus ojos.

—Creo que debería irme... —murmuró ella, un par de horas más tarde.

—¿No quieres quedarte a dormir?

—No, Bastian. No estamos saliendo ni nada...quedarme a dormir es un poco... apresurado.

Él no dijo nada, solo sonrió en respuesta. Hubiera preferido que se quedase y pasar el resto de la noche a su lado, pero después de lo que había pasado entre ellos tampoco podía pedir más.

La muchacha se acercó a él, despacio, y posó sus labios en los suyos mientras pasaba las piernas por encima para salir de entre las sábanas.

Bastian la miraba mientras se vestía. Jamás pensó que la hermosa, capaz y trabajadora, editora jefe de Stardust Miracle fuera tan apasionada, y menos aún con su aspecto de niña inocente.

Minutos después Miranda se dejaba caer sobre su cama, feliz por lo que había pasado un rato antes, sintiendo aun, el calor de ese hombre entre sus piernas.

## **Consejo nº 7**



**Si lo deseas, hazlo. No te preguntes si está bien o mal, no te arrepientas antes de dar un paso porque luego puede pesarte. No hay nada mejor que satisfacer los propios deseos, ya sea comprando un perfume caro una vez al año, comiéndote una enorme tarrina de helado en medio de una dieta o acostándote con tu Adonis particular.**

## Capítulo 8

**H**ABÍA amanecido. El sol entraba por la ventana, llenando de luz la habitación que ocupaba Miranda desde hacía poco más de una semana, y ella se estiraba sonriente entre las sábanas. Se moría por cruzar el rellano, subir al décimo piso y llamar a su puerta solo para verle, aun así no iba a hacerlo. No quería que Bastian se cansase de ella cuando era justo ahora que empezaban a conocerse.

Se vistió con su típica ropa informal y fue a visitar a Evelyn y a Max, con quienes había quedado el día anterior.

Era llegada la tarde cuando regresaba a casa, acompañada por Pauline y el resto de sus chicas. Pese a ser su superior en la revista, fuera de ella eran muy amigas. No había mes en el que no comieran todas en casa de una u otra, y la reciente mudanza de Miranda era la excusa perfecta para que les preparase una buena cena y tomaran juntas una o dos botellas de vino.

Tan pronto como las chicas entraron en el apartamento empezó el desmadre: unas fueron al dormitorio, otras al cuarto de baño, otras cotillearon en el salón o en la cocina.

—¿Cómo son tus vecinos? ¿Conoces ya a alguno? —Preguntó Anne, la encargada de la sección de perfumería y maquillajes.

—Si... conozco a un par. —En su cara se dibujó una sonrisa tonta que no pudo ocultar.

—Eh chicas, venid, venid. Creo que Miranda tiene algo que contarnos...

En menos de diez segundos estaban todas arremolinadas alrededor suyo en el salón.

—No es nada...solo conozco a un par de vecinos, a Jared, el novio de Maxi y a... —su sonrisa se ensanchó y su mirada se iluminó.

—¡Habla! —gritó Jessica muerta de ganas por saber. Mientras, Pauline reía, sabiendo quién era “el vecino” que la tenía con esa expresión.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es él! Es tu director cañón, ¿Verdad? —Miranda se cubrió la cara con las manos— No me lo puedo creer ¿Te mudaste por él?

—¡Oh, no, no! Ya sabéis que odiaba las retenciones y que hacía tiempo que quería mudarme... Además, fuisteis vosotras las que me encontrasteis este apartamento.

—Vale, vale, tienes razón pero... ¿Dónde vive? ¿Cuál es su piso?

—Es el del ático. —De nuevo cubrió su cara con las manos, emocionada, avergonzada...

Pauline tomó del brazo a dos de sus compañeras y, sin pensarlo, subieron al décimo piso para

comprobarlo. Llamaron a la puerta del ejecutivo con insistencia, hasta que les abrió.

Bastian salía de la ducha. Pensando que era Miranda quien llamaba sólo le había dado tiempo de secarse muy por encima y de ponerse un pantalón de pijama.

Tan pronto como abrió la puerta las muchachas lo miraron boquiabiertas, no solo por su poco atuendo sino, por el cuerpo bien formado que tenía para la imagen que ellas se hacían de un hombre de treinta y cinco años.

Antes de que dijera nada Pauline empezó a hablar.

—Miranda... Miranda quiere que cenemos con nosotras.

—¡Hola chicas...! Lamento abrir así, no esperaba a nadie y por la forma en la que llamabais pensé que era algo urgente.

—No te preocupes. Tienes un cuerpo de infarto —confesó, tan desvergonzada como si tuviese confianza con él de mucho tiempo— ¿Cenas con nosotras?

—No, lo siento pero no puedo. Estaba en medio de una ducha y en un rato he de salir.

Las tres muchachas lo miraron un par de segundos más y volvieron al ascensor, de vuelta a su apartamento.

La cena fue mucho más divertida que de costumbre. Miranda se avergonzaba cada vez que una de las tres que habían ido a por el ejecutivo, mencionaban su torso desnudo o el olor masculino que desprendía. Ella trataba de disimular lo que había pasado con él la noche anterior y preguntaba cada dos por tres, haciéndose la interesada sobre algo que fingía desconocer.

Eran cerca de las tres cuando decidieron marcharse. Se habían pasado con el alcohol y dos de ellas se habían quedado dormidas en el sofá. Miranda despidió a las que se marchaban y arrojó a las otras dos antes de irse a su cama.

Por la mañana las dos chicas se despertaron con el sonido de la cafetera, quejándose por el dolor de cabeza de la resaca.

—Dormilonas... —rió al verlas, con el maquillaje corrido, despeinadas y con la ropa arrugada.

—¿Por qué eres tan ruidosa por la mañana, Warhol?

—Porque pasan de las doce y no son horas de dormir.

—Ya, pero túhace poco que te has levantado... mira tu pelo.

Las tres chicas rieron por el comentario.

Después del café y de recoger el desorden que habían causado en el nuevo y ordenado apartamento, se marcharon, dejando a la editora preguntándose qué estaría haciendo su vecino.

Estaba sentada, pasando cadenas del televisor sin saber con qué perder el tiempo cuando sonó la puerta.

Pensando en las posibilidades que había que fuera él, corrió al dormitorio para mirarse en el espejo antes de ir a abrir la puerta, pero al otro lado no estaba el ejecutivo sino su hija, que traía para ella un *souvenir* de su visita al parque temático.

—Le he dicho mil veces que no te molestase, pero ha insistido tanto... —decía él, apoyado en el marco de las escaleras, al lado del ascensor.

—Vamos papá, no seas mentiroso. Has sido tu quien me ha dicho que se lo trajese ahora.

El hombre puso cara de consecuencia mientras Miranda reía ante sus comportamientos y abría con cuidado el papel de regalo con el que iba envuelto.

—Son unas gafas de sol. Ya sabes, como ya mismolleja el verano...

—¡Son... son preciosas, Diamond!

Aquellas gafas no eran su estilo realmente, Miranda siempre usó gafas de sol tipo aviador y aquel diseño distaba mucho de lo que ella usaría, aun así apreció enormemente el detalle. Llevó una mano a la de la niña y la hizo pasar a su piso después de guiñar un ojo al padre. La llevó hasta el dormitorio y se probó el regalo frente al espejo.

Curiosamente, esas gafas con las patillas llenas de Mickey Mouse no le quedaban tan mal como ella pensaba y cuanto más se miraba más le gustaba.

—¿De verdad te gustan?

—No, no me gustan, ¡Me encantan! ¡Me quedan genial!

—Sí, tienes razón. Te quedan genial —dijo Bastian, sorprendiéndolas— No has cerrado la puerta y lo he tomado como una invitación.

—No importa. ¿Queréis quedaros a cenar?

La niña miró a su padre como rogando que aceptase, creía que diría que no, pero por el contrario aceptó la invitación con una sonrisa.

En el salón, Diamond lo tocaba todo: el jarrón de la mesa, la flor de origami que Bastian le había hecho, las revistas de encima de la mesilla.

De repente, tanto padre como hija murmuraron algo y sonrieron.

—¿Puedo saber de qué os reís? —Preguntó Miranda, mirándolos de reojo con fingida molestia.

—Esto es un *foulard* de hombre... —dijo la niña, tocando un pañuelo que Mark había dejado ahí olvidado un par de días atrás.

—Sí, lo es, pero no es mío... Es de Mark Dwaine, debió haberlo olvidado.

—¿Mark Dwaine? Oh Dios mío, ¿El futbolista? ¿Miranda, lo conoces? ¿Es tan guapo en persona como en la tele?

La niña parecía más que excitada con la noticia, vociferaba con cada pregunta y saltaba alrededor mientras su padre clavaba los ojos en ella, como acusándola de haberlo invitado a su casa, Dios sabe con qué propósito.

—Sí, es... es muy guapo... —Miranda llevó los ojos a los del directivo mientras lo decía. Trataba de darle celos sin saber por qué—. Y es un chico muy agradable. Pero dejemos de hablar de Mark, señorita. ¿Por qué no cenamos?

Estando los tres alrededor de la mesa Miranda se sintió mal por un momento. De no haberse divorciado de su esposa, Bastian estaría sentado a la mesa con otra mujer, y la presencia de la niña le daría a la escena, la perfecta imagen de familia feliz.

El directivo se dio cuenta de que por un segundo se había quedado serio y llevó una mano bajo la mesa para tocarle una rodilla.

—¿Papá? —Preguntó la niña— ¿Has sido tú? ¿Por qué me has tocado la pierna?

—Porque no estás comiendo nada —disimuló.

—¿Qué no? Jefferson, ese es su segundo plato.

—No me había dado cuenta...

La editora había preparado unos sorbetes de limón para el postre y, tan pronto como terminó la cena, los dispuso sobre la mesa, delante de cada uno.

—No se han congelado del todo, pero esta granizado y estará igualmente bueno.

—¡Hmm! ¡Está buenísimo! —dijo la niña, llevándose una cucharada del helado a la boca.

—Tienes razón —dijo el hombre—, está delicioso.

Después del postre Diamond pidió a su padre que la dejase quedarse un rato más, pero el directivo solo podía pensar en que Mark había estado ahí antes que él y lo último que quería era que su hija y ella hablasen de otro hombre, de forma que puso como excusa que tenía clases por la mañana y que debía madrugar para que su madre la recogiese a tiempo, y con eso logró convencerla.

Hacía más de dos horas que se habían marchado y rozaba la media noche cuando su teléfono móvil vibró en la mesilla de noche.

**“No me habías dicho que Mark estuvo en tu casa...”**

**M**IRANDA sonrió ante aquel mensaje. Estaba celoso, si no lo estuviera no le habría dicho aquello.

**“¿No vas a responder?”**

**“Estaba durmiendo, Jefferson. ¿Te parece si lo discutimos en el trabajo?”**

**B**ASTIAN no respondió a ese mensaje. Indudablemente que lo discutirían, necesitaba saber todo sobre esa visita.



## **Consejo nº8**

**Celos. Si quieres saber si está interesado realmente en ti o si solo eres el ligue de una noche... busca con qué darle celos. Se amable con otros chicos (sin pasarnos. Se puede ser amable sin ser una buscona), si se molesta, si se irrita, si busca hacer lo mismo con otras chicas... ¡lo tenemos en el bote!**

## Capítulo 9

**D**ESPUÉS de que Virginia pasase a buscar a la niña, Bastian salió de casa para ir al trabajo. Ese era uno de los días que le apetecía más quedarse en la cama que salir a la calle. Había dormido fatal, pensando en esa visita del futbolista o en el abrazo que había interrumpido en la oficina de ella, imaginando todo tipo de escenas que no hacían más que alimentar unos celos que nunca antes había experimentado por nadie.

No era su mujer, ni su novia. Ni siquiera habían hablado de tener relación alguna, solo había habido sexo entre ellos, y encelarse no era algo que hubiera hecho antes, ni siquiera cuando la madre de Diamond le engañó con otro en más de una ocasión. Pero por Miranda sentía algo que nunca había sentido e imaginarla en brazos de un chico joven y atractivo le molestaba en exceso.

Al bajar al aparcamiento era ella la que estaba apoyada en el capó de su coche, esperándole.

—Buenos días...

—¿Me estabas esperando? —Preguntó al verla.

—Si. Los dos vamos al mismo edificio y ambos tenemos el mismo horario. Vamos por el mismo camino... ¿Quieres que vayamos juntos?

—Eso puede llevar a que piensen lo que no es...

—Bueno, no les acusemos de pensar. Tú también lo haces. Entonces... ¿Empezamos la semana en mi coche?

El hombre sonrió medio forzado y caminó hasta la puerta de copiloto del escarabajo amarillo.

Era difícil no mirarla.

Miranda no apartaba la vista de la carretera y no parecía darse cuenta de que la observaba. ¿Qué demonios hacía Mark en su apartamento? ¿Habrían llegado a algo? ¿Habría llegado ese tipo a comprobar lo ardiente que podía ser Miranda? En su oficina estaban abrazados... Sacudió la cabeza como para expulsar de ella la idea que había estado atormentándole toda la noche.

Al llegar al aparcamiento de Purple Gem, nadie en se dio cuenta de que llegaban juntos y el verlos subir juntos en el ascensor no era algo del otro mundo, Bastian había subido con todos allí, y ella... también trabajaba allí.

Bastian ni siquiera la miró al salir del coche y tan pronto como las puertas se abrieron en la planta de las dos revistas, cruzó la redacción de Sportoday para encerrarse en su despacho. No entendía por qué estaba actuando así, pero tampoco podía actuar como si nada.

Cuando llegó la hora del café, Miranda se acercó al despacho de su compañero en el especial de la revista, pero éste estaba de espaldas a la puerta, riendo con quien fuera al otro lado del teléfono y no quiso molestarle, así que fue con sus chicas a la cafetería de siempre.

A la hora de su reunión Miranda cogió lo necesario de su despacho y subió a la sala gris, deseando que fuera y que no estuviera enfadado con Dios sabe qué que le pasase por la mañana, necesitaba verle. Al llegar a la puerta suspiró aliviada, Bastian estaba ahí, de espaldas a la puerta, pasando papeles sobre la mesa. Tomó aire y entró, desplazando la puerta y cerrándola tras de sí. Lo notó serio, pero no supo qué era y creyó que lo mejor era no decir nada.

Pese a no haber sido nunca un hombre posesivo o celoso, no lograba quitarse de la cabeza que otro hombre hubiera estado a solas con ella en su apartamento, sobre todo habiéndolos visto después abrazados en la intimidad de su oficina.

Trabajaron en silencio durante horas, intercambiando notas, revisando detenidamente lo que había estado escribiendo el otro. Miranda lo miró de reojo y, puesto que ya llegaba la hora de salir se puso en pie para recoger los papeles.

—¿Qué te pasa hoy? Has estado muy serio.

—Nada. ¿Por qué iba a pasarme algo?

Bastian se levantó para imitarla, pero en un momento actuó acorde sus instintos. La cogió del brazo y la hizo girar sobre sus pies, poniéndola de espaldas a la mesa. Ella sonrió cuando la bloqueó con su cuerpo.

—Dime, ¿Por qué fue Mark a tu casa?

—Le invité a un café...

—¿Os besasteis?

La editora ensanchó la sonrisa. Adoraba cuando un hombre se mostraba entero cuando en verdad se retorcía de los celos.

—Bueno, casi, no te lo voy a negar —Bastian llevó una mano a su cara y suspiró— ¿Pero sabes una cosa? —Llevó los brazos hasta su cuello y lo atrajo, acercándose a su oído para susurrarle— No debería decírtelo porque es un secreto que sólo sé yo... pero Mark no está interesado en mí. Ni en mí ni en ninguna otra... mujer.

—¿Acaso es gay?

—Sí... —sin dejar que tratase de pensar en otra cosa llevó sus labios a los de él y le besó.

Ese beso tuvo en él un efecto distinto. Esta vez no era pura excitación, esta vez no eran solo ganas de acostarse con ella, no era solo pasión. Lo que sentía ahora empezaba a ser más serio que todo eso.

Llevó las manos a su cintura y la elevó, sentándola en la misma mesa en la que un par de minutos atrás trabajaban en perfecto silencio. Subió la falda para colarse entre sus piernas y la atrajo hacia él.

—Supongo que no pretende hacer cosas indebidas en la oficina, señor Jefferson.

—¿Estás segura de que no quieres jugar aquí y ahora?

—No.

Se estiró hacia atrás, repitiendo la misma postura que días atrás, sobre la mesa de su salón. Bastian aflojaba su cinturón mientras ella desabotonaba su propia camisa.

—Si nos pillan tendremos un problema —rió ella.

—Creo que no me importaría. No en este momento.

Bajó las braguitas de satén blanco mientras sonreía al imaginarla vestida solo con eso. Las dejó caer al suelo, separó sus piernas y se acercó para besar sus ingles, segundos después entraba en ella con una embestida firme.

Mientras entraba en ella una y otra vez, retiró el sujetador hacia arriba, dejándolo puesto pero disfrutando de la imagen de sus pechos desnudos moviéndose con cada uno de sus embates. La hizo erguirse levemente para poder lamer sus firmes protuberancias y volvió a estirla para seguir penetrándola sin pausa.

Esa vez no pretendían hacerlo largo y placentero sino corto pero intenso. Unas cuantas embestidas y desfogados.

Miranda contenía los gemidos, curvándose sobre la mesa mientras él apretaba sus muslos, viendo como su bajo vientre tenía pequeñas contracciones a medida que llegaba al clímax.

Y, cinco minutos después ambos estaban en el ascensor, con sus carpetas en las manos y la sonrisa en los labios.

—La próxima vez será en la sala de colores.

—¿Ahí es donde...?

—Sí, es donde me sentí excitado la primera vez al mirar lo que tu falda dejaba entrever. Aunque he de reconocer que llevo observándote desde el primer día, cuando te cortaste y entraste en el servicio de los hombres para lavar tu mano.

Miranda no podía creer lo que oía. Aquella fue la primera vez que se habían visto, el primer día desde el cambio de dirección de la revista. También era ese el momento en que sintió como si cupido hubiera disparado una flecha contra ella. También había sido ese día el primero en el que se fijó en él.

La reunión había sido tan larga que no se dieron cuenta de que no había nadie más en las redacciones, que todos se habían marchado y que solo quedaban ellos y los chicos de seguridad.

Al entrar en el coche, Miranda se estiró y le abrazó. No quería dejarle ver sus sentimientos, quería que Bastian siguiera pensando que ella no sentía nada por él, que solo tenían un juego de seducción; pero en ese momento solo quería abrazarle.

Contrario a lo que ella pensó, el hombre correspondió a su abrazo y besó su pelo.

—Es agradable terminar la jornada laboral como la hemos terminado... —confesó el directivo — Y volver juntos después de haber pasado las últimas cinco horas en compañía del otro...

—¿Qué pasará cuando ya no tengamos esas reuniones? —preguntó, sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta.

—Que seguiremos viviendo en el mismo edificio, y compartiendo coche, y... Bueno, creo que no es necesario pensar en eso, somos adultos, y no está pasando nada que no queramos, las reuniones son solo algo que nos permite estar juntos unas horas más.

Miranda se apartó para mirarlo y sonrió. No había entendido a qué se refería con su micro discurso ¿Seguirían como dos desconocidos? ¿Seguirían como la última semana? ¿Tenían una relación que terminaba con esas reuniones? ¿Seguirían teniendo sexo? Al fin y al cabo ese día no importaba, estaban juntos y aún lo estarían hasta llegar a casa.

Acercó la mano a la llave y arrancó el motor, pero Bastian la frenó antes de que quitase el

freno.

—¡Espera! —Llevó la mano a su mejilla y se aproximó para besarla, en la intimidad de un aparcamiento en el que, a esa hora, no había nadie más.

## Capítulo 10

**H**ABÍA llegado el viernes mucho más deprisa de lo que querían, aun así, todavía podrían disfrutar de dos reuniones más, dos reuniones en las que solo estarían ellos dos, en las que disfrutarían de su compañía y quizás de algún que otro encuentro íntimo.

Bastian había estado ocupado toda la mañana con juntas que su puesto de director general le obligaban. Al llegar la tarde tampoco había podido estar con ella, ni en la sala gris, ni en la sala de color, y eso no hacía más que desease con más fuerza el momento de verla, aun así sería paciente con esas obligaciones que antes nunca le molestaron como ahora.

Miranda llegó al aparcamiento deseando encontrarlo apoyado en el capó de su escarabajo, pero en su lugar había una nota adhesiva junto a una rosa de origami. Sonrió como una tonta al imaginarlo doblando el papel o recortando la forma de corazón a la nota. Debía volver sola, la reunión se había alargado más de lo que quería y no pretendía tenerla esperando por él por tiempo indefinido.

Besó la rosa de papel y se metió en el coche, recostándose sobre el asiento del conductor. El coche olía a él, a su perfume, a ese aroma masculino que tanto le gustaba. Estaba enamorada, totalmente enamorada, y la sensación que provocaba en su estómago la simple idea de verlo al salir, le daba fe de ello.

No tuvo que esperar tanto, en poco más de una hora Bastian aparecía en el aparcamiento como si supiera que ella no se habría ido sin él. Se acercó al coche mientras ella sonreía en su dirección y segundos después se detenía al lado de su ventanilla.

—Buenas noches, señorita Warhol —ella no respondió, sólo sonrió— ¿Sería usted tan amable de llevarme...

Miranda no dejó que terminase de hablar, abrió la puerta del coche y saltó a su cuello para besarle.

—Hmm, ¿Eso es que si?

—Hay dos motivos por los que no me iría a ninguna parte sin usted, señor Jefferson —dijo fingidamente seria, como si se defendiese de algún tipo de acusación—: uno de ellos es porque si me marcho, usted no tiene cómo volver... —Bastian sonrió y asintió, como dándole la razón a una evidencia como aquella— la segunda razón es porque usted es directivo de la empresa en la que trabajo, y no me gustaría que hablase con mi jefa para que me despidiera. —El directivo empezó a

reír a carcajadas, su salida le había cogido desprevenido y era imposible no reír.

Miranda contuvo la sonrisa con una mueca extraña, pero la dejó salir cuando el hombre la estrechó entre sus brazos y la pegó contra su pecho.

—Tranquila, señorita Warhol, jamás pediría a su jefa ni la hora.

El trayecto hasta el edificio White fue un tanto más tenso que de costumbre, ambos sabían lo que pasaría cuando tuvieran que despedirse en el piso de uno o en el del otro. Sabían que después del beso vendría el arrebató de pasión que les arrastraría a uno de los dos apartamentos y que tendrían que separarse después, cuando Miranda decidiese pasar la noche sola.

Al llegar al aparcamiento y bajar del coche, el teléfono del directivo empezó a sonar. Eran más de las ocho y el director de la empresa de trabajo temporal le enviaba un candidato al puesto de secretario que Sean había dejado vacante tras su repentino accidente de motocicleta.

Era algo extraordinario, él nunca debía volver al trabajo de forma repentina tras haber salido de él y, al cortar la llamada miró el reloj de su muñeca con cara de fastidio.

—¿Ha pasado algo? —preguntó ella, deteniéndose frente a la puerta de cristal de las escaleras por las que subían a recepción.

—No, no es nada. He de irme, tengo una entrevista...

—Una entrevista... ¿ahora?

—Sí, la agencia de empleo me ha enviado a alguien. Ya sabes que Sean tuvo un accidente ayer y que mi puesto necesita, obligatoriamente, un secretario que atienda el teléfono y gestione las citas y las visitas... No creo tardar mucho —Bastian metió una mano tras su cuello y la trajo a su boca para besarla—. Si fuera por mí no iría —murmuró, apoyando la frente en la de ella—. Cuando vuelva... ¿Puedo pasarme por tu apartamento?

—Eso no se pregunta —sonrió.

Miranda se separó ligeramente y le indicó que subía, a lo que él asintió sin moverse. Se acercaba a la puerta cuando un brazo fuerte la hacía girar sobre sus pies. Bastian la atrajo con una mano en su cintura y con la otra tras su cuello.

—No quiero ir...

—No puedes evitarlo. No puedes dejar al chico nuevo sin su entrevista, bastante nervioso debe estar. Además, es viernes, podemos vernos todo el fin de semana...

—Ven conmigo.

Ella estiró los brazos y rodeó su cuello para besarle. Adoraba esos momentos, eran pocos en realidad, pero no podía pedir más, él era el hombre de sus sueños y hacía muy poco que estaban “juntos”.

Se apartó de él dando un paso hacia atrás y colocó las manos en su pecho para empujarle despacio hasta el coche.

Bastian obedeció al gesto, a regañadientes pero con una sonrisa. Al cerrar la puerta ella ladeó la cabeza y de nuevo sintió la tentación de no ir a ninguna parte que no fuera su apartamento, o al de ella, no importaba siempre que fuera con Miranda, pero el deber llamaba, y no podía estar sin un secretario que atendiera su agenda y sus llamadas.

\* \* \* \* \*

Dejó el coche en la calle, ni siquiera se tomó la molestia de bajar al aparcamiento. Entró,



saludando al recepcionista como con prisa y, cuando éste le dijo que su entrevista le esperaba en su despacho corrió al ascensor. Se moría por terminar y volver con ella.

La primera sorpresa llegó cuando al bajar del elevador percibió el intenso perfume de mujer que flotaba en el aire. ¿Una mujer? No, él no quería líos de faldas con secretarias, por eso había especificado a la agencia que fuera un chico, un hombre o un anciano, no importaba, pero él quería a alguien de su mismo género, no a una mujer.

La puerta de su oficina estaba abierta, y esa fue la segunda de las sorpresas. ¿Alguien con las confianzas de entrar en lugares en los que no se les ha invitado? Ni hablar, el entrevistado debía esperar en el sofá de la entrada, o en pie, frente al mostrador de Sean, pero no en su despacho.

La tercera de las sorpresas fue al ver de quien se trataba: Roselyn McQueen, su ex del instituto y la única novia que había tenido antes de la madre de Diamond.

La mujer se dio la vuelta con una arrebatadora sonrisa, como si fuera la mujer más feliz del mundo.

—Rose... —murmuró.

—Vaya, Bas, que emotivo —dijo ella, acercándose y ofreciendo una mano como saludo.

—Lo siento, es que no...

—No nos veíamos desde hace cuánto, ¿dieciséis años? —Él hizo una mueca de duda, como si no supiera cuanto tiempo o como si realmente no le interesase saberlo— Estás muy guapo.

—Gracias... ¿empezamos la entrevista?

Le daría el trabajo porque lo merecía, su currículum era excelente y había trabajado como asistente de dirección para otra editorial del mismo presidente. No quería tenerla cerca, sobre todo por lo que empezaba con Miranda y las confusiones que podían darse si Rose hablaba sobre un pasado que ya no importaba.

Ahora, con su despacho libre de intrusos solo quedaba regresar a casa, y detenerse en la sexta planta, en el apartamento donde vivía Warhol, la chica de la que se había enamorado sin remedio.

\* \* \* \* \*

Había subido a su apartamento con una sensación extraña recorriéndole la espalda. ¿Le echaba de menos después de tan solo tres minutos? Sacudió la cabeza mientras atravesaba el umbral y de pronto se alegró inmensamente por no haber entrado en su piso retozando con un hombre.

—¡Papá, mamá! —exclamó, entrando en el salón, donde sus padres discutían sobre el tipo de vecinos que tendría en ese edificio.

Sus padres nunca estuvieron conformes con que se fuera de casa, su hermano Terry vivía aún bajo el techo paterno aun después de haber cumplido la treintena, ella vivía sola desde los veintidós y estaba creciendo fuera de la vista de sus padres.

—Discutía con tu madre sobre tus vecinos... —dijo el padre, levantándose del cómodo sofá para abrazar a su hija.

—¿Alguno que merezca mención? —preguntó la madre, golpeando suavemente sus costillas con el codo.

—Hay un poco de todo, un chico gay, un hombre divorciado con una hija de doce años... — fingió que el segundo no le importaba lo más mínimo.

—Santo cielo, Rob, un gay... —murmuró la madre.

—Mamá, su sexualidad no nos concierne, así como tampoco la del divorciado o la de la vecina del tercero. Es una persona como vosotros y como yo, y por lo que he podido comprobar es una muy bella persona.

El padre sonrió por el discurso que había soltado a su madre, cuya sexualidad ajena parecía importar tanto como si el día iba a ser soleado o gris.

Siempre que sus padres iban de visita a su apartamento, la cena llegaba a horas exageradamente tardías y, por no perder las costumbres, ese día no iba a ser ninguna excepción.

Estaban en medio de una discusión sobre teléfonos cuando sonó la puerta. Miranda corrió a la entrada sabiendo de quién se trataba y, tan pronto como abrió la puerta Bastian la trajo contra sí, besándola sin previo aviso.

—¡Hey para! —murmuró, feliz por verle pero nerviosa por que sus padres se enterasen de algo que recién estaba empezando— mis padres están aquí.

—¿Tus padres?

El directivo no dijo más, dejó un beso en su frente y se adentró en el apartamento, dejando a la muchacha en la puerta, mirando atónita su espalda.

El matrimonio se quedó helado al ver entrar en el apartamento a un hombre en lugar de a su hija, y más del modo tan confiado que lo hacía, como si conociera la distribución a la perfección.

—Encantado de conocerles, señores Warhol. Soy Sebastian Jefferson, vecino de su hija y compañero de trabajo.

—¿Tu eres ese asistente con el que tanto habla?

—No mamá, mi asistente se llama Max, él es el director general de New York Paper Inc., la editorial a la que pertenece la revista.

—Es muy guapo —dijo Helen, la madre de Miranda, hablando de él como si no estuviera ahí. La editora lo miró tratando de no ruborizarse, pero fue en balde— ¿Quieres quedarte a cenar? Hemos hecho comida de más y, a Rob le encantaría tener una charla de hombres con alguien...

—Seguro que tiene mucho que hacer en su casa... ¿Verdad, señor Jefferson? —preguntó Miranda, tratando de que se marchase, y de que esa no pareciera una cena familiar con los padres y el nuevo novio de la hija.

—No, en realidad hace mucho que no como comida casera —dijo, guiñándole un ojo y estrechando la mano que Helen le ofrecía.

Aunque Miranda tratase de mostrarse distante con Sebastian, aunque él la tratase solo como a una amiga, Rob supo que algo había, las miradas entre ellos no eran las de simples vecinos y, cuando después de la cena, las dos mujeres se metieron en el dormitorio, el padre de la muchacha sentó al directivo en el sofá.

—¿Puedo saber qué hay entre mi niña y tú? —empezó.

Su tono de voz no sonaba hostil, ni acusador, sonaba como una simple pregunta.

—¿Entre su hija y yo? Pues verá señor Warhol, somos vecinos y ella trabaja en una de las revistas que administra la editorial que dirijo.

—Sí, eso me ha quedado claro, pero me refiero a entre vosotros. No es que no me agrade, Sebastian, pero mi niña aún es una joveninocente...

Esa palabra hizo que el directivo se recordase a sí mismo diciéndosela y comprobando que su forma de actuar distaba mucho de lo que haría una niña inocente. Antes de que Bastian pudiera decir nada al respecto, las dos mujeres salieron del dormitorio sin que Helen apartase la mirada de él.

—Creo que es hora de que nos marchemos, Rob. —la mujer sonó simpática.

—Yo también me marchó, solo pasé a saludar y me he excedido quedándome a cenar. Estoy encantado de haberles conocido, señor y señora Warhol. —Bastian se acercó a la puerta seguido de Miranda—. Avísame cuando se vayan hay algo que quiero decirte.

—¿Sobre qué?

—Avísame cuando se vayan.

El directivo llevó una mano tras su cuello y la trajo contra si para besar su frente, acto seguido desapareció por las escaleras, dejándola totalmente intrigada.

Los padres de Miranda no encontraron el momento de marcharse y, en un punto indefinido de la noche, la muchacha terminó acurrucada entre las mantas en el sofá, mientras sus padres ocupaban su cómoda cama.

## Capítulo 11

**E**N el silencio de la mañana, un estruendo en la puerta la sobresaltó, haciéndola sentarse casi sin darse cuenta. No recordaba haberse dormido en el sofá, sin embargo, un murmullo proveniente del dormitorio la trajo de vuelta a la realidad: sus padres habían ocupado su tiempo, su casa y su cama, y Bastian no había podido decirle aquello que se suponía quería decirle con urgencia cuando ellos se marchasen.

Un nuevo estruendo la hizo correr a la entrada con el corazón acelerado por el susto.

—No me avisaste... —dijo el directivo con una mueca de medio lado.

Estaba apoyado cerca del ascensor, con ropa de deporte y el pelo mojado, como si acabase de llegar de correr, la miraba de forma traviesa pero fingiendo que estaba molesto.

—Aún no se han ido —sonrió ella, señalando hacia atrás con un gesto.

—Entonces te perdono. Pero avísame cuando estés libre, necesito decirte algo.

—Dímelo ahora...

—No, ahora no —se acercó a ella con una sonrisa en los labios—. Bueno, te diré una parte. La niña se queda con su madre todo el fin de semana. Es el cumpleaños de una de sus amigas y ya sabes...

Miranda sonrió, como si supiera lo que pretendía decirle entre líneas y, de pronto empezó a sentirse acalorada, expectante, ansiosa.

El directivo besó su frente igual que la noche anterior y se giró para subir a su ático.

Pasaba del medio día cuando los padres de Miranda se levantaban de la cama. Aquella casa tenía un extraño efecto en todos los que se quedaban allí a dormir, las chicas, sus padres... todos dormían más de lo habitual y se despertaban con dolor de cabeza, supuestamente injustificado, aunque ambos tomaron vino hasta terminar con las dos botellas que habían quedado de la fiesta de las chicas.

Por suerte para ella no se quedaron demasiado rato.

Esperó unos minutos por si, como otras veces, a mitad de camino se daban la vuelta para darle un abrazo o para decirle cualquier cosa de la que se habían olvidado durante la visita. Pero en cuanto estimó que había pasado suficiente tiempo, corrió escaleras arriba sin siquiera cambiarse la ropa con la que había pasado toda la noche. Se moría por verle otra vez.

—Hola preciosa —sonrió, apartándose para que ella entrase.

Tan pronto como cerró la puerta se acercó a ella, llevándola contra la pared para besarla

como tantas veces había querido hacer desde la tarde anterior. La elevó por la cintura y ella le rodeó con sus piernas y con los brazos alrededor de su cuello. Aquel estaba siendo el mejor beso que habían tenido, porque no era solo eso sino, una especie de confesión, como si se dijeran que se amaban sin decirlo con palabras.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó, apartándose lo suficiente para mirarla de frente.

—No lo sé ¿Tienes pensado algo?

Él asintió con una sonrisa y se apartó un poco, haciéndola ponerse en pie.

—Había pensado en ir al New York Botanical Garden. Un picnic bajo la sombra de los árboles, tendidos sobre el césped, yo durmiendo sobre tu regazo mientras tú... ¿lees un libro?

—Es... ¿sabes? Nunca se me habría pasado por la cabeza que fueras un hombre romántico.

—Soy más que eso, preciosa. También puedo ser trabajador, y competente, y apasionado...

La forma en la que lo dijo, la sonrisa traviesa que se había dibujado en su rostro, la forma en la que sus ojos la habían recorrido, la hicieron estremecer. ¿Cómo podía desearse tanto a una persona?

Pretendiendo jugar con sus afirmaciones y con la supuesta inocencia que inspiraba, corrió hacia la puerta fingiendo estar asustada, pero se vio frenada por los largos brazos de ese hombre, que la rodearon firmemente por la cintura.

—No huyas... telibrarás porque la entrada es a las doce y tenemos un rato en coche... —susurró en su oído antes de dejarla libre.

Ambos rieron.

La entrada al parque era más que espectacular. Una gran cúpula de cristal guardaba en su interior especies exóticas, que probablemente verían en otro momento de la visita, amplios caminos se entrelazaban en sus recorridos por todo el jardín y el aroma a flores flotaba en el aire.

Había un paseo de árboles que daba a la zona del centro un aspecto íntimo y romántico, quizás en otoño o en invierno, ese mismo paseo, sería triste, sombrío, incluso lúgubre, pero en ese momento, con las ramas llenas de flores rosas que contrastaban con el verde del césped, hacían de ese tramo, un lugar espectacularmente romántico. Los ojos de Miranda brillaban por la emoción, como si nunca hubiera estado en un lugar así, como si nunca nadie hubiera hecho eso por ella: planes románticos, reservar una entrada en un jardín como aquel.

Bastian llevó una mano a la de ella y entrelazó los dedos para caminar como una pareja.

La tarde llegó lentamente frente al estanque de lotos. Quizás no eran las favoritas de la editora, pero el directivo amaba esas flores y su significado.

—El loto simboliza pureza, vida eterna, renacimiento, amor... —sus ojos brillaban especialmente mientras acariciaba un pétalo de una de las flores cercanas.

—Tiene un significado precioso...

Bastian no respondió, se irguió, se giró hacia ella y la atrajo para besarla antes de retomar la ruta.

Siguieron caminando por el jardín, por paseos perfilados de color y llenos de perfume, entre imponentes estatuas, entre fuentes, cuyo agradable sonido de agua brotando invitaba a sentarse y

soñar.

Entraron en los invernaderos de las orquídeas, flor favorita de Miranda. Ésta vez era ella la que tenía brillos en los ojos. Aspiraba con fuerza, tratando de coger todo el aroma de las flores en una sola bocanada, haciendo sonreír al hombre que sostenía su mano y que no podía dejar de mirarla en ningún momento.

Paseando por uno de los caminos llegaron a una de las plantas de orquídea que rodeaban un árbol, ésta tenía unas bonitas flores verdes que llamaron la atención de la editora.

—Son... ¿qué son?

Bastian sonrió. Él no era experto en flores, de hecho conocía pocas especies fuera de lo más común, pero casualmente su hija había llegado un día a casa pidiendo que le ayudase en un trabajo acerca de su sabor favorito, la vainilla, y por eso conocía bien esa planta.

—Es una orquídea, claro —rió—. Pero, además, es una planta de vainilla. Mira —señaló una de las vainas verdes que colgaban del follaje.

—¿Tú lo sabes todo, no? —Miranda lo miró con el ceño fruncido con una expresión simpática.

—No. Claramente no sé todo, pero eso sí que lo sé... eso y... —se acercó a su oído con intención de susurrarle— que esta noche no te dejaré ir a casa.

Su expresión ceñuda se desdibujó, pasando a ser una sonrisa que llenó de color sus mejillas. Adoraba a ese hombre, lo adoraba de verdad.

Ahora tocaba la parte del bosque y del lago, pero estaba anocheciendo y el aviso de megafonía informó a los visitantes que debían darse prisa para terminar su visita.

Bastian había pasado toda la mañana pensando algo y, llegando a la zona arbolada, saltó la valla de troncos, incitándola a imitarle. Miranda lo miraba como si estuviera loco, pero le siguió. Se metió bajo el madero y se dejó guiar por él y su travesura.

—¿Qué pretendes hacer? Si nos pillan...

—No nos van a pillar. No creo que haya vigilantes buscando parejas enamoradas entre los árboles.

—Parejas enamoradas... —repitió ella, creyendo haber escuchado en sus palabras una sutil confesión.

—Parejas enamoradas, amigos, jovencitos en busca de intimidad en un sitio como este...

Y la magia de las palabras se llevó la emoción del momento, haciéndola reír.

Bastian tiró de ella hasta detrás de un enorme árbol, y se sentó en la tierra, sentándola entre sus piernas, rodeándola por los hombros y apoyándola contra su pecho.

—Quédate callada. Esperemos que anochezca y disfrutemos de un jardín sólo para nosotros.

Sus palabras parecían magia, tan romántico, tan llenas de sentimientos...

La noche cayó sobre el NY Botanical Garden, salpicando el cielo de estrellas que ellos gustosamente divisaban desde su escondrijo. Seguían apoyados en el mismo árbol tras el que se habían ocultado sin encontrar la forma de moverse, de separarse.

El directivo consideró que ya era lo bastante tarde como para que el jardín estuviera totalmente vacío, de forma que se puso en pie, tirando de ella para levantarla. Miranda tenía un pie entumecido por la postura y lo miró ceñuda.

—No me puedo creer que me hayas obligado a esto...

—No te he obligado. Te dije que no te dejaría ir a casa, pero has accedido gustosa a mi oferta de escondernos.

—¿Y ahora?

—Ahora paseemos, besémonos bajo la luz de la luna y disfrutemos de una intimidad que nadie va a interrumpir.

Caminaron por los senderos de grava con las manos entrelazadas y el directivo se encargó de guiarla hasta un claro de césped bien cortado. Los árboles les rodeaban desde la distancia y la luna iluminaba el escenario. Era perfecto, romántico, precioso...

La guió hacia el medio del claro y colocó una mano en su cintura, elevando la otra con pose de baile y, de pronto empezó a balancearse, bailando a la luz de las estrellas.

Eran las cinco de la mañana. El cielo aún estaba completamente negro y la humedad de la mañana hacía que se apretujase uno contra el otro. Bastian estaba apoyado sobre las piernas de la editora, rodeando su cintura con los brazos mientras ella descansaba los suyos sobre él. Casi era como había imaginado el directivo, él apoyado en ella mientras ella leía, solo que en este caso ella reposaba la espalda contra el grueso tronco de un árbol.

Un leve crujido hizo que Miranda abriese los ojos, mirando a su alrededor totalmente desubicada, pero ahí estaba él, recordándole la travesura nocturna.

Lo miró durante un rato, enredando los dedos en su pelo.

—Te quiero —confesó en un murmullo, creyendo que dormía.

Bastian contuvo un suspiro y una sonrisa. No quería arruinar el momento. Él también la quería, lo había comprobado cuando sintió sus propios celos al saber a Mark en su apartamento, pero se negaba a confesar sus sentimientos y que luego su relación se fuera al traste.

Hacía sólo un par de horas que habían salido del parque de forma furtiva. Habían desayunado un enorme vaso de café en un Starbucks de camino a casa y se encontraban frente al ascensor. Los dos estaban extrañamente tímidos y, después de todo lo que había pasado entre ellos eso era lo más extraño.

Cuando el ascensor se detuvo en el sexto piso Bastian bajó con ella. Tenía intención de subir a pie y dejarla descansar de esa noche que habían pasado al aire libre, dejar que durmiera. Pero tan pronto como las puertas se cerraron, Miranda se giró y le rodeó el cuello con los brazos antes de besarle.

Casi sin saber cómo había pasado, estaban en el dormitorio de ella, sobre el enorme colchón, desnudos y haciendo el amor de la forma más romántica.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —Preguntó Miranda, acariciando el brazo que la rodeaba.

—Caminando, supongo... —Ambos rieron antes de ajustar sus cuerpos en un abrazo— Supongo que hay relaciones imposibles de evitar, y la nuestra es una de esas. Hemos trabajado juntos más de dos años, nos hemos cruzado un centenar de veces y desde la primera vez nos llamamos la atención más que nadie más en todo el edificio. Era una relación destinada a ser, dure lo que vaya a durar.

—Puede que tengas razón.

—¿Puede? Tengo, tengo razón, si no... explícalo tú.

—Tienes, tienes razón —rió nuevamente, rodando sobre el colchón y poniéndose a horcajadas sobre él—. La hora de comer se ha pasado...

—Entonces habrá que entretenerse hasta la hora de cenar para que llegue pronto —Apretó sus nalgas y sin previo aviso se coló en ella con una embestida rápida, haciéndola gemir de placer.

Mientras él la penetraba ella echaba la cabeza hacia atrás, dejando su cuello disponible para que él lo lamiese, lo besase y lo mordiese como si de un vampiro se tratase.

La noche llegó mucho más deprisa de lo que ninguno quería y, lamentablemente, después de la cena debían separarse. Por la mañana debían ir a la oficina y necesitaban dormir, y Miranda no quería que durmieran juntos, lo había dejado bastante claro la primera vez que se acostaron.



## Capítulo 12

**S**UBÍA por la escalera de incendios mirando la bolsita con los dulces y los enormes vasos de café. Quizás no eran una pareja, al menos de forma oficial, pero había pasado el mejor fin de semana de su vida, y había sido con él. Ahora simplemente quería más, quería que fuera así todos los días, aunque tuviera que verlo solamente en la oficina, o aunque tuviera que compartirlo con su hija.

Al llegar a la planta donde Bastian tenía su despacho encontró la mesa de Sean vacía. Había estado tan despreocupada durante el fin de semana que no había reparado en preguntarle por la entrevista del viernes, antes de su cena en familia.

Supuso que estaría explicando a su nuevo secretario, lo más básico, sus horarios, a quien atendía y a quien no... Dejó el desayuno sobre el mostrador para que lo tomaran ellos, era de mala educación llevar algo al director y no al secretario, pero, cuando se dio la vuelta para marcharse escuchó un ruido en el despacho seguido de una risa femenina. De pronto, un arrebato de celos la llevó a mirar dentro. ¿Acaso su nuevo secretario era una chica?

Lo peor que podía haber visto estaba en ese despacho, no solo una mujer arrebatadoramente sexy sino un beso, un beso entre él y esa mujer, que no era su ex esposa y tampoco era ella, un beso que le hizo escuchar su propio corazón hacerse añicos. Los peores pensamientos que podían cruzar su cabeza en ese momento ahí estaban: «solo has sido un juego».

No pudo articular palabra, no pudo más que emitir un sonido gutural desde el fondo de su garganta. Se giró a punto de perder el equilibrio y trató de correr hacia la escalera, pero tropezó con el brillante sofá de cuero marrón que decoraba la recepción del despacho.

Bastian no dudó en soltar el agarre de Roselyn y correr hacia la entrada.

—¡Miranda...! Dios mío, ¿estás bien? —preguntó a pesar de saber la respuesta.

—Estoy, estoy...

Lo miró, conteniendo la respiración para no ponerse a llorar y sin responder a su pregunta se puso en pie, evitando que las manos del directivo la tocasen para ayudarla a levantarse.

El directivo no la siguió. Sabía que había visto ese beso, pero no iba a tratar de justificarlo, aunque realmente él no hubiera besado a la secretaria, aunque le hubiera cogido tan desprevenido que no hubiera sido capaz de detenerla. Cuando vio los dulces y el café sobre la mesa supo lo que acababa de pasar: le había roto el corazón, y sabía que jamás volvería a confiar en él, que se habría sentido utilizada.

Agarró uno de los vasos calientes y, dejándose llevar por su propia ira, lo lanzó con todas sus

fuerzas contra la puerta blanca de su despacho, sobresaltando a la secretaria, que aún se encontraba dentro de la oficina.

—¿Qué...?

Roselyn corrió a la entrada, mirando atónita el café desparramado por el suelo.

—Quiero que te vayas —pidió el hombre sin mirarla, cubriendo su cara con la otra mano—. Llama a la agencia y pide que me envíen a otra persona. Rose, no te quiero aquí.

—¿Perdona?

—Me has oído bien, creo. He dicho que...

—Tuvimos una entrevista el viernes. Dijiste que no era lo que esperabas pero que me dabas el empleo. Supuse que...

—Supusiste mal. Te daba el empleo porque necesito a alguien que se encargue de la agenda, del teléfono y de las fotocopias, pero no porque quiera nada contigo. Lo nuestro terminó hace muchos años y ahora tengo a alguien...tenía, maldita sea, hasta ese beso que... —su tono de voz iba subiendo el volumen y la intensidad— Llama a la agencia y pide un sustituto.

La mujer no respondió. Caminó, contorneándose como si nada hasta la silla de Sean en la recepción, y descolgó el auricular para pedir a las mujeres de la limpieza subieran para que limpiaran el desastre.

Cuando al fin llegó a su oficina, a duras penas alcanzaba a recordar cómo había llegado allí. Lo único que lograba reproducir, una y otra vez era la minúscula y ajustada falda de la secretaria, sus asquerosos labios rojos junto a los de su Bastian y las estúpidas palabras que le había dicho cuando dormía, con la cabeza en su regazo, dos noches atrás. «Te quiero».

Pauli corrió tras ella cuando la vio llegar con esa expresión en la cara.

—¿Qué pasa? —sabía que era el “jefazo” quien tenía que ver con esa expresión.

—Es una secretaria, el sustituto de Sean es una...es una mujer. Se...—Miranda hizo una pausa, como queriendo de borrar de su mente la imagen de ese beso— se estaban besando en su despacho. —La pelirroja se llevó las manos a la boca—. Pauli, no... Bastian y yo no tenemos nada, así que...

—Lo sé. No volveremos a mencionarte a Jefferson, no volveremos a decirte nada que tenga que ver con él. ¿Quieres dormir en casa esta noche? Así no estarás sola y podrás distraerte... —Miranda negó con una expresión seria.

—Sería genial, pero prefiero estar sola...

La mañana fue eterna y la tarde pintaba aún peor. Ambos trabajaban en el mismo lugar e inevitablemente se encontrarían en el ascensor al subir o al bajar, y lo peor, esa mañana habían ido a la oficina en el coche de él.

A la hora acordada ninguno acudió a su cita para el especial, y después de lo ocurrido, Miranda tampoco pretendía reunirse con él para terminar un trabajo que estaba ya más que enfocado. Lo que faltaba por transcribir, por investigar o por terminar, lo haría ella.

Bastian pasó las horas buscando la forma de disculparse, la forma en la que ella supiera que no quería a nadie más que no fuera ella, pero el beso que Roselyn le había dado era difícil de justificar, aunque él tuviera la certeza de que no lo había buscado. Deseó con todas sus fuerzas que

a la hora de volver a casa Miranda subiera a su lado en el coche, que le dejase explicar lo que había visto o que, simplemente, lo olvidasen, al fin y al cabo Roselyn dejó de significar nada para él desde el momento en que terminó su relación.

A la hora de volver a casa, la editora esperó a que el edificio se vaciase. No quería verlo ni cruzarse con él.

Roselyn llevaba toda la mañana nerviosa. Jamás había visto a Sebastian tan enfadado como lo había visto ese día. Habían estado juntos cuatro años antes de su ruptura y nunca le había visto con esa actitud. Sabía que podía manejarlo, pero también sabía que debía mantener un poco las distancias. Ese beso había sido demasiado precipitado.

A la hora de salir Bastian permaneció en su despacho y ella no quiso incordiarle, abrió una ventana de chat en el programa de la editorial y le avisó de que se marchaba, un mensaje al que no obtuvo respuesta.

Bajaba en el ascensor cuando Pauline entraba en la décima planta.

—Vaya, vaya... —murmuró la redactora, cruzándose de brazos sin mirarla— Tenemos a una zorra en el edificio.

Roselyn se giró hacia ella con incredulidad. ¿Acababa de llamarla zorra delante de sus narices?

—Perdona, ¿Nos conocemos?

—¡Oh no, por favor! Afortunadamente no —respondió Pauli, mirándola de reojo—. Pero si el jefe tiene lo que hay que tener, no te conocerá nadie más.

—Te refieres al señor...

—Jefferson, Sebastian Jefferson. Sí, el director de la editorial y el... —la pelirroja se contuvo de decir lo que pretendía, que era el novio de su amiga, que llevaban casi un mes juntos, que estaban enamorados y que además eran vecinos.

—Estuvimos juntos, ¿sabes...? Hace veinte años, cuando los dos teníamos quince. Salimos durante cuatro intensos años... Pero creo que no es la información que quieres escuchar de “la zorra” —hizo el gesto de las comillas con los dedos— Pero no me gusta que se me malinterprete. Si Jefferson te gusta no es algo que me interese. Éste mes aprovecharé para reconquistarlo a como dé lugar y retomaremos la relación que debió ser hace años. No me importa si una niñita calientapollas quiere un ascenso por meterse en la cama del director.

Pauline no fue capaz de articular ni una sola palabra en respuesta. Había pretendido ofenderla, que se sintiera insultada y dimitiera pero, sin saber cómo, había sido ella la reprochada. Pero lo peor no fue eso, sino quedarse traspuesta al punto de no encontrar con qué atacarla de nuevo, al enterarse de que esos dos habían tenido una relación años atrás.

Eran más de las doce de la noche cuando Miranda salía de su despacho. Había pasado un día horrible y lo último que quería era toparse con nadie. A la hora de marcharse, Pauli esperó un rato más para acompañarla un rato en su casa, pero la editora le pidió que se fuera, que esa noche prefería estar sola, buscó trabajo que adelantar y se iría cuando el cansancio amenazase con apoderarse de ella.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron se encontró con lo único que llevaba evitando

todo el día: Él. No esperó a que terminasen de abrirse, se dio la vuelta y corrió a su despacho a la velocidad de la luz para evitar que Bastian le dijera nada, no quería escuchar excusas o peor aún, la confirmación de lo que ya sabía: que la había usado como entretenimiento pero que ahora tenía muñeca nueva y ya no la necesitaba.

—Hey espera... —dijo él, frenándola por el brazo— ¿No has ido a casa? —Miranda no respondió—. No voy a pedirte perdón, ni a tratar de justificar lo injustificable. No voy a pedirte que no creas lo que viste esta mañana.

—¿Y qué se supone que vi, señor Jefferson?

—A Roselyn...ese...un... Ese beso.

Miranda tiró del asa de su bolso y salió nuevamente de la oficina, dejándolo tras ella como si no fuera nadie, pero él tenía la imperiosa necesidad de que hablasen, de explicarle.

—Iba a decírtelo el viernes, cuando fui a tu casa, antes de saber que tus padres estaban ahí. Luego todo fue muy rápido.

—¿Decírmelo?

—Sí, decírtelo. Decirte que el sustituto de Sean era una mujer, que era una ex. Tenía que decírtelo antes de que lo supieras y creyeras que había sido idea mía.

Y ahí iba de nuevo ese dolor en el pecho, el sonido de un corazón roto haciéndose aún más pedazos. ¿Habían sido novios?

—No me lo dijiste —dijo sin girarse para mirarle.

—No pude. Y luego me dijiste que me querías y no quise hacerlo.

Miranda contuvo las lágrimas en los ojos, no iba a llorar por él. Siguió caminando sin darse la vuelta.

Las puertas del ascensor se cerraron sin que Bastian entrase con ella, sin que ella dijera una sola palabra más. Sabía que no iba a bajar al aparcamiento, que no iba a ir a casa con él y lo peor, que lo suyo no iba a solucionarse.

## Capítulo 13

**H**ABÍAN pasado los días y el fin de semana prometía ser una pesadilla. La situación no había empeorado pero tampoco se había solucionado nada: Roselyn seguía parasitando su vida y Miranda no le dirigía siquiera una mirada.

Pensaba en ella mil y una veces al día, tratando de encontrar algo con lo que atraerla de nuevo: una reunión, unos informes, algo, pero no había nada que se le ocurriese.

Bastian pasaba por su lado una docena de veces al día, tratando de acercarse a ella, pero ninguna de ellas cedía siquiera a un saludo. Estaba totalmente dolida con él por haberlos visto besarse en su despacho y él lo sabía.

No tenían una relación cerrada donde solo fueran ellos dos, de hecho ni siquiera habían hablado acerca de una relación, solo habían tenido sexo y algún que otro encuentro divertido, pero, aunque sabía que era un enfado justificado, le dolía su distancia porque Roselyn no significaba nada para él y porque realmente estaba enamorado de ella.

Después de la comida dio vueltas por la recepción, esperando verla llegar para tratar de hablar con ella.

Al llegar, Pauli supo que algo pretendía y, aunque Miranda le había pedido que no se lo mencionasen, eso no impedía que la dejarasen sola con él, así que, agarró el brazo de sus compañeras y la dejaron para que subiera ella sola.

Ignorando su presencia se dirigió al ascensor.

—Por favor, Miranda, mírame. —Pidió, poniéndose delante de ella—. Háblame, abofetéame, algo, pero no me ignores como si ya no existiera para ti.

La editora siguió con la vista fija en las puertas, como si él no se hubiera puesto frente a ella, como si fuera translucido y pudiera ver a través de él. Cuando el elevador se detuvo en la décima planta pasó por su lado y siguió con dirección a su oficina tragándose el nudo de su garganta.

Aquello no podía seguir así. A duras penas podía controlar sus ganas de abrazarla, de besarla, pero tampoco podía contener las ganas de zarandearla y decirle que madurase de una vez y le escuchase, que él no tenía nada con Roselyn, aunque hubiera visto un beso que no significaba nada para él. La quería y se moría por gritárselo y hacerle ver que una relación es cosa de dos y que los dos sentían del mismo modo.

Bastian cerró la puerta de su despacho de un sonoro golpe.

Se acercaba la hora de la salida y Miranda no pretendía quedarse en casa y llorar por él. Se distraería como mejor sabía hacer: saliendo con las chicas, ligando con chicos jóvenes y bebiendo hasta perder el sentido.

Las chicas sabían de sus planes de buscar a alguien con quien pasar el rato esa noche, alguien que le quitase de la cabeza al jefe, pero Pauli sabía que eso sería mucho peor, sabía que si esa noche se llevaba a casa a otro chico luego le pesaría, se culparía por querer sacar de su corazón a uno con la compañía de otro.

En cuanto terminó el trabajo con el que había estado toda la semana, Miranda la dejó marcharse. Sin dudar lo subió al despacho de Bastian, necesitaba que supiera los planes de su amiga, que lo impidiera.

—¿A qué debo su visita, señorita Potts?

—Miranda... Esta noche saldrá con nosotras al Lustful, su intención es...

—Por favor, señorita Potts. La vida privada de los empleados de la editorial no es asunto mío y, en lo que respecta a la señorita Warhol —Bastian la miró a los ojos pero acto seguido se giró, dándole la espalda para que no viera su expresión—... nosotros no tenemos ninguna relación.

—Ya, eso mismo dice ella. Pero yo te informo, porque os he visto juntos y esta semana ha sido más que rara...

En vista de que Bastian no se giraba para enfrentarla, salió del despacho. Roselyn tenía el mostrador lleno de notas de colores, de esmaltes de uñas y de catálogos de lencería. Rió con sorna al pasar por delante antes de marcharse.

Esa misma mañana había llamado a Mark, recordándole que en su apartamento seguía esperando el *foulard* que había olvidado la vez anterior y pidiéndole que pasase a buscarlo. Tenía pensado proponerle algo cuando se encontrasen, aunque fuera una idea descabellada que tenía más posibilidades de salir mal que de salir bien.

Había llegado a casa deseando no encontrar a Jefferson en el aparcamiento, en el ascensor o en ninguna otra parte, pero al cerrar la puerta no pudo evitar girarse y mirar por la mirilla. Deseaba no encontrarse con él pero se moría por verle.

Terminaba de arreglarse frente al espejo cuando sonó la puerta. Sonrió, teniendo la certeza de que era el futbolista.

—Buenas noches —dijeron al unísono.

—Pensaba que no nos veríamos de nuevo. Me ha alegrado mucho tu llamada de ésta mañana.

—Dejaste tu pañuelo en mi casa por alguna razón. Estaba obligada a devolvértelo. —sonrió ella.

Ambos se adentraron en el apartamento y, mientras ella terminaba de maquillarse, Mark se sentaba en el sofá.

—Quieres... ¿Mark, quieres salir conmigo? —Antes de que abriera la boca para rechazarla levantó las manos— Solo será un día, una noche, unas horas.

—¿Unas horas? —Preguntó ceñudo— Es por ese tipo, Jefferson, ¿No? Ha pasado algo y pretendes usarme para darle celos, ¿no? —Ella asintió despacio, con cara de consecuencia—. Tenía planes, pero acepto. Puede ser divertido.

—Pero necesito algo... —el muchacho alzó una ceja, invitándola a que continuase hablando—. Necesito que te comportes como si fueras mi novio y estuvieras loco por mí, que me abrases, que me toques, que me beses como si no existiera otra cosa para ti.

—Pero Miranda, sabes que soy... ya sabes.

—Ya lo sé... pero por favor... por favor, Mark, solo un día. No tengo a nadie a quien pedir algo así.

El futbolista la miró un tanto dudoso pero aceptó. No sabía si resultaría como ella quería o por el contrario sería un completo desastre.

La editora sacó una ensalada que había preparado una hora atrás y comieron deprisa antes de marcharse.

La música retumbaba en el local. Las luces se mezclaban con las sombras y con el humo que flotaba en el ambiente, tiñéndolo de espesos colores y Miranda entró, sujetando la cintura de su falso novio.

Echaron un vistazo alrededor en busca de las chicas pero entre el gentío apareció Roselyn, vestida con un ceñidísimo vestido negro, cuya tela de la parte trasera caía hasta la cintura en un enorme escote, dejando toda su espalda al aire. Su melena negra se recogía a un lado y su cara mostraba una sonrisa de satisfacción y felicidad. Mark la miró, no sabía quién era ella, nunca la había visto, y Miranda tampoco le había contado exactamente por qué quería que le acompañase. La observó admirado por su belleza, pero su acompañante tiró de él, notablemente molesta.

—Por favor, a ella no... —pidió, poniendo una mano en su mentón y obligándolo a que apartase la mirada.

—¿Es por ella por lo que yo estoy aquí? —Miranda asintió con expresión triste y el muchacho no quiso incomodarla aún más de lo que ya estaba.

Llevó la mano a su cintura y la pegó contra su cuerpo.

Al llegar al grupo de amigas, éstas se sorprendieron de que su jefa llegase acompañada por alguien que teóricamente detestaba, aun así lo celebraron. Más vale malo conocido que bueno por conocer. Cogieron bebidas y los arrastraron a la pista de baile.

—No esperaba que fuera él—dijo Pauline, acercándose a su oído.

—No tenía a nadie más... —sonrió condescendiente.

—Mark es Perfecto.¿Sabes? Bastian...

—No me lo digas —interrumpió— He visto a su... secretaria.

Mientras Miranda bailaba en la pista, tratando de hacer a un lado sus pensamientos hacia el directivo, Mark se acercó a ella, poniendo las manos en sus muslos y besando su cuello de forma sensual. Era gay, no iba a negarlo, pero extrañamente, con Miranda no le resultaba tan difícil fingir que no lo era. La editora se giró para tenerle de frente y sonrió. El juego del seducido había dado comienzo. Bailaban rozando sus cuerpos, acariciándose, riendo como si estuvieran haciendo una travesura.

Había bebido un par de copas y empezaba a sentirse ligera, como si pesase mucho menos. Algunas chicas habían reconocido a Mark y se lo habían llevado hacia la barra, así que ella bailaba en la pista, rodeada por sus amigas. De pronto se detuvo, sus ojos se quedaron fijos en un punto en concreto entre la gente y sin poderlo evitar empezó a llorar desconsoladamente.

—Pero... hey, ¿pero qué te pasa? —preguntó Pauline preocupada al ver como lloraba.

—Que le odio, Pauli, que le odio porque... le odio porque lo amo —se detestó a sí misma por admitir algo que aún le hacía más daño.

Pauline desvió la mirada hacia la parte de las escaleras y vio a Bastian con los brazos caídos y a Roselyn besándole apasionadamente, abrazándole como si fuera mucho más que suyo.

—Maldito hijo de...

La editora la frenó para que no fuera a decirle lo que sabía iba a decir.

—Déjalo —respondió secándose la cara con las manos—. No estamos saliendo, él no es nada mío.

—Maldita sea, Warhol, lleváis como un mes tonteando, acostándoos, se te ve más feliz que nunca, ¿Cómo puedes decir que no es nada tuyo?

—Roselyn fue su novia algunos años, antes de que se casara con su ex. Puede que la haya contratado porque aun sienta algo por ella y yo, simplemente estoy de más. Mejor me marchó.

Sin dejar que su amiga dijera nada más atravesó la pista y, pasando por delante de él, subió las escaleras con dirección a la salida.

Bastian trató de apartar a Roselyn cuando la vio pasar frente a ellos, pero Pauline separó a la pareja y tiró del directivo hacia la pista ante la mirada confusa de la secretaria.

—Eres lo peor que he conocido, ¿sabes?

—¿Por qué lo dices?

—Venga, ¿En serio no sabes por qué lo digo? Miranda te quiere, y no sabes lo que está padeciendo desde que has vuelto con tu putita.

—Yo también la quiero —confesó, por primera vez, en voz alta.

Pauline empezó a reír exagerada y forzosamente, sujetándose el estómago como si doliese por tanto reír.

—¡Bonita forma de querer tienes tú! No me extraña que tu propia mujer te dejara.

—¡Oye! No te permito que hables como si me conocieras ¿te enteras? No tendría que darte explicaciones a ti, pero estoy enamorado de Miranda desde que la vi por primera vez hace dos años.

—Oh, pero claro... por eso es que te besas con tu nueva secretaria, porque estás enamorado de Miranda. Te voy a decir una cosa, Sebastian Jefferson, tú no tienes ni idea de lo que es el amor, así que olvídate de ella. Eres un viejo a su lado, tienes hasta una hija de la mitad de edad de Miranda. Y ella, amigo —dijo, pinchando con un dedo en su hombro derecho—, ella merece a alguien que la respete de verdad, y que la quiera como merece.

Sin volver a mirarle se alejó, dirigiéndose al mismo camino por el que había ido su amiga.

El futbolista había estado recluido en la barra sin poder hacer mucho, pero cuando vio a la pelirroja subir la escalera de dos en dos, supo que pasaba algo e hizo lo imposible por librarse de las fans que lo rodeaban. Se metió entre el gentío y atravesó la pista para ir con su novia ficticia.

Bastian corrió tras ellos, dejando atrás a Mark y a Pauline. Alcanzó a Miranda a punto de subir a su coche, la frenó, sujetándola por el brazo y la hizo girar.

—¿Qué...? ¿Bastian? ¡No me toques! —pidió apartándose bruscamente.

El hombre levantó las dos manos en son de paz, indicándole con el gesto que no la tocaba si no quería.

—Lo que has visto...

—No. No quiero que vuelvas a decirme que no es lo que parece, que las cosas no son como



creo, que... No quiero que vuelvas a dirigirme la palabra salvo que sea estrictamente necesario y laboral, quiero que te olvides de mí como amante, como amiga, como vecina o como lo que sea que no sea mi puesto de editora de Stardust Miracle.

Miranda no siguió hablando, se dio la vuelta para entrar en el coche y marcharse de allí, pero Bastian la sujetó de nuevo, poniéndola frente a él y acorralándola contra el coche.

Dejándose llevar por sus sentimientos, la besó, y lo hizo pese a que ella trató de apartarle.

Mark ya había visto suficiente. Había sido testigo del espectáculo de la discoteca, había visto a Miranda llorar y ahora la veía siendo forzada. Dio la vuelta al coche y sin previo aviso separó a Bastian de su ligue de esa noche. Cuando éste trató de abrir la boca le dio un puñetazo en la cara, colocándose delante de ella para que el directivo no volviera a acercarse.

—Deberías saber cuándo una mujer no quiere nada de ti.

Bastian no respondió, la miró desde el suelo antes de que Mark la obligase a entrar en el coche.

—¿Está bien si te llevo a casa? —Preguntó el futbolista después de unos minutos en silencio.

—¿Por qué no vas con las chicas un rato? Necesito estar sola.

—No quiero dejarte aquí...

—Estoy bien, solo será un rato. Luego vuelvo contigo. Te debo una, Mark.

El falso novio se acercó a ella y besó su frente antes de apartarse y salir del coche. Pero no pretendía ir de nuevo a la discoteca, no pretendía convertirse en el objeto sexual de una veintena de chicas que por culpa del alcohol no sabían ni sus propios nombres.

Bastian seguía cerca del coche, como si esperase a que él se marchase y no dudó en ir hacia él. No le correspondía, no era su padre, ni su hermano, ni era su novio ni su mejor amigo, pero quería saber por qué se comportaba así.

—Espero no haberte roto la mandíbula.

—No. No pegas tan fuerte —dijo Bastian, apartando la mirada.

—Miranda es una buena chica. No sé qué tipo de relación tenéis. Fingís estar juntos, ella llora por ti, tú te besas con otra y luego la buscas a ella... —Bastian parecía querer decir algo, pero Mark levantó una mano como para indicarle que no había terminado de hablar—. No me interrumpas, no voy a sermonearte. Creo que eres mayorcito para que alguien como yo te diga como son las cosas. Pero no puedes ganarte el corazón de una chica besándote con otra.

—No deberías hablar de lo que no sabes.

—Pero puedo hablar de lo que veo. Y lo que veo es que has metido la pata y ahora no sabes cómo arreglar las cosas. Quizás porque te importa, quizás porque no la quieres perder, o por todo eso junto... Ha bebido y está agotada, espera a que se duerma y llévala a casa. Quédate con ella hasta que despierte y cuando lo haga dile lo que sientes. La verdad, sin mentiras, sin rodeos, sin excusas.

Pasaba una hora cuando aparcaba el escarabajo amarillo en el aparcamiento del edificio White. Casi como había predicho el futbolista Miranda se había dormido y ni siquiera se había percatado de cuando el coche se había puesto en marcha.

La sacó con todo el cuidado del asiento de copiloto y la cogió en brazos para subirla al apartamento del sexto piso. Caminó por el pasillo hasta el dormitorio, la dejó sobre la cama con

delicadeza y se sentó a su lado. La miraba sin saber qué hacer con esa situación. Roselyn no significaba absolutamente nada para él, la había dejado ser la sustituta de Sean sólo porque su currículum era excelente, pero contratarla había sido el error más grande de su vida y le iba a costar aceptar las consecuencias que había tenido.

Miranda buscó la mano de quien creyó que era Mark y la llevó contra su pecho para abrazarse a su brazo, buscando, con ese gesto, consuelo a lo que sentía.

—¿Por qué duele el amor, Mark?

Bastian no dijo nada, acarició su cara con la mano que tenía libre y suspiró.

—Le quiero, pero... —Murmuró entre dientes de forma casi inentendible.

—¿Pero?

—Ya nunca más podré confiar en él.

El directivo se puso en pie, soltándose del agarre de Miranda y la arropó. Se agachó levemente para besar su frente antes de subir a su apartamento, pero ella siguió hablando, musitando algo que Bastian difícilmente lograba descifrar.

—Me sentí tan deseada, tan única —estaba dormida, aun así parecía razonar con sus palabras, y con éstas le destrozaba el corazón.

—Lo siento. Lo siento tanto...

Salió del dormitorio con un nudo en el estómago, entornó la puerta y caminó por el corto pasillo con dirección a la salida.

La noche pasó sin que la editora supiera que había sido Bastian el que la llevó a su cama.

Cuando Jefferson cerró la puerta de su apartamento después de haber dejado a Miranda en el suyo, empezó a sonar su teléfono: Roselyn.

Él nunca había sentido odio o rechazo por nadie, ni siquiera por su ex, cuando lo suyo terminó por culpa de un tercero, pero la secretaria empezaba a sacar lo peor de él. Le había pedido esa misma semana que se largase, que pidiera un sustituto en la agencia que la había enviado, pero lejos de ahí, se había aferrado aún más al puesto que ignorantemente le había dado.

Se sentó en el escritorio que nunca ocupaba y abrió el portátil para redactar una carta de despido. Enumeró todos los puntos que había incumplido en su puesto y añadió el acoso sexual al que se veía sometido con ella. Sonaba más que ridículo que él como hombre estuviera siendo acosado, pero él realmente no quería nada con Roselyn y sin embargo todo parecía apuntar que era todo lo contrario.

Es tan corto el amor y tan largo el olvido... (Pablo Neruda)

## Capítulo 14

LA semana iba a ser interesante. Ese mismo lunes Roselyn se iría de la empresa para no volver jamás y él empezaría de nuevo con la editora, no importaba cómo tuviera que convencerla.

El artículo especial en el que habían trabajado Bastian y Miranda había terminado siendo un fiasco total y Davina llegó a la redacción hecha una furia. Soltó el bolso y el abrigo en su oficina y fue a buscar a la responsable de tal fracaso.

—Infernales días —saludó, con su particular arrogancia— ¿Y esas ojeras? No importa. ¿Has visto los números del especial? Es dantesco. El peor resultado que podía obtenerse en nuestro primer especial.

—Disculpe el atrevimiento, pero le dije que...

—¡No! —dijo, poniendo un dedo en los labios de Miranda para callarla— No quiero que me digas que me lo dijiste. El artículo estaba mal hecho.

—No, señora Mellas. El artículo se hizo lo mejor posible. Era un tema carente de interés. A las chicas no nos gusta saber qué es lo que más gusta de los deportistas sino, qué les gusta a ellos para poder conquistarlos. Era un artículo sin pies ni cabeza.

—Pero trabajasteis en él. Deberíais haber hecho...

—Yo sigo las órdenes que me impone. Usted pidió ese tipo de artículo y yo acaté sus órdenes —respondió recta, sin intención alguna de dejarse doblegar.

La directora caminó por el despacho nerviosamente, como si tratase de encontrar una solución al problema que se planteaba al nombre de su revista un batacazo como el que habían tenido.

Sin decir una palabra salió de la oficina con dirección a la última planta. Debía reunirse con Jefferson para informarle de los malos resultados en las ventas de su revista. Al llegar a la recepción de dirección encontró a una mujer en lugar de Sean. La saludó con su fingida amabilidad de siempre y, después de la afirmación de la secretaria, entró en el despacho del director. Trató, al igual que con Miranda, de echarle las culpas a ellos por su mala labor como periodistas, pero al ver que él respondía igual que había hecho la editora antes, volvió de nuevo a su redacción.

Hacía algo más de una hora que Roselyn se había marchado, ofendida, dolida y muy enfadada, pero Bastian, en cambio se sentía aliviado, como si se hubiera quitado un terrible peso de encima. Sabiendo que la siguiente persona que enviaba la agencia era lo que él pidió desde un principio:

un hombre, bajó tranquilo al despacho de Miranda. Debía hablar con ella sobre la queja de su directora acerca del artículo que habían escrito juntos.

La editora no lo había escuchado llegar y hablaba por teléfono de forma cortés y amable, haciendo que él la mirase cautivado como lo hacía antes de la llegada de los problemas.

—No le había escuchado, señor Jefferson —dijo fría y distante cuando cortó la llamada y lo encontró de pie, apoyado en el marco de la puerta.

—Lo había imaginado, pero no pretendía interrumpir su llamada. Hace algo más de una hora, la señora Mellas vino a verme... —Miranda rodó los ojos con fastidio. ¿Cuántos problemas pretendía causarle Davina por culpa de su cabezonería?— No tiene razón, aun así le he dicho que pasaría a discutir con usted.

—¿Discutir qué? Bastian, sabes que hicimos un gran trabajo... Ese era un artículo infumable.

El directivo se encogió de hombros guardando una sonrisa. Le había llamado por su nombre y le había tuteado. No pretendía que nada había pasado, pero tampoco le había tratado como a un desconocido, como llevaba tratándole toda la semana anterior.

—Me ha sugerido que hagamos un nuevo trabajo juntos. Le he dicho que ya no soy redactor, ni editor, sino que soy el directivo de la editorial.

—Hará lo que quiera porque así es ella.

Antes de poder medir lo que decía, apareció tras él la dueña de sus pesadillas: Davina Mellas.

—En efecto, señorita Warhol. La revista es mía y mientras trabaje en ella, hará lo que yo le digo. Hola querido, no sabía que estarías aquí. —Sonrió al directivo—. Disculpa los malos modales de mi editora.

Bastian salió del despacho medio obligado por Davina, dejando a Miranda con una expresión de consecuencia.

Algo más de una hora atrás, Pauline se había topado con “la zorra” en el ascensor, Roselyn llevaba una bolsa de tela llena, colgando del hombro. La cara le llegaba al suelo y sus ojos parecían estar encendidos en llamas. Cuando llegaron a la recepción, la secretaria dejó su pase en el mostrador del guardia de la entrada, diciendo que ya no volvería más y, la pelirroja, tardó menos de un segundo en llamar a su amiga para contarle las buenas nuevas.

Miranda se sintió aliviada de no tener que ver a la ex del jefe rondándolo, cuando bajaban o cuando subían. Quizás seguirían juntos fuera de la oficina, pero dentro no tendría que verlos, y eso la tranquilizó muchísimo. «Ojos que no ven, corazón que no siente».

La hora del café acababa de llegar pero, lejos de poder disfrutar de unos minutos de relax fuera de la oficina, la detestable directora de Stardust Miracle decidió que el asunto del especial debía quedar solucionado. Ella o sus ingresos no podían verse afectados por el bodrio de artículo que habían escrito esos dos, de forma que convocó una reunión de emergencia con todos los implicados.

—Yo no soy nadie en su revista, señora Mellas —empezó Bastian con intención de acortar lo antes posible esa absurda junta—... pero lo único que se me ocurre es que piensen en un artículo rematadamente bueno, trabajen en él y aprovechen la próxima campaña para compensar con todos los beneficios, la pérdida de su especial.

—Eres brillante, Bastian, apuesto a que juntos trabajasteis bien...

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que el especial infernal ha sido cosa de los dos —señaló a él y a Miranda—... este artículo cuya idea ha sido tuya... también será de vuestra autoría...

—Oh no, no. Davina, apuesto a que el señor Jefferson tiene muchísimo trabajo. No podemos hacer que desatienda sus obligaciones para que nos ayude con un segundo artículo —Miranda trató de evitar el volver a trabajar con él. No quería volver a pasar más tiempo del estrictamente necesario con ese hombre.

—Bueno... lamento tener que rechazar esta oferta. Como bien dice su editora, mis obligaciones como director no pueden verse aplazadas por más tiempo con otro artículo. —La mujer empezó a refunfuñar por lo bajo—. No obstante, si la señorita Warhol necesita mi ayuda, puedo, dentro de las medidas de lo posible, echarle una mano.

La mujer se levantó hecha una furia y sin decir nada más, salió de la sala gris, en la que había tenido la reunión.

Pese a haber pasado cerca de dos horas del desayuno, tanto las tres personas de Stardust como el directivo, seguían en la sala gris, pensando en un artículo que mereciera la pena para la nueva edición de la revista, pero sólo se les ocurrían artículos simples, de esos con los que se rellenan las revistas cuando no escasean las originalidades.

—Creo que tengo una idea... —dijo de repente Evelyn, rompiendo el extraño silencio que les rodeaba— Miranda, ¿No reservabas el artículo sobre el amor en París?

—No quiero gastarlo en esto, es... es demasiado bueno para usarlo así con Davina en la dirección.

—Pero es la dueña...

—¿Sobre qué trata? —preguntó el directivo.

La editora negó efusivamente con la cabeza para que la redactora no dijera nada, pero ésta, en vista de que él había dado un paso importante despidiendo a su ex y secretaria, creyó oportuno tratar de que se acercasen un poco, aunque fuera simplemente hablando sobre un tema banal, como era el dichoso artículo de Davina.

—Miranda pretendía contar diez historias de amor en París. Iba a ser un reportaje de fotos de besos en el que iba a contar la historia de diez parejas.

—Entonces estoy con ella —dijo él— Creo que ese es demasiado buen reportaje como para gastarlo con...

Bastian no dijo nada más. Después de un rato se puso en pie y recogió la carpeta de documentos de la mesa y salió del despacho. Se le había ocurrido una genialidad y cabía la posibilidad de que fuera un éxito total: inaugurar una nueva revista en NY Paper. Una que tratase sobre sueños cumplidos, sobre historias reales, sobre relatos de otras personas, y Miranda Warhol era la redactora/editora/directora ideal para una revista de ese estilo, además, muchas de sus chicas estarían encantadas de acompañarlas en esa nueva aventura. Si, era una idea genial, pero absurda, probablemente. Ella no le haría eso a Davina, por muy mala jefa que fuera.

La mañana pasó despacio, despacio y tensa, y la tarde prometía ser mucho peor. La directora paseaba continuamente entre su despacho y el de su editora, caminaba por detrás de las redactoras de forma intimidante hasta que Miranda, cansada de la situación se acercó a ella. Le ofrecería

hacer ese reportaje que guardaba para un momento especial, le propondría que la enviase a París con una redactora y un fotógrafo y haría que las pérdidas del especial se convirtieran en ganancias. Estaba segura de lo que hacía y estaba aún más segura de que ese era el tipo de artículos que a la gente le gustaba leer.

—Sabes que te dije que no a ese tipo de publicaciones, Warhol. Mi revista no trata sobre cosas banales ¿A quién demonios le gustaría leer como un duque italiano se enamoró de una parisina mientras tomaban un café? Y menos aún saber dónde fue su primer beso... A las mujeres nos gusta leer sobre zapatos, sobre maquillaje. Nos gusta saber las nuevas tendencias.

—Para eso hay cientos de revistas, señora Mellas. A veces siento que estoy harta de este tipo de publicaciones.

—Pues dimite. Además, tienes motivos para hacerlo después del último número. Definitivamente esa tarde era peor.

A la hora de salir, Miranda tenía un dolor de cabeza peor que terrible. La tentación de dimitir era demasiado fuerte, pero si lo hacía también dejaría de verle a él y, a pesar de estar enfadada por lo de Roselyn, él aun le gustaba, aun le quería. ¿Cómo olvidar el amor en solo una semana?

Como a cosa hecha, al entrar en el ascensor ahí estaba él, con su postura recta y su porte elegante.

—Buenas noches —saludó al verla.

—Buenas noches, señor Jefferson.

—Bastian. ¿Se le han bajado los humos a tu jefa?

—No... De hecho me ha sugerido que dimita.

—¿Dimitir? ¿Y qué vas a hacer? —preguntó repentinamente asustado.

—Me tienta, de verdad que lo hace. Estoy harta, pero si me voy dejaré de ver...

Miranda se interrumpió a sí misma. No quería decirle que si la seguía aguantando era por él, pero había sido demasiado obvia y al directivo no le costó leer en las palabras que no había dicho.

Al llegar al aparcamiento Bastian no la esperó, trató de mantener las distancias para no agobiarla con su presencia y se fue a su coche después de una leve despedida. En lugar de ir directamente al edificio White, fue al despacho de Darrick Zaked, presidente de NY Paper inc. Se llevaba genial con aquel hombre y no le costaría en exceso contarle sobre su nueva idea, además estaba ese «me tienta» a la propuesta de dimisión de Davina. Miranda no supo en qué momento había perdido de vista el coche de Jefferson, pero esperó, en balde, verlo en el aparcamiento. Si, estaba enfadada con él por lo de Roselyn, y se sentía burlada, y usada, y dolida, y otras mil cosas más, aun así, ese día se había sentido cómoda en su presencia, y en el fondo también agradecida por su apoyo. El coche del jefe no estaba, así que esperó un poco más para fingir que habían llegado al mismo tiempo, pero después de una hora, Bastian no entraba en el garaje. Se sonrió a sí misma ante la estúpida idea de esperarlo un poco más. No lo haría. El día había sido más que agotador y ya no podía seguir esperando por un hombre que la había engañado. Bastian miró por el retrovisor una vez más para asegurarse de que ella iba con dirección a casa, y después de despedirse mentalmente se desvió del trayecto, conduciendo hasta el edificio Imperium, donde su jefe y el real mandamás de la editorial tenía un apartamento. En realidad era como una especie de dúplex/mansión que ocupaban los dos últimos pisos del rascacielos. Subió en el ascensor hasta la

planta ochenta y dos, al piso del magnate, con una idea más que desarrollada en su cabeza.

Hacía cerca de seis años que se conocían, Diamond y Ronda, la nieta del presidente de NY Paper Inc. eran amigas y compañeras de clase desde la guardería. Desde el principio los dos congeniaron muy bien, y lo hicieron más aun cuando Sebastian empezó a trabajar en Sporttoday. Tenían la suficiente confianza como para contar uno al otro sus cosas sobre el trabajo.

El mayordomo de Darrick abrió la puerta con la típica postura recta de los empleados, pero el presidente no tardó en llegar hasta ellos y pedir a Gordon que descansase un rato.

—Vaya, vaya, vaya... creí que nunca vendrías a mi casa, Bas. ¿Te he invitado cuantas, veinte veces? —Quizás alguna más. Pero no estoy aquí para tomar una copa, para cenar o para hablar de las niñas. Tengo una idea que puede interesarte. Es algo nuevo pero... —¿Y la propuesta? —el hombre miraba a sus manos, esperando un dossier o un informe con información.

—La señora Mellas estuvo hoy en la editorial. El especial en el que trabajamos la señorita Warhol y yo ha resultado ser lo que pensábamos: una bazofia —el hombre frunció el ceño extrañado—. Fue impuesto por su cabezonería, no quiso escuchar a su editora —aclaró—. El caso es que, en la reunión que hemos tenido ha surgido el tema de un artículo y éste me ha dado la idea sobre lo que venía a hablarte.

—Pero habla ya, hombre, me tienes en vilo.

—Había pensado en un nuevo sello, una nueva revista femenina. Esta vez no sería una más, llena de artículos basura de leer y olvidar a los cinco minutos. Sería con artículos de verdad, con historias reales, con fotografías, con dibujos, con...

Sebastian continuó exponiendo su idea, contándole con todo detalle lo que se le había ocurrido, explicando cómo podría ser la revista, la frecuencia de publicaciones, el formato. El presidente trataba de seguir el hilo mientras imaginaba lo que Jefferson le iba diciendo. Era una idea innovadora dentro de la editorial. Tenían revistas de deportes, de economía y de informática, y una revista para mujeres que funcionaba bien gracias a las chicas. Era una idea nueva digna de estudiar.

Después de un par de horas discutiendo sobre el asunto, Bastian se puso en pie y tendió la mano como saludo al otro hombre.

—Ese artículo. Pídele ese artículo, dile que lo haga aunque no sea para Stardust y si me gusta lo pensaré.

—No sé cómo pedirle que haga algo así. La señora Mellas no la dejará usar sus horas laborales para ir a Paris...

—Pues dale vacaciones forzadas y pídele que se reúna conmigo en su primer día libre. Yo le diré que haga ese artículo.

De vuelta a casa empezó a sentirse extraño, como si estuviera traicionándola de algún modo. Aquel artículo lo guardaba para alguna ocasión en la que ella quisiera hacerlo y no quería que se hubiera enterado nadie más que su redactora. Ahora lo sabían él y el presidente, y estaría obligada a escribirlo aunque no quisiera. Definitivamente no era algo bueno.

Bastian pasó toda la noche pensando cómo plantearle que hiciera ese artículo, cómo enviarla de “vacaciones” o cómo acercarse a ella lo suficiente como para hablarle con la misma naturalidad con la que lo hacía tres semanas atrás.

Se levantó, y tras una ducha se vistió, desayunó y corrió al aparcamiento. La esperaba al lado de su coche y, como el que no quiere la cosa, se subiría en el escarabajo amarillo para ir con ella el trabajo.

Para su sorpresa, Miranda ya se había ido y con ella, la oportunidad de poder hablar.



## Capítulo 15

EL martes empezó igual que el día anterior, con la directora de Stardust Miracle presionando a Miranda con su mera presencia. Había ido a su despacho sólo para mostrar sus ojeras por no dormir, culpando al artículo del especial. La editora había tratado de ignorarla tanto como pudo, pero resultaba difícil viendo la expresión de sus chicas cuando la tenían paseando por detrás.

Si, había sido un artículo penoso, “Guapos deportistas y cosas que nos gusta de ellos”, pero ella nunca estuvo de acuerdo con algo como eso para conmemorar los cinco años de publicaciones. Que la culpase a ella, y que encima pasease por allí mostrándose lastimosa le resultaba irritante.

A la hora del desayuno Davina volvió al despacho de la editora y se sentó en el sofá rosa.

—¿Y bien? ¿Has pensado cómo solucionar lo del especial? —preguntó retándola.

—Usted es la directora. Yo solo cumplo órdenes.

—¿Y si te pido que dimitas?

—Me iré sin pestañear. Sólo hay una cosa por la que lamentaría más el marcharme, y por las personas que se quedan —respondió fríamente.

Estaba harta de esa mujer y los dos últimos días, soportando la misma acusación una y otra vez la llevaban al límite.

El directivo bajaba en el ascensor con el nuevo sustituto de Sean cuando, al pasar por la décima planta vio a lo lejos a Miranda con su jefa. Casi por instinto, supo que Davina estaba tratando de presionarla para que se fuera. Presionó el botón de la octava planta y se bajó en ella para subir lo más deprisa que pudiera al despacho de la editora.

Se acercó caminando despacio, a pesar de tener prisa por llegar cuanto antes, y llamó con dos toques en el marco de la puerta.

—Oh, Sebastian, querido —saludó la directora con un tono que sonaba más hipócrita que amable.

—Buenos días. Warhol, después del café sube a mi despacho. Tengo algo que informarte.

—De acuerdo, señor Jefferson. Ahí estaré.

La directora salió de la oficina sin decir nada a ninguno de los dos.

—Ya sé que me odias y que me quieres a cien metros de distancia pero ¿Te apetece un café?

—Ella abrió la boca como para responder pero él la interrumpió— Tranquila, no te hablaré de nada que no sea estrictamente laboral.

Miranda no dijo nada. Sin apartar la mirada de la suya hizo rodar su silla hacia atrás y se puso en pie. Del perchero descolgó el bolso y se situó al lado suyo con una sonrisilla sutil.

—Pensaba que no aceptarías...

—Oh, así que solo era cortesía...Mejor me quedo...

—¡No! No era cortesía. Es solo que no esperaba que quisieras compartir conmigo un desayuno.

—Gracias por salvarme con una excusa tan laboral...

—No era una excusa. De verdad necesito contarte algo. Pero no me pidas que lo haga fuera de la oficina.

La tensión aún podía notarse en la forma en la que se dirigían el uno al otro. Podía verse claramente el muro que Miranda había puesto entre ambos y, aunque pudiera tratar con él, aún no podía olvidar que hasta el día anterior había habido otra mujer compartiendo con él sus horas laborales, su espacio de trabajo y su atención.

El rato que estuvieron juntos en la cafetería, se moría por preguntarle si había terminado con Roselyn o si solo lo había hecho para no incomodarla con ella trabajando en el mismo edificio. Pero perdió la oportunidad cuando llegó la hora de volver.

Sebastian supuso que si dejaba que regresase a su oficina, Davina iría de nuevo a molestarla, de forma que, al entrar en el ascensor obvió el botón del décimo piso. La llevaría directamente a la suya y le contaría el porqué de su reunión.

Al entrar en el despacho Miranda se detuvo, con la vista fija al sitio exacto en el que les había visto besarse una semana antes y sintió como si se revolviere su estómago.

—No se quede ahí, señorita Warhol. Pase, cierre la puerta y siéntese —en ese momento sonó como un auténtico mandamás—. No sé de qué formadecirle esto pero... —hizo una pausa para suspirar— No soy capaz de hablarte formal... —sonrió— El presidente ha recibido una propuesta para una revista nueva y necesita un artículo inicial como ayuda para decidir si acepta o no el proyecto.

—¿Qué tengo yo que ver con esto?

—Ese artículo que te reservas...Miranda, creo que esa revista puede hacer realidad tu sueño de publicar artículos de verdad...

—¿Has sido tú, no? —Bastian asintió con la cabeza.

Si la semana en si había empezado de lo peor, que le dijera que la había propuesto para una revista nueva era la guinda del pastel. Se levantó de la silla sin decir una palabra y salió del despacho con dirección a su oficina.

Nunca antes se había sentido tan molesta en el trabajo, tan incómoda. Cerró la puerta de cristal y la opacó, convirtiendo su espacio de trabajo en un pequeño refugio. ¿Y ahora qué? ¿Qué se suponía que debía hacer?

La hora de comer llegó sin que nadie la molestase. Todos parecían haber entendido que no debían entrar, incluida la señora Mellas.

Con la redacción totalmente vacía y el silencio reinando en toda la planta, caminó entre escritorios, imaginando sin querer, un ambiente tranquilo, con habitaciones de revelado, negativos, fotografías y cámaras de fotos por todos lados. Imaginó una revista con artículos románticos,

reales y una portada mate con nombre brillante: “*Vintage Romance*”.

Bastian había estado un rato observándola y sin darse cuenta dijo en voz alta lo que llevaba todo el día pensando.

—Siento meter la pata con todo lo que hago...

—Quizás no lo sepas —dijo sin mirarle— pero cuando me ofrecieron un puesto de redactora al salir de la universidad, ese era el tipo de revista que soñé que sería. Luego me vi a mi misma corriendo de un lado a otro con las manos llenas de cosméticos, asistiendo a desfiles de moda o entrevistando a diseñadores de alta costura. Soy buena en lo que hago pero es...

—Muy diferente a lo que pensabas.

Miranda se giró hacia donde venía la voz del directivo y se acercó despacio, tocando los respaldos de las sillas de sus chicas.

—Dime, ¿qué tengo que hacer exactamente para ayudarte?

—Darrick me pidió que te diera unas vacaciones, que fueras a París para hacer ese artículo y que se lo diéramos a tu regreso. Si le gusta, me temo que tendremos más trabajo que nunca hasta que todo esté en marcha...

—Gracias —sonrió, desviando la atención hacia la redacción en la que había trabajado los últimos años.

—Hoy me has agradecido demasiadas veces. ¿Te parece si después de comer subes y lo hablamos?

—¿Podría ser en el mío? Sé que es poco profesional, pero me incomoda saber que en esa oficina Roselyny tu...

—Está bien. Nos vemos en el tuyo en... ¿una hora?

Todo estaba pensado: se le notificaría a Davina sobre las inesperadas vacaciones de Miranda sin informarle de nada más y, ese mismo viernes, después de que la editora lo tuviera todo listo y preparado, tomaría un vuelo con rumbo a París.

## Capítulo 16

A duras penas se había enterado del paso de los días y ya era jueves.

Se había topado con Bastian una docena de veces desde que salió de la oficina el martes, pero no hablaron, se limitaron a sonreírse o él a guiñarle un ojo, gesto que seguía provocándole sensaciones intensas en el estómago.

A veces deseaba que Roselyn no hubiera aparecido en su vida de nuevo, y que en ese viaje a París él ocupase el asiento de su lado en el avión y el lado vacío de su cama en la habitación del hotel. Lo bueno era que él no la había hecho a un lado, como había hecho ella con él, y esas dos semanas siguió pensando en ella y ofreciéndole su apoyo.

El vuelo salía el viernes por la mañana, y su maleta estaba preparada con todo lo necesario: tres pares de zapatos cómodos pero elegantes, cinco pantalones, una decena de camisas, suéteres y camisetas y mucha, mucha ropa interior. Los útiles de higiene personal podía comprarlos allí, no era necesario cargar con ello.

Se debatió mil veces entre subir esa noche y agradecerle nuevamente por lo que había hecho por ella o dejarlo estar, pero no lo hizo. Quizás le enviaría un mensaje de texto antes de salir.

El vuelo había sido más corto de lo que esperó que se hiciera. A su lado se sentaba un conocido novelista y pasaron todo el vuelo hablando sobre libros y películas.

Atravesaba la entrada del hotel cuando vio frente a ella una aparición y una amplia sonrisa se dibujó en su cara. Conocía la espalda del hombre que había en el mostrador de recepción con una maleta pequeña.

—¡Bastian! ¿Pero qué haces tú en París, en éste hotel?

—Bueno, a última hora el presidente me pidió que te acompañase. Como estamos juntos en esto del reportaje... Además, así conocemos juntos al fotógrafo. Pero solo puedo quedarme hasta el lunes, no puedo desatender a mis obligaciones como director. Además, no vengo solo... —su voz sonó ligeramente afligida y justo en ese momento su hija salió de detrás de él, sorprendiendo a la editora.

—¡Diamond!

—Juntas en París, como en la película de Anastasia —rió, abrazándola.

Desde que Bastian y ella habían “roto”, no había visto a la niña y le hizo ilusión que la hubiera

llevado.

Al subir para dejar los equipajes se dieron cuenta de que sus habitaciones no quedaban siquiera en la misma planta. Bastian se hospedaría en las plantas más altas, acompañado por su hija y ella estaba en el tercer piso.

—No sé cómo lo hace, señor Jefferson, pero siempre, siempre, siempre está por encima de mí... Tiene un puesto de director general, no es mi superior inmediato pero está por encima de éste, y su despacho está varios pisos por encima del mío. Su apartamento también está más arriba del mío, y ahora su habitación...

La niña empezó a reír a carcajadas con las manos en la barriga, mientras él ponía una mueca de duda. Trataba de encontrar algo en lo que ella estuviera por encima, pero solo se le ocurrían algunos que otros momentos que no podía mencionar debido a su hija. Miranda pareció leer su mente e inmediatamente se sintió avergonzada por la afirmación que no había dicho.

—Bueno... lo único que se me ocurre para remediarlo es cambiar de habitaciones...

—No papá, ¿estás loco? ¿Pretendes dejarme sin las vistas de la Torre Eiffel? ¡Cámbiate tú por ella!

—Oh... Esa no es del todo una mala idea, señor Jefferson... —rieron antes de subir al ascensor.

—Señorita Warhol, sé que quizás tenga otros planes dado que no nos esperaba pero, ¿le apetece cenar con nosotros?

—Eso no se pregunta. Diamond, ven a mi cuarto cuando estéis listos, te dejaré unos zapatos preciosos para tu primera cena en París.

El directivo era incapaz de apartar la mirada de ella. La notaba especialmente alegre, ¿feliz? ¿Sería por él?

Miranda arrastró su maleta por el largo y amplio pasillo hasta llegar a la habitación 301. Al meter la tarjeta de la puerta se llevó una grata sorpresa: la habitación era preciosa. No era nada del otro mundo, por su trabajo había visto artículos con fotos de habitaciones increíblemente románticas, minimalistas pero gigantes como mansiones, llenas de lujo en cada centímetro, pero la que había frente a ella era real, no de papel. La cama era enorme, no solo el tamaño del colchón, sino la estructura, tapizada con tela brillante y lacada en blanco perla. La moqueta del suelo era clara con aguas en un tono un poco más oscuro. Las butacas estaban tapizadas con tela morada y dorada. Era impresionante.

Soltó la maleta a un lado para que no estorbase y se adentró en busca del cuarto de baño.

Apenas llegó a entrar cuando la puerta sonó con tres sonoros golpes. Supuso que sería Diamond.

—¿Estás impaciente por ver esos zapatos? —Preguntó mientras abría la puerta— ¡Bastian!

—Sorprendida por segunda vez...—sonrió seductor— Diamond se ha empeñado en que veas la torre desde la suite...

—Debería haber bajado ella...

—Lo sé...

—Me doy una ducha rápida y subo, ¿de acuerdo? ¿Pasas?

El directivo dudó un segundo, pero con el avance que acababan de hacer no podía permitirse

desaprovechar las oportunidades que le brindaba de pasar tiempo con ella. Entró tras su invitación y se sentó en una de las sillas doradas, desde la que podía ver toda la habitación. Era muy diferente de la que ocupaban él y su hija, más pequeña pero a su vez más cálida y acogedora.

Miraba a la editora a través de la rendija que había dejado inconscientemente en la puerta del baño, era tan hermosa... ni siquiera podía llegar a imaginar cuanto la deseaba o cuanto se lamentaba por haber permitido que Roselyn se metiera en su relación. Sin decir una palabra salió de la habitación, no podía seguir viéndola desnudarse sin querer asaltarla y hacerle el amor en ese mismo instante.

Cuando Miranda salió del baño unos minutos después se encontró con que Bastian se había ido. Le molestó que no le dijera nada, o que no le hubiera esperado, aun así se vistió y maquilló para la cena y subió a la suite que ocupaban padre e hija.

Llamó a la puerta blanca y dorada con un par de toques, dispuesta a regañarle, pero no esperó que abriera tan ligero de ropa, mojado y cubierto solo de cintura para abajo con una toalla blanca. Sintió como su corazón le daba un vuelco al recordar el tacto duro y cálido de su pecho, pero desvió la mirada hacia Diamond, que se la escuchaba a reír al fondo mientras hablaba por teléfono, quizás con su madre.

—Pensaba que me esperarías en la habitación. No creo haber tardado tanto.

—Lo siento. Me llamaron por teléfono después de salir al pasillo no quise molestarte de nuevo... —mintió— Pasa, todavía tenemos que vestirnos...

La editora entró, mirándolo de reojo y aspirando ligeramente ese perfume que tanto le gustaba; se adentró en la habitación, acercándose a la niña, que justo cortaba la llamada para enseñarle las espectaculares vistas de la Torre Eiffel.

—Y mi padre queriendo cambiar la habitación contigo... —rió.

—Madre mía... ¡Es increíble!

—Es súper romántico. Cuando sea mayor volveré a París con mi novio y nos besaremos en la parte más alta de la torre. Nunca te he visto con un chico, ¿no tienes novio?

—Creía que lo tenía, pero él solo jugaba conmigo.

Bastian salió del baño carraspeando por la respuesta.

—Chicos. A mi prima Leslie la engañó su novio con su ex... se suponía que ya no se veían pero un día mi prima los encontró besándose.

—¿Quieres un consejo de adultos? —preguntó Miranda, sabiendo que su padre estaba tras ella. La niña asintió— Nunca te enamores primero. El que más ama siempre es el que más sufre.

Lamentablemente Miranda tenía razón. El que más ama siempre es el que más sufre, y él lo sabía bien. Las tres chicas con las que había estado le habían dejado, Roselyn, Virginia y ella, aunque la última lo había hecho con razón.

Cuando la niña vio que su padre se había cambiado ya, corrió a darse una ducha y a vestirse, sólo quedaba ella y no quería hacerles esperar.

El directivo se acercó a la ventana con ella, sin decir una sola palabra, y fijó la mirada en la torre. Estaba iluminada y resaltaba notablemente por encima del resto de edificios de la panorámica.

—El que más quiere siempre es el que más sufre... —murmuró sin mirarla— Es curioso lo fácil que se puede decir «yo te quiero más», sin saber con certeza los sentimientos de la otra

persona.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Pensaba en mi sobrina y en ese novio suyo... ¿Has llamado al fotógrafo? —preguntó, cambiando de tema.

—Sí. Nos encontraremos después de cenar.

El restaurante del hotel era impresionante. Las mesas estaban vestidas con bonitos manteles blancos y decoradas con servilletas de color morado. Los sillones que las acompañaban eran parecidos a los que había en la habitación de la editora y los suelos brillaban, reflejando el techo, como si hubiera una fina capa de agua en su superficie.

Diamond se agarró al brazo de su padre, visiblemente emocionada. Tenía los ojos llenos de estrellas. Había estado en restaurantes de lujo cuando su madre y Roy salían algunos fines de semana, pero nunca antes fuera de NY.

Caminaron siguiendo al *maître* hasta la mesa que les habían asignado y se sentaron, padre e hija a un lado y Miranda frente al directivo.

El menú estaba en varios idiomas y la niña empezó a chapurrar en francés, imitando lo que escuchaba en las mesas cercanas. Miranda apenas podía contener la risa al escucharla, en cambio Bastian permanecía serio, aparentemente molesto por algo que su hija no sabía.

—¿Podemos saber qué te pasa, papá?

—Nada, no me pasa nada —aclaró, sin apartar la vista del menú— Supongo que es el trabajo...

La editora actuó casi por impulso, llevó una mano a la de él, apretando sus dedos con los suyos.

—Relájese, señor Jefferson. No todos los fines de semana puede pasarlos en París...

Era culpa de ella que él estuviera molesto, y lo sabía. Había dicho adrede aquello de que el que más quiere es el que más sufre. Solo pretendía hacerle saber al directivo cómo se sentía, y había conseguido, al menos, molestar un poco en su conciencia.

—El Campo de Marte no quedan muy lejos de aquí, ¿no, Miranda? —preguntó la niña, ella se encogió de hombros.

—Nunca antes he visitado París, no sé cómo de lejos está el hotel. Aunque, las vistas de la torre desde vuestra suite son espectaculares. Supongo que no estamos demasiado lejos.

—¿Sabéis? Vosotros estáis aquí por trabajo, pero yo no. Quiero ir al Campo de Marte, comer en el restaurante de la torre y visitar las catacumbas de los esqueletos.

—¿Las catacumbas? —Miranda nunca lo había dicho a nadie, sin embargo tenía auténtico terror a los sitios donde hubiera cadáveres: tanatorios, cementerios, carreteras con accidentes.

—Son increíbles, lúgubres, oscuras... —Diamond rió ante la expresión de horror que había puesto la editora.

La cena transcurrió tranquila, pese al mal humor del directivo, las dos chicas rieron hasta que les dolieron sus mejillas.

Había llegado la hora acordada con el fotógrafo y, sin saber por qué, Bastian se había hecho una idea preconcebida del aspecto que tendría. Se imaginaba a un italiano de unos sesenta años, bajito, regordete, calvo y con gafas, todo un profesional, pero lo que encontró distaba mucho,

muchísimo de lo que creyó que sería. Gabriel Calliani era un chico joven, quizás de unos veintipocos, la edad de Miranda, tan guapo que le resultaba ofensivo y, para postre hablaba su idioma como si fuera nativo, con lo que, Miranda pasaría dos semanas trabajando con un perfecto adonis con el que podría comunicarse sin ningún tipo de dificultad. Sin poder remediarlo, su imaginación empezó a trabajar por sí sola, haciendo crecer aún más su enfado.

Los dos implicados en el artículo, caminaban delante del padre y la hija, hablando sobre las fotos que se necesitaban.

—Ese chico es perfecto para Miranda, ¿Verdad, papá? ¿Tratamos de hacer que se enamoren?

—¿Por qué te interesa tanto que tenga novio?

—Porque es muy guapa, porque es simpática y porque su novio la engañó como le pasó a Leslie.

—A lo mejor no la engañó... a lo mejor ese novio suyo la quiere de verdad y ella se enfadó por algo que vio y no le gustó... no sé.

—Yo creo que si hizo algo que pudiera molestarla, es porque no la quería suficiente. Los novios saben esas cosas. Gabriel me gusta para ella.

Miranda reía con el fotógrafo completamente despreocupada mientras el muchacho bromeaba con algo a lo que no prestó atención.

Bastian trató de distraerse con detalles absurdos de las calles de París: una descolorida banderola que colgaba solitaria de una farola, un buzón pintado de azul cielo con nubes de colores, un *graffiti* con letras negras en las que ponía “*Edith je t’aime*”. Por suerte para él el suplicio de verlos juntos duró menos de lo esperado, ya era tarde y Gabriel debía marcharse. Parecía un chico ocupado.

Diamond seguía insistiendo en ir al Campo de Marte por lo que, una vez que Gabriel se fue, decidieron acercarse al paseo de verdes explanadas de césped.

—¡Es increíble! —Exclamó la niña— Es mucho, muchísimo más bonito que en las fotos. ¡Y más grande!

Con la seguridad de que ningún coche podía arrollarla, se apartó de los dos adultos y empezó a correr como una demente, riendo, respirando el aroma de la hierba parisina, rodando por el extenso manto verde.

Bastian caminaba al lado de Miranda, pero parecía no tener la cabeza en ello. Hacía un rato que no la miraba, que no participaba en la conversación... La editora se detuvo para comprobar si estaba pendiente de ella o de su hija, pero de inmediato se dio la vuelta para ver qué hacía.

—Pensaba que habías vuelto al hotel —dijo ella con una sonrisa.

—No soy invisible, creo.

—No me refería a físicamente, eso es obvio que no se ha ido a ninguna parte y que sigue con nosotras, pero tu cabeza...

—Estoy cansado. Desde que me levanté de madrugada no he podido descansar —mintió, aunque había parte de verdad en esa mentira.

—Entonces volvamos. Hay muchas horas hasta que tengáis que marcharos, puede ver los jardines en otro momento.

La niña podía negarlo cuanto quisiera, pero estaba tan cansada como ellos o más, así que no



puso objeción a volver con su padre.

Al llegar al hotel, ya en la habitación, y cada uno en su cama, Miranda cogió el teléfono y, sin querer guardarse más lo que pensaba, envió un mensaje al directivo.

**“Dos cosas: 1, gracias por haber venido. No imaginas lo bien que lo he pasado y lo a gusto que me he sentido con vosotros. 2, perdóname por el consejo que le he dado a tu hija, sabía que escuchabas y quería molestarte por haberte ido de la habitación cuando se suponía que me esperarías.**

## **Buenas noches, Bastian”**

**D**EJÓ el teléfono sobre la mesilla pensando que si tan cansado estaba probablemente no lo vería, pero solo un par de minutos después sonó el aviso de mensajes de su móvil.

**“Dos cosas: 1, no me envió el presidente, lo sugerí yo para estar cerca de ti, aunque solo fuera unos días. También ha sido un gran día para mí.2, me fui de la habitación por mi incapacidad de controlarme cuando te miro. Te dejaste la puerta sugerentemente abierta, y ya sabes lo que le haces a mi imaginación cuando me muestras ciertas partes...”**

**Buenas noches, Miranda.**

**PD: Qué diferente sería este viaje si pudieras olvidar  
lo de Roselyn...”**

—**O**JALÁ no la hubieras dejado meterse entre nosotros... —murmuró, dejando rodar una lágrima que se había escapado de sus inundados ojos.

## Capítulo 17

**E**L día prometía interesante. El trabajo no iba a empezar en serio hasta el lunes, aun así, el fin de semana lo pasarían en compañía de Gabriel. Él conocía la ciudad mejor que ellos y podría guiarles en su ruta turística y mostrarle a Miranda los puntos de vista que él tenía con los distintos enfoques del artículo.

Aun holgazaneaba entre las sábanas cuando unos ruidosos golpes la sobresaltaron. Se dio la vuelta como si no fuera con ella, pero volvieron a llamar a la puerta y no le quedó más remedio que salir de la cama para abrir.

—¡Miranda! —exclamó Diamond rodeándola con los brazos.

—Le he dicho mil veces que no te molestase, pero ya veslo obediente que es... —Bastian estaba a poca distancia, apoyado en la pared del frente, con su habitual pose recta. La miraba con una sonrisa, como si se alegrase de verla pero se contuviera de decirlo— Por cierto, buenos días.

—Buenos días...Aun no me había levantado...

—Pues ya lo estás. Vístete, vamos a ir a desayunar —pidió la niña. El padre solo levantó los hombros, dando a entender que no había sido idea suya.

Antes de salir de la habitación llamó a Gabriel para decirle dónde y cuándo debían encontrarse.

Al entrar en la cafetería en la que habían quedado, Bastian se sintió molesto nuevamente al ver al fotógrafo. Siendo de día podía verlo con claridad y, si la noche anterior ya se enceló al verlo joven y guapo, al comprobar que de día aún se veía más atractivo se sintió aún peor. Su cara angulosa hacía que su sonrisa se viera terriblemente seductora, llevaba el pelo despeinado pero arreglado, unas gafas de pasta grandes y la cámara de fotos colgada del cuello. Incluso su hija de doce años podría fijarse en alguien como él sin importar mucho los años de diferencia.

El fotógrafo saludó al directivo con un apretón de manos y a las dos chicas con dos besos.

—Bon jour, Mademoiselles, señor Jefferson... —saludó simpático.

—Buenos días —respondieron los tres casi al unísono.

Bastian analizaba al muchacho, su voz, la forma en la que miraba a la editora... Sin esperar a que el maître les trajera sus desayunos, se puso en pie para alejarse de la mesa, acto que imitó Miranda.

—¿Hoy también estás de mal humor? —preguntó ella, adelantándose hacia el mostrador.

—No solo estaba de mal humor, también estaba celoso.

Miranda lo miró sorprendida, con los ojos abiertos de par en par, pero luego empezó a reír.

—¿Le hace gracia, señorita Warhol?

—Un poco.

Sebastian se acercó a ella y, después de comprobar que su hija no miraba acortó aún más la distancia entre ellos, rozando su brazo con el de ella.

—¿Recibiste mi mensaje? —ella asintió con la cabeza y un sonido nasal— No respondiste.

—Bueno, estaba cansada y no sabía qué más decir. Te di las buenas noches, te dije que lo había pasado bien con vosotros...

El directivo entendió que no quería mencionar a Roselyn o nada que hubiera tenido que ver con ella e inmediatamente cambió de tema.

Esperaron juntos a que el cocinero les sirviera lo que habían pedido y volvieron a la mesa, donde la niña reía con algo gracioso que había dicho el fotógrafo.

El medio día llegó entre visitas a dos de los sitios que Miranda quería ver para su reportaje: un par de calles en el barrio de Montmartre y el canal de Saint-Martin. Gabriel aprovechó para hacer algunas fotos para tener como referencia y ella tomó notas en una libreta de cuero que siempre la acompañaba. Sin duda esa chica tenía gusto para elegir lugares románticos.

Diamond se aburría horrores y pasó la mañana tratando de llamar la atención de los mayores pidiendo detenerse para ver escaparates o haciendo preguntas absurdas, pero decidió que la tarde iba a ser únicamente para ella. No sabía cuándo iba a volver a París, si es que lo hacía, y no iba a quedarse sin ir a los lugares que quería visitar.

Cuando Gabriel preguntó sobre la siguiente ubicación antes de subir al coche, la niña insistió con ir a las catacumbas, sitio que horrorizaba a la editora. Sebastian trató de hacerle cambiar de parecer, le recordó la condición que le había impuesto a cambio de llevarla con él, sin embargo no le escuchó, siguió insistiendo y preguntando a Gabriel si él quería ir.

—Estuve una vez —respondió el muchacho frente a la insistencia de la niña—. Sólo hay pasadizos con las paredes hechas con huesos humanos...

Miranda se giró, tratando de frenar la sacudida de un escalofrío. ¿Realmente quería ir allí?

—Por favor, papá, por favor, llévame. Prometo no pedirte nada más en un año.

—¿Un año? No creo que pase de mañana que tengas tu siguiente capricho. Yo no voy a decidir nada, si es unánime vamos, si alguien pone objeción no vamos —sabía que Miranda no quería visitar algo como un pasadizo decorado con seis millones de cadáveres y pensó que diría algo—. ¿Gabriel?

—Ya he estado, pero no me importaría ir de nuevo. Entonces tenía mi cámara estropeada y no pude fotografiar nada...

—¿Señorita Warhol? —ella no respondió, solamente lo miró como rogándole con los ojos que decidiera él por ella.

—Tenemos dos síes. Miranda di que sí, porfa... —suplicó la niña con las manos unidas a la altura de la boca.

No sabía cómo o en qué momento había aceptado algo como eso, pero sin comerlo ni beberlo



se vio a si misma caminando detrás de Bastian por un pasadizo estrecho, frío y húmedo, camino del lugar más temible que sin duda habría visitado en toda su vida. De pronto sus tres acompañantes se detuvieron y Diamond empezó a recitar un mensaje en francés: *Arrete! C'est ici l'empire de la mort* (¡Detente! He aquí el imperio de la muerte). Miranda pensó que se moriría en ese momento pero un brazo la rodeó despacio.

—¡Hey! Estás temblando... —dijo Bastian, pegándola contra sí.

—Estoy bien. Yo... —respondió ella apartándose un poco, apretando los dientes tratando de controlar su propio cuerpo.

—Si no quieres entrar no entres. Diamond se ha adelantado con Gabriel.

—No deberías dejarla sola, estos túneles son como un laberinto, se pueden perder...

—No pienso dejarte sola así como estás.

—Está bien, entro. Pero por favor, por favor Bastian, no te separes de mí. Me aterran los muertos. Yo...

Sebastian sonrió por la petición. No iba a apartarse de ella aunque se lo pidiera. La rodeó nuevamente, pegándose a ella para que lo sintiera y se tranquilizase.

Caminaron despacio mientras ella miraba, completamente aterrorizada, el horror convertido en realidad: gruesísimos muros de huesos humanos con decoraciones hechas con calaveras. En aquellos pasadizos había un ambiente pesado, olía a cerrado, como un lugar por el que corre poco aire. Casi podía apreciarse cierto trazo a descomposición, de los huesos más recientes.

Miranda trataba de evitar mirar hacia las paredes porque cuando lo hacía creía ver las oscuras oquedades de esos cráneos con la vista fija en ella, creía ver esas bocas, desdentadas en su mayoría, riéndose de su miedo, creía escuchar susurros provenientes de esas paredes.

De pronto se detuvo. La niña reía al fondo de un corredor mientras el fotógrafo disparaba con su cámara, y sintió una imperiosa necesidad por salir de allí.

—¿Qué te pasa? —preguntó el directivo al verla pálida.

—No puedo seguir. Necesito salir...

De repente, sin darle tiempo a reaccionar empezó a correr por el pasadizo con dirección a la salida. Bastian avisó a Gabriel y a su hija y siguió los pasos de la editora, a la que había perdido de vista entre el resto de visitantes.

Cuando le dio alcance Miranda ya estaba en la calle, apoyada contra un árbol y completamente pálida.

—¡Hey!...—sonrió, abrazándola con fuerza— Si no querías entrar podíamos habernos quedado fuera y dejar que entrasen ellos dos solos...

—Tengo... tengo un pánico atroz a los muertos.

—¿Necrofobia? ¿Y por qué no te negaste a venir?

—Por tu hija. Porque no quería aguarle la fiesta. Porque ella quería venir y no podía...

—Eres tonta —dijo, ajustándola aún más en ese abrazo—. Diamond es caprichosa pero no cruel. Si hubiera sabido que te daba miedo habría encontrado otro pasatiempo al que arrastrarnos...

Pasados unos minutos Bastian dejó de notarla temblar y se separó de ella.

—No les digas nada cuando salgan... —pidió, sujetando su brazo— Me siento ridícula teniendo miedos a mi edad.

—Te crees muy mayor pero aun eres una niña —sonrió, tocando la punta de su nariz.

—Una niña...

Hacía dos horas que habían entrado en las catacumbas y empezaba a oscurecer. Justo cuando el directivo decidió pedir al supervisor que le dejase entrar a por su hija aparecían Gabriel y la niña, riendo como si salieran de un parque de atracciones. Al parecer lo habían pasado en grande.

Después de la pesadilla tocaba relajarse un poco. Miranda condujo siguiendo las instrucciones de Gabriel, y aparcó entre la dirección del hotel y una de las ubicaciones del reportaje, así que tocaría volver al hotel a pie.

Pasearon por el puente “Guardián del amor” mientras Diamond corría como loca para mirar los candados con los nombres.

—¿De qué te ríes? —preguntó la niña al fotógrafo, que sonreía como si hubiera recordado algo gracioso.

—De una historia que conozco. Una chica que vino de Estados Unidos y fue abandonada por su jefe y mientras paseaba por París conoció a un fotógrafo loco que primero tropezó tirando su desayuno y luego se enamoró de ella...

—¿Tu? —él asintió—. ¿Y qué pasó? —Antes de que el fotógrafo respondiera la niña corrió hacia la editora y se colgó de su brazo—Miranda, podrías usar su historia en tu reportaje...

—Sólo podría usarla si él quiere...

—Deja que lo piense...Nunca pensé que esa parte de mi historia pudiera formar parte de un artículo...—dijo él, tratando de evadirlas.

Al fin llegó la hora de cenar, Gabriel se despidió de esos tres y volvió a su apartamento mientras ellos cogían rumbo a su hotel.

Habían caminado más de diez minutos hasta llegar, después del día agotador que habían tenido y Diamond estaba casi al límite de sus fuerzas. Sebastian sabía que si subían a cambiarse terminarían yéndose a la cama sin cenar, de forma que entraron en el restaurante que había frente al hotel, un lugar no tan lujoso pero igualmente acogedor.

—Al final no ha aguantado... —sonrió el hombre, acariciando la melena castaña de la niña, que se había dormido apoyada en su regazo.

—Se moría por probar la tarta de frutas y el batido de frutos rojos...

—Es tan caprichosa como su madre. ¿Vamos? —Miranda entendió rápidamente que se refería al hotel y asintió, poniéndose en pie y recogiendo las cosas de Diamond.

El directivo caminaba por el pasillo con su niña en brazos y la editora lo hacía a su lado. De no haber tanta diferencia de edad entre ellos, podría haber parecido un matrimonio con su hija.

Miranda sacó la tarjeta del bolsillo de la americana cuando él se lo indicó y abrió la puerta para facilitarle el paso. Al entrar dejó la chaquetilla de la muchacha en el respaldo del sofá y el bolsito encima de la mesa mientras él seguía con su hija hasta el dormitorio.

Bastian dejó a la niña cuidadosamente sobre el colchón y la miró con expresión tierna.

—Has crecido tanto... —dijo el padre apartando un mechón de pelo de su cara— Y pensar que hasta no hace mucho eras un bebé...

Miranda lo observaba embobada, nunca pensó que sería así. Lo veía como padre de Diamond, sí, pero no tan protector, tan cariñoso, tan él.

Sebastian terminó de arroparla, besó su frente y se apartó de la cama para dejarla dormir tranquilamente.

—Vamos, te acompaño a tu habitación —dijo, acercándose a ella.

—No es necesario, Bastian. Solo tengo que coger el ascensor...

—Sí, pero puedes perderte o... —rió, colocando la mano en su cintura para guiarla hacia la puerta.

La calidez de su piel traspasaba la tela de la camisa, e inevitablemente empezó a sentir cierto calor familiar en la parte interna de sus muslos. No podía ser, ¿acaso se había olvidado de Roselyn y los estragos que había causado a su felicidad con él? De pronto dio un par de pasos rápidos y se alejó lo suficiente como para darse la vuelta y detenerle.

—No es necesario que bajas conmigo, de verdad, yo... yo puedo sola.

—¿Pasa algo?

—¡No!, claro que no. Es solo que no quiero que dejes sola a tu hija otra vez por mí —se felicitó mentalmente por haber podido encontrar tan rápido una excusa tan buena como esa.

—Miranda, ya no es un bebé. Sé que tú tampoco, pero quiero acompañarte.

Después de la forma en la que se lo había dicho, ¿cómo demonios iba a decirle que no? Caminó por el pasillo hasta el ascensor con él a su lado y con unos nervios que hacía semanas que no recordaba sentir. ¿Esperaba que pasase algo entre ellos?

Al llegar a la tercera planta Bastian ya casi no podía contener las ganas de besarla. Sabía que ella iba a rechazarle, sabía que quizás incluso le devolviera un guantazo, aun así ya no quiso controlarse más. Tan pronto como alcanzaron la puerta de la habitación, la acorraló contra la puerta, bloqueando sus brazos a los lados de su cabeza y pegando su cuerpo al de ella. Acercó su boca a la de ella con un beso necesitado, profundo y pasional. Ella no le estaba rechazando, había cedido en el primer segundo como si también lo desease del mismo modo. El calor de sus cuerpos atravesaba la ropa de ambos elevando la temperatura, provocando inevitablemente que quisieran ir al siguiente nivel.

El directivo la soltó y se apartó un segundo para mirarla, pero ella se adelantó para besarle otra vez.

—No, no quiero parar —confesó antes de estrellar su boca con la de él.

Buscaba desesperadamente la llave de la habitación en el micro bolso que llevaba, pero recordó haberla dejado en la guantera del coche al entrar en él esa misma mañana.

—¡Maldita sea! He olvidado la llave en el coche. —Se quejó— Tenemos que pararaquí...

—No te preocupes. Vamos, te acompaño.

—No... —apoyó la frente en su hombro tratando de encontrar algo de calma— No puedo dejar que dejes a la niña sola.

—Pero tampoco puedo dejar que salgas así... Miranda en esta ciudad también hay maleantes.

—No me lo hagas más difícil. Ve. Mañana nos vemos. A mí no me pasará nada.

—Está bien. No está lejos... Pero ten mucho cuidado, no me perdonaría que te pasase algo por no haberte protegido.

Bastian se apartó y la dejó apoyada en la puerta, con una expresión que deseó mil veces poder volver a ver en esas dos semanas en las que no habían hablado prácticamente nada: mirada deseosa, boca sugerente, respiración agitada... Caminó por el pasillo sin voltearse ni una sola vez, pero al llegar al ascensor no pudo evitarlo. Corrió nuevamente hacia ella, tomó su cara entre las

manos y volvió a besarla, esta vez dulce, suave.

Ahora sí se marcharía a su habitación. Ella debía ir a por la llave y, con su hija en el mismo hotel no podía hacer lo que quisiera. No era una niña, y nunca durmió en la cama de sus padres, pero él no podía pasar la noche como deseaba entre las sábanas de una mujer en otra habitación, mientras su hija estaba sola.

Miranda había ido y vuelto en lo que dura un suspiro, llena de pensamientos contradictorios. Quería que Bastian siguiera ahí, que de nuevo la besase como había hecho y que la llevase a la cama como sabía que deseaba hacer, aun así no quería que estuviera, no quería darle ninguna otra oportunidad de jugar con ella a las parejas felices que se rompen el corazón cuando aparecen ex novias del pasado. No quería volver a sufrir por él, y la forma de evitarlo era tan simple como no dejarle entrar nuevamente en su vida.

Entró en el dormitorio y se dejó caer sobre la cama.

En el silencio de su habitación se coló el sonido de un mensaje en su móvil y no dudó ni un segundo que fuera de él, lo cogió, tomó aire y lo desbloqueó para leerlo.

**“Dime que me controle para no bajar. Me muero por besarte como hace un rato, me muero por respirar tu aroma, porverte aunque solo sea una sola vez más antes de dormir...”**

**¿P**OR qué no podía resistirse a él? ¿Por qué de todas las personas que podían ocupar el puesto de Sean había tenido que dejar a Roselyn? ¿Por qué era tan cobarde de no preguntarle de una vez lo que sentía realmente por ella en lugar de tener tanto miedo de haber sido usada? Miranda se dejó caer de espalda sobre el colchón con la sensación de esos besos aún en sus labios, pero no respondió a su mensaje porque si lo hacía sería únicamente para pedirle que lo hiciera, que bajase a su habitación y que terminase lo que habían empezado, pero no podía por respeto a su hija.

## Capítulo 18

NO hacía ni una hora que se había metido en la cama cuando se despertó de un sobresalto. Se encontraba en una dura y fría mesa de sacrificios, con las manos y los pies atados. Había algo sobre su cabeza, una tela, pero podía ver a través de ella: una de las galerías de las catacumbas repletas de esqueletos, esqueletos que la miraban y se reían de su miedo. Ella trataba de gritar con todas sus fuerzas pero era imposible, la voz no pasaba de su garganta por más que lo intentase. De pronto un golpe seco la trajo de vuelta a la realidad. Solo había sido un sueño, un mal sueño.

Estaba tan asustada por esa pesadilla que a duras penas lograba moverse. Tenía los ojos abiertos de par en par, mirando a su alrededor en busca de esas cosas que tanto miedo le daban, pero estaba sola.

Sin pensar en lo que hacía y vestida con el pijama, corrió por los pasillos del hotel hasta la suite del directivo. Al principio no llamó, se quedó frente a la puerta sin saber qué hacer, la simple idea de volver a su cuarto le provocaba mareos. Apoyó la espalda en la puerta de la habitación y se deslizó por ella hacia el suelo.

—Por favor, Bastian, ayúdame... —murmuró.

Casi como si su voz hubiera atravesado la puerta y hubiera recorrido toda suite, el directivo se sentó en la cama con el ceño fruncido. Él nunca destacó por ser sensitivo, de hecho ni siquiera le funcionaba bien la intuición, pero en ese momento sintió que algo no iba bien. Se acercó a la puerta y la abrió despacio sin imaginar que la editora estaría sentada en el suelo.

—¿Warhol?

Miranda ni lo dudó. Se puso en pie y se abrazó a él sin pensar en nada más.

—¿Estás bien? ¿Estás...? ¿Dios mío, ha sido cuando ibas a por la llave? ¿Te ha pasado algo?

—Estaba en esa catacumba, rodeada de ellos y...

—¿Ha sido una pesadilla? —Ella asintió despacio y Bastian la apartó despacio hacia atrás—  
No te preocupes, ya pasó, ¿me oyes? Estás bien...

La hizo pasar a la habitación que ocupaba él en la suite y la hizo estirarse sobre la cama. Esta vez, toda excitación de horas atrás había desaparecido por completo, ahora todo lo que quería y deseaba era saber que Miranda estaba bien. Si su miedo por los muertos le había llevado a ese extremo, quería saber todo lo que había detrás, y seguro que lo habría.

Buscó un botellín de agua en la neverita y regresó con ella en las manos.

—Y ahora, señorita Warhol, me vas a decir qué te pasó, el motivo de que tengas tanto miedo por algo tan natural como un cadáver.

—Hace solo un par de años que me pasa. Iba con el coche cuando el hombre que iba detrás nos adelantó, a mí y al vehículo que iba delante, desapareció en la curva y de repente hubo una gran polvareda que nos obligó a detenernos al lado de la carretera. Cuando el polvo se redujo vimos un coche boca arriba y un cuerpo en medio de la calzada...

—¿El tipo que os adelantó? —ella asintió.

—Sus ojos estaban abiertos y de su cabeza brotaba sangre. Bastian, gorgoteaba con la boca llena de sangre tratando de respirar y no pudimos hacer nada por él. Se murió, delante de mis ojos, mientras yo miraba...

Sebastian la rodeó con los brazos y trató de tranquilizarla.

—Tú no tuviste culpa. Su destino estaba marcado así. Pero dime, ¿es por eso que tienes miedo a los cadáveres?

—Pasé semanas con pesadillas, con remordimientos y, cuando quise darme cuenta ya era irremediable, tenía más que miedo. Supongo que todas las fobias son por algún tipo de trauma y este es el mío.

—No te preocupes, pasará, supongo. Ahora duerme un poco, mañana tendremos otro gran día y esto solo habrá sido un mal sueño.

La ayudó a estirarse nuevamente y él se echó a su lado con la mano en su cintura.

No tenía intención alguna de quedarse mucho rato, y menos aún de dormirse. No pretendía que su hija se levantara por la mañana y los encontrara durmiendo juntos, no porque le importara, su madre tenía a Roy y él también era libre de tener a alguien en su vida, pero Miranda aun no era ese alguien, no porque no quisiera, sino porque había metido la pata con ella y aún tenía que encontrar la forma de arreglarlo.

Casi como si hubiera estado predestinado a ello, Diamond se levantó la primera y, como llevaba haciendo toda su vida, corrió a la habitación de su padre para saltar en la cama, solo que esta vez no estaba solo.

Entró en la habitación sin hacer el menor ruido con intención de descubrir quién era la mujer que había dormido con su padre y al descubrir a Miranda quiso gritar. Miranda le gustaba, y mucho, pero ella quería que se emparejara con Gabriel, no con su padre.

—No digas nada —susurró el hombre, incorporándose ligeramente—. Salgamos, dejémosla dormir, ahora te cuento lo que pasa.

La niña obedeció sin rechistar y un segundo después su padre se le unió en el saloncito de la suite.

—Miranda tiene pánico a los muertos. Accedió a ir a las catacumbas con nosotros porque no quería quitarte la ilusión de ir y por eso tuvo que salirse. Anoche subió angustiada, muerta de miedo. Había tenido una pesadilla y se quedó sentada en el pasillo para no molestar, pero la escuché y no pude ignorarla sin más, por eso está aquí...

—Pobrecita... —musitó la niña, sintiendo lástima por lo que habría tenido que pasar por su cabezonería.

Sin añadir ni una sola palabra más se metió en el cuarto de su padre y se sentó en la cama, a su lado, mirándola dormir.

Lo había pasado realmente bien con ella. Hacía poco que la conocía, apenas un mes y medio, pero había congeniado con ella casi desde el primer día. Miranda era amable, era simpática y era

muy guapa, aunque fuera más joven que su padre, quizás podría enamorarse de él, y si fuera así, podría compensarla de alguna manera para que la perdonase por el mal rato que le había hecho pasar en las catacumbas.

Cuando la editora salió del dormitorio se sintió avergonzada por haber tenido que dormir acompañada a causa de sus miedos. Pensó que la niña se sorprendería al verla ahí, y peor, que se reiría de ella por haber dormido en la cama de su padre por miedo a los muertos con los que había soñado, pero lejos de lo que pensó, la niña corrió hacia ella y se abrazó a su cintura.

—¿Y esto?

—Perdóname, no lo sabía... —la editora miró a Bastian, que estaba elegantemente sentado en el sofá, con una sonrisa en los labios. Él solo se encogió de hombros— Hoy podemos ir a comer a la Torre Eiffel, podemos hacer muchas fotos y... ¿Te apetece desayunar gofres? Yo quiero gofres, uno con nata y muchas frutas del bosque y otro con nata y chocolate.

Sin poder evitarlo abrazó a la niña y apoyó la cara en su hombro. Era tan alta como ella cuando no llevaba tacones.

Diamond había estado extrañamente pendiente de ella desde que se había levantado y no entendía el por qué. Supo que su padre le había dicho acerca de su miedo a los muertos, aunque desconocía cuanto le había contado exactamente. Se sentía a gusto en su compañía, casi como si fuera parte de su familia.

Después del desayuno se encontraron con Gabriel, quien propuso ir a otra de las ubicaciones para el reportaje: el museo de la vida romántica. Una casa de 1820 que convirtieron en museo algunos años después. Gabriel ya había estado allí un par de veces, con un reportero con el que había trabajado y con la que había sido su cuñada, pero ninguno supo apreciar el arte que estaba allí encerrado. Decidió que si Miranda apreciaba mínimamente aquel lugar le ofrecería formar parte de su artículo con su amor fallido porque, solo si era capaz de ver el amor en las cosas más pequeñas podría plasmar en papel los sentimientos que él le transmitiría con su historia y no convertirlos en un simple artículo más.

Para Bastian no era otra cosa más que un lugar más en lo más recóndito de París, pero Miranda parecía encantada con la idea, igual que su hija.

Dejaron el coche al principio de una calle adoquinada y después de atravesarla se adentraron en una pequeña mansión de postigos verdes.

De repente parecieron transportarse al siglo diecinueve y a Miranda se le iluminaron los ojos. El olor de aquella casa parecía llevar los recuerdos de aquella época: flores sobre la mesa, ropas con olor a jabón de Marsella...

Y aquella era la reacción que quería Gabriel. Alguien que apreciase aquellos lugares con historia.

Diamond se abrazaba al brazo de su padre con una sonrisa.

—¿Los de los cuadros son las personas que vivieron aquí? —El hombre asintió con un sonido nasal— Me habría gustado vivir en esta época. Me encantan esos vestidos —dijo la niña.

En la parte trasera de la casa había un precioso y cuidado patio ajardinado con un invernadero y Miranda no pudo evitar recordar su travesura en el jardín botánico de NY, cuando Bastian y ella



pasaron la noche entre árboles, bailando, durmiendo, confesándose...

La visita terminó rápido, más rápido de lo que hubieran deseado, pero la hora de la comida se acercaba y Bastian tenía un lugar al que llevarlos: La Torre Eiffel.

Al regresar al coche fue él quien dijo de conducir, guiado por el joven fotógrafo y, al detenerlo en un aparcamiento de las cercanías la niña empezó a gritar como loca, llevando a Miranda a sentirse igual de nerviosa y expectante.

El coloso de acero se erguía sobre ellos imponente, rozando el cielo en su parte más alta.

—Gracias, papá. Me moría por subir...

—Lo sé, pero además apuesto a que Miranda también quería subir para alguno de los apartados de su reportaje —la editora sonrió por la afirmación y sacó la libreta de cuero del bolso.

—En efecto. Uno de los apartados es en la Torre Eiffel, y es, sin duda, el más romántico de todos.

Después de esperar una cola de unos minutos accedieron al ascensor que les llevaría a la primera planta.

No hacía mucho que habían hecho unas mejoras, ampliando el espacio. Habían añadido suelos de cristal por los que se podía caminar, suelos que Diamond no tardó en estrenar saltando.

—Ser niño es genial —dijo Gabriel, haciendo reír a la editora y a Bastian.

—Oye, perdona —se quejó la niña—. Yo no soy ninguna niña. Tengo 12 años, ¿sabes...?

El fotógrafo alzó las manos como en son de paz y Miranda empezó a reír al recordar una situación similar con Bastian.

La terraza no era demasiado ancha, quizás un par de metros y, aun estando en primavera, el aire soplaba bastante fuerte en ese nivel. Aun así era totalmente disfrutable y las vistas desde el primer piso eran totalmente increíbles. Casi creían poder ver todo París desde ahí: el Sena, Trocadero, el arco del triunfo, el Sacre Coeur, la Bastilla,...

Después de las indicaciones del directivo para subir a la segunda planta y esperar durante media hora en la cola del ascensor, Diamond y Miranda decidieron subir los más de trescientos escalones hasta la segunda planta, por las escaleras no había esperas, no había colas.

Al llegar a la segunda planta los cuatro jadeaban agotados, aun así, las dos chicas se abrazaron sonrientes al comprobar que las vistas aún eran más espectaculares de lo que lo eran en el nivel inferior.

—Algún día me mudaré aquí. Pondré una tienda de campaña y nadie impedirá que tenga estas vistas cuando me despierte o cuando me vaya a dormir.

—Pues creo que en invierno te morirías de frío... —rió la editora.

—¿Sabes? Nunca lo he pasado como lo estoy pasando en París. Serías una madrastra estupenda —y ahí estaba ella, dejando al descubierto sus intenciones.

Miranda se encontró sin saber qué decir en respuesta, sólo fue capaz de sonreír tímidamente. ¿Madrastra? ¿Acaso sabía algo acerca de lo suyo con su padre? Caminó por el estrecho balcón, alejándose un poco de ella, tratando de buscar otro significado a lo que había dicho la niña, pero ella no había dicho madre, sino madrastra.

Parecía tan distante, tan absorta en sus pensamientos que Gabriel no pudo evitar disparar su cámara en su dirección, captando una instantánea perfecta en blanco y negro.

En la parte más alta de la torre el viento soplaba aún más fuerte que en las dos inferiores y el frío se notaba bastante más. La editora sonrió al ver como sus ojos se llenaban de lágrimas por el viento.

—Se me ocurre una cosa —dijo Gabriel de pronto—. Es la primera vez que veis París... ¿Por qué no os ponéis los tres juntos para que os haga una foto?

—¡Oh sí, sí! —Exclamó la pequeña— Y luego una con ellos dos juntos.

Mientras Bastian y Miranda se acercaban al fondo, la niña se entretuvo hablando con el fotógrafo, momento que aprovechó el directivo para decirle lo que no le podía haber dicho en todo el día.

—Ojalá éste viaje de ensueño no terminase mañana... El regreso a la oficina será cruel... —sonrió sin mirarla.

—Creo que yo os voy a extrañar más de lo que me echareis de menos vosotros a mí —él la miró con una ceja arqueada—. Sí, ten en cuenta que los quince días que me quedan serán de trabajo duro, para Gabriel y para mí... Tú no necesitarás moverte demasiado de tu oficina.

—Siento no poder quedarme más días.

—¿Bromeas? Bastian, ni siquiera tenías la obligación de venir. Este fin de semana ha sido perfecto.

—Casi, casi perfecto...

La foto quedó tal como Gabriel había predicho, no por nada era el mejor fotógrafo.

Antes de que se separasen la niña propuso un beso de parejas, tenía la certeza de que si su padre y ella se besaban quizás surgiría algo entre ellos. Miranda era muy guapa, y su padre también lo era, aunque fuera un poco viejo para ella. Para convencerlos se acercó a Gabriel y le dio un beso en la mejilla, beso que él respondió con una sonrisa amable, pero ahora les tocaba a ellos. Bastian se acercó a ella e imitó al fotógrafo, besando su mejilla de forma amistosa, pero eso solo provocó que tanto la niña como el fotógrafo los abuchearan, haciendo que todo el mundo los mirase.

—Vamos papá es solo un beso... ¿O prefieres que lo haga él? —preguntó, tirando de la manga de Gabriel.

Sin decir nada más en respuesta se giró hacia la editora, tomó su cara entre las manos y se acercó a su boca.

—Siento que sea así, pero si no lo hago no nos dejará tranquilos —se humedeció los labios sin dejar de mirar su boca y la besó, tratando de que fuera un simple beso y no un instante de pasión que desatase algo más.

—No era tan difícil —la niña los miró sacando la lengua con una expresión de burla y se dio la vuelta restándole importancia—. Podíamos ir a comer... me muero de hambre.

Dicho y hecho. Puesto que el directivo tenía reservas para uno de los restaurantes de la primera planta, tomaron el ascensor para bajar.

Desde ahí se veía gran parte de la ciudad a través de las enormes cristalerías por lo que el espectáculo visual estaba servido.

La tarde avanzaba mucho más rápida de lo que directivo o editora quisieran. Habían ido caminando hasta la plaza en la que está la pirámide de cristal del Louvre y se entretuvieron hablando de las posibilidades de la nueva revista, pero la noche empezaba a cernirse sobre París y pronto tendrían que ir a cenar.

Lamentablemente, ese día Gabriel debía marcharse pronto, y por la mañana no se verían, así que esa fue la primera de las despedidas.

—Me ha encantado conocerte —dijo la niña, abrazándose al muchacho.

—A mí también me ha encantado conocerlos...

—Cuida bien a Miranda, ¿vale? No la llesves a sitios donde haya muertos, le dan miedo.

Miranda se ruborizó casi al instante. Tenía miedo, no lo iba a negar, pero le avergonzaba que se supiera, y más cuando le había pedido a Bastian que no lo dijera.

—Encantado de haberle conocido, señor Calliani.

—Gable, en realidad, Gabriel Gable. No uso el nombre de mi padre para que no se asocie mi talento fotográfico con Industrias Gable.

—Muy astuto... —sonrió levemente, ofreciendo una mano como saludo.

Después de la despedida el fotógrafo se marchó, dejando a los tres que quedaban con un sabor agrídulce. Esa era su última noche en París.

El regreso al hotel fue lento, casi como si llegar significase una partida indeseada, pero también llegaron allí, y Miranda se despidió de ellos en la tercera planta, que era donde estaba su habitación.

—¿Nos vemos mañana para el desayuno? ¿A qué hora es el vuelo?

—A las once... Tenemos que estar en el aeropuerto al menos un par de horas antes, así que si desayunamos juntos debe ser muy temprano...

—¿Papá, puedo quedarme a dormir con Miranda? —El hombre miró a la editora sin saber qué responder. Realmente era él quien querría pasar la noche con ella...

—¿Quieres subir un rato? —Preguntó, pensando que se negaría, pero ella asintió con la cabeza.

Era más de la media noche cuando Miranda salía de aquella suite con un nudo en el estómago. Se iba a traición, sabiendo que tanto padre como hija dormían. Se sentía mal por irse así, pero se sentía peor con las palabras de la niña rondando su cabeza <<una madrastra genial>>.

Al entrar en su habitación la sintió fría, vacía, y además había cierto sentimiento negativo por culpa de cierta pesadilla.

A pesar de ser más de las doce bajó a recepción a sabiendas de que la atenderían independientemente de la hora. Tenía su habitación reservada para dos semanas más, aun así pidió un cambio, un cambio de su habitación por la suite doble que ocupaban padre e hija, así, cuando ellos se fueran, podría sentir un poco de su “hogar” en ella.

La mañana llegó tan deprisa como había pasado el día anterior, y después del desayuno inevitablemente debían ir al aeropuerto. Bastian y su hija se marcharían y la dejarían sola, aunque no quisiera.

La megafonía avisó de la puerta de embarque para el vuelo París-Nueva York y la niña

empezó a llorar.

—Hey, ¿Pero qué te pasa? —preguntó la editora, sujetando su cara con las dos manos y haciendo que la mirase.

—Que no quiero volver. Me quiero quedar con vosotros. Lo he pasado muy bien.

—Yo también lo he pasado genial contigo y con tu padre, pero seguro que lo pasas genial contándole a tus amigas lo que has visto en París...

Bastian sonreía como un tonto al ver a la editora tratando con su hija casi como si fuera su madre, tan amable, tan dulce.

—Ahí llaman otra vez. Estos tres días han sido muy productivos, Warhol. Puedo hacerme una idea de cómo será tu reportaje...

—Corred, que no tengan que llamaros la atención por ser los últimos pasajeros... Tened un buen vuelo. —dijo mirándole con un nudo en la garganta.

La niña la abrazó de nuevo y se apartó para que su padre se despidiera de ella apropiadamente. Miranda tendió una mano como saludo, pero el directivo la atrajo para abrazarla.

—Gracias —murmuró en su oído— Ha sido el tercer mejor fin de semana de mi vida.

Sin que ninguno dijera nada más, tanto padre como hija se dieron la vuelta para marcharse mientras Miranda los veía alejarse con lágrimas inundando sus ojos.

De pronto el directivo se detuvo, se dio la vuelta y se acercó a ella con paso rápido para besarla. No le importó que estuviera su hija, no le importó que hubiera gente mirando, y menos aún que ella no lo esperase. Detuvo el beso unos segundos después sin apartar su boca de la de ella, con los ojos fuertemente cerrados y con las manos sujetando su cara sin encontrar el momento de separarse de ella.

Diamond aplaudía, dando pequeños saltitos sin moverse del sitio, emocionada por ver lo que su padre estaba haciendo. Había conseguido que su padre se enamorase de Miranda. O al menos ella pensó eso.

—Ojalá no tuviera que irme... —murmuró, apartándose de ella con los ojos aun cerrados y dándose la vuelta para no verla y que se le hiciera más difícil su partida.

—Ojalá no tuvieras que irte... —respondió en un susurro, tratando de que él no la escuchase.

Pese a lo que podía haber parecido, las dos semanas pasaron en un santiamén. Miranda y Gabriel habían trabajado juntos y habían logrado hacer un trabajo mejor que excelente. Por suerte para ella, su regreso no fue tan triste como el del directivo. Había adelantado la vuelta un par de días para poder volver con el fotógrafo y no hacerlo sola.

## Capítulo 19

SE levantó esa mañana totalmente desubicada. Había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, nerviosa por su regreso a la oficina y por la cara de Davina que se iba a encontrar cuando entrase en la redacción. Sabía lo descontenta que había estado con esas vacaciones forzadas y ni qué decir de su viaje a París.

Se vistió con su ropa de oficina: traje, zapatos de tacón, moño, se maquilló ligeramente, se perfumó y bajó al aparcamiento. El coche del directivo no estaba y dio por hecho que ya se habría marchado. Estaba segura de que no tenía ni idea de que hubiera vuelto antes.

Al entrar en la redacción lo primero que se encontró fue con la reacción de sus chicas, que se arremolinaron a su alrededor como si se tratase de alguna celebridad, reían, le contaban cuánto la habían echado de menos y lo enfadada que estaba la señora Mellas. Y de pronto, entre las chicas apareció el asistente, perfectamente recuperado de su caída por las escaleras.

—¡Max! —exclamó al verlo. Ya no llevaba el brazo escayolado y lucía tan bien como siempre—. ¡Te he extrañado horrores!

—No sabía que era tan imprescindible para ti...

—No tienes ni idea —dijo, besando su mejilla— Ahora nos vemos en el despacho y te cuento. ¡Chicas, yo invito al café de hoy! —exclamó feliz por regresar.

Las redactoras empezaron a alabarla mientras ella iba a su oficina sonriendo.

Maximilien estaba enterado de las intenciones de Davina de despedirla por haberse ido de vacaciones sin que ella lo hubiera autorizado.

A la directora de Stardust Miracle no le importaba si había otros puestos por encima del suyo y con más autoridad de la que tenía ella. Para ella, si ella era la directora de la revista, sus empleadas también eran propiedad suya, y por ende, nadie, absolutamente nadie, podía dar vacaciones a ninguna de sus empleadas si ella no lo había autorizado antes. Por consecuencia, el viernes, en dos días, cuando fuera a la redacción para encontrarse con ella, le obsequiaría con una carta de despido.

—Las chicas no me han dicho nada... —dijo ella tras escuchar toda la historia.

—Nadie sabe nada. La escuché a escondidas cuando iba a llevarle el correo. También me despedirá a mí, ¿verdad? —La editora asintió despacio.

—Si tenemos suerte... bueno, tú no te preocupes por el despido, saldrá todo bien, confía en mí. Sin decir más sacó de su bolso el dossier en el que llevaba dos semanas trabajando, y salió de

detrás de su escritorio con dirección al despacho del directivo. Cuanto antes le diera el artículo antes podría saber una respuesta.

Hasta la última semana antes de sus vacaciones había aguantado lo inaguantable por culpa de la directora. Siempre trataba de pensar que en el fondo era buena persona, pero los últimos días, después del especial, se había convertido en la peor jefa de la historia, presionando, humillando, agobiando con algo de lo que ella no tenía culpa, y por último, había recalcar que ya le había sugerido una dimisión. No podía aguantar más. No le importaba si la iba a despedir, es más, se alegraría de dejar de trabajar para ella, pero si lamentaba irse era solo por sus chicas y por Bastian.

Al llegar al último piso se encontró a Sean detrás de la mesa de recepción y sonrió al ver que estaba bien y ocupando su puesto de nuevo.

—¿Está el jefe?

—Claro que sí, señorita Warhol. ¿Le aviso?

—¿Está ocupado? —El muchacho negó con la cabeza—Entonces deja que le sorprenda, creo que no me espera hasta dentro de dos días... —sonrió, guiñándole un ojo.

Bastian estaba sentado frente a su escritorio, leyendo algo que tenía entre sus manos cuando, al alzar la mirada la vio como una visión frente a él. Llevaba una pequeña pila de papeles en las manos con una cubierta de plástico: el artículo. Sonrió al verla y se puso en pie para acercarse.

—No es necesario, señor Jefferson. Buenos días —saludó nerviosa mientras se sentaba en la silla de cuero blanco que había frente a la mesa.

—No te esperaba...

—Lo sé. Gabriel regresaba antes que yo y no quise quedarme sola en París, así que volví con él un par de días antes.

El directivo cogió el dossier que le ofrecía la editora y lo ojeó, pasando páginas, deleitándose con un trabajo digno de ella.

—Es precioso... —ella sonrió—. No tengo nada programado para hoy. Si tú tampoco tienes nada... ¿quieres venir a ver al presidente?

—No puedo. Davina me va a despedir. Teóricamente viene en dos días, pero quiero estar aquí si es que viene hoy.

—¿Despedirte? —Ella asintió— No sabe lo que hace. Aunque viéndole el lado bueno, eso te dará unos días para descansar. Darrick dirá que sí al proyecto, lo sé.

—Si dijera que sí, y lo hiciera antes que volviera Davina, le daría la carta de dimisión yo misma. No quiero darle el gusto de echarme.

—Vaya, te has vuelto una chica guerrera —sonrió—. ¿Entonces no vienes? —Miranda negó con la cabeza— En cuanto me diga algo voy a buscarte.

Darrick, el presidente de New York Paper ind. siempre había atendido a Bastian, aunque hubiera tenido que hacerle esperar unas horas para terminar una reunión, o aunque hubiera tenido que pedirle que se citasen en otro lugar por su ausencia en su oficina/mansión.

Al llegar, el mayordomo le guió directamente al despacho del presidente y éste te recibió con una sonrisa expectante.

—¿Lo has visto?

—Sí. Lo miré por encima. Con las prisas por traértelo no he tenido posibilidad de leerlo. Pero

sé que es bueno. La señorita Warhol es muy capaz.

—Al menos en apariencia tiene gusto. Es precioso.

Miranda había preparado un dossier con páginas decoradas según el tema: el de la pareja que se había conocido en el puente decorado con fondos en los que aparecían puentes de París, el de la pareja de los jardines con fondos de flores, el de... Todas las páginas eran de un marrón oscuro, como de madera envejecida, con bordes llenos de filigranas. Había puesto las fotos con ángulo, aprovechando los espacios para poner el texto en el que narraba esas preciosas historias de amor.

El directivo subía en el ascensor con intención de detenerse en la décima planta e ir al despacho de la editora, pero al detenerse pudo verla reír con su asistente en el interior de su oficina. La miró desde la distancia pero no se acercó, siguió la ruta hasta su puesto de trabajo. Con suerte podría verla después, a la hora de volver, o quizás en su apartamento, si bajaba para preguntarle cómo le había ido en París esos días.

El día pasó sin que volvieran a verse.

Ese, al igual que cada día, Bastian se había levantado mientras amanecía para correr. Se había enfundado su chándal gris, había puesto su música en el reproductor y había bajado los diez pisos a pie para empezar su ruta diaria antes de ir a la oficina, pero no hacía ni diez minutos, cuando la melodía de la canción se vio interrumpida con una llamada. Se detuvo a un lado y miró la pantalla, sonriendo al ver el número y sabiendo la respuesta.

—Ese reportaje es totalmente brillante, Bas. Esa chica tiene talento... —dijo el presidente, que no había podido esperar a una hora más decente para llamar.

—Me alegro de que te guste, Darrick.

—No, no me gusta, me encanta... Y eso quiere decir que os encargo a vosotros la revista. Pasaros por mi despacho a la hora de comer, quiero felicitarla personalmente y comentaros algunas cosas que se me han ocurrido a última hora.

Bastian sabía que le gustaría, como le había gustado a él la idea o el resultado final de ese reportaje.

El presidente acababa de decirle que sí a su propuesta, pero la condición que le puso en su primera reunión para seguir adelante con la nueva revista era que él fuera el director y Miranda la editora jefe. Bastian bajaría de puesto y su nómina se vería reducida notablemente. Cambiaría de oficina dentro de la empresa y tendría que trabajar más de lo que lo hacía habitualmente, o al menos, a otro nivel, pero lo haría con ella, y eso no había precio que lo pagase. Contrataría a un secretario hombre y jamás, jamás volvería a aceptar a una mujer como asistente, así impediría que ella se sintiera insegura de nuevo. Ahora solamente quedaba decírselo a ella.

Sin dudarle un segundo, se dio la vuelta y empezó a correr en dirección al edificio White. Miranda tenía que saber que su pequeño proyecto saldría adelante.

Al entrar en la recepción el muchacho se extrañó de verlo regresar tan pronto, pero más aún de verle dirigirse hacia las escaleras. Indudablemente tenía prisa, no iba a pulsar el botón del ascensor y a esperar que bajase; en el tiempo que le tomaría cogerlo y subir a la sexta planta ya habría llegado allí si iba a pie.

Llamó al apartamento de Miranda con varios golpes e insistió al ver que pasaban unos segundos y ella no abría.

Acababa de despertarse y estaba preparando su café matutino cuando llamaron a la puerta. Sonó casi como si la fueran a derribar. Se acercó despacio y abrió asustada por la forma en la que habían llamado, temiendo que fuera algo serio lo que ocurría, pero frente a ella estaba Bastian, con la respiración agitada y la piel de su cuello lleno de pequeñas perlas de sudor. Había vuelto corriendo y no se había parado a ducharse.

—¡Bastian! ¿Qué ha... ha pasado algo? —Preguntó mirándolo de abajo a arriba.

—¡Lo hemos conseguido! Darrick ha decidido abrir tu revista...acabo de enterarme...

—¿Qué?

—¡Lo que oyes!

En un acto instintivo se acercó a ella y la abrazó, rodeando su cintura con los brazos y elevándola para girar con ella.

—Tendrás una revista como la que soñaste.

Cuando dejó a la editora en el suelo tenía una expresión más que rara. Se sentía feliz, asustada, expectante, estaba llena de emociones y no sabía cuál de ellas debía mostrar.

De repente sintió lástima por su puesto en Stardust y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué te pasa?

—Supongo que estoy feliz, pero saber que ya no estaré con las chicas, o en Purple Gem.

—Una de las condiciones que puso Darrick es que la revista nueva estaría en Purple Gem. La planta dieciséis está vacía... Además, sabes que Davina despedirá a Maximilien inmediatamente después que a ti, así que, al menos puedes tenerlo a él como compañero. Hay que estudiar que puesto es el más apropiado para ambos...

Bastian omitiría, de momento, que él fuera a ser el director de la revista. Fingiría ayudarla como director de la editorial, pero no le mencionaría nada acerca de su descenso.

—Yo seré la editora jefe y él será mi asistente, por supuesto... Pero dime, ¿por qué no subes a ducharte y vuelves cuando estés listo y lo discutimos antes de ir a la oficina? —preguntó.

Bastian no respondió, se dio la vuelta de inmediato y corrió por las escaleras, dándole a entender que no iba a dejar que cambiase de opinión. Miranda lo miró con una sonrisa. Realmente deseaba que no se hubiera ido al traste su relación, o lo que suponía era una relación. De no haber aparecido Roselyn todo sería muy diferente.

Al cerrar la puerta supuso que el directivo tardaría un poco más, así que corrió a la ducha.

Ya aseado, con ropa limpia y un poco más tranquilo bajó al apartamento de la editora.

A Miranda no le había dado tiempo de vestirse y abrió cubierta con la toalla. No tenían relación alguna, pero la había visto con vestidos y faldas minimalistas, y desnuda en varias ocasiones, no se asustaría de verla de esa guisa.

—Oh. No esperaba interrumpir...

—Solo es una ducha, y no la has interrumpido, iba a vestirme —aclaró ella—. Pasa, siéntate, enseguida estoy contigo. ¿Quieres café? No he podido desayunar aún.

—¡Claro!



Aún quedaba un rato para que fueran a la editorial. Estaban sentados en el sofá, con las tazas de café en las manos y debatiendo como sería todo en la nueva redacción. Bastian la miraba cuando hablaba, analizaba sus tímidas sonrisas y la forma en la que se paseaba la taza entre los dedos no pudo evitarlo. Se levantó y acortó la distancia entre los dos, poniéndose frente a ella. Llevó una mano a su cuello y acarició el borde de su mandíbula con el pulgar.

—Tengo algo que contarte —dijo de pronto, mirándola directamente a los ojos—. Miranda, no hubo nada entre Rose y yo —confesó—. Los dos besos que has visto son lo único que ha habido entre nosotros en veinte años.

Ella quiso pedirle que no le contase nada, que no quería que el simple nombre de esa mujer estropease el momento, pero Bastian llevó los dedos a su boca para evitar que pronunciase nada, y le hiciera perder la oportunidad de explicarle todo lo que quería aclarar.

—El primero me fue por sorpresa. Estaba detallando quien podía o no podía entrar cuando, de repente, se abalanzó sobre mí. Me cogió por sorpresa. Y si no la rechacé de inmediato fue porque justo te oí marcharte y supe lo que acababa de pasar.

Miranda llevó la mano a la de él y entrelazó sus dedos.

—¿Y el otro? —preguntó con un tono suave, casi melódico.

—Habías ido a la discoteca con intención de buscar a cualquiera con el que pasar el rato, pero ese cualquiera fue ese futbolista. Te tocaba, te abrazaba, te besó...

—Pero tú fuiste con ella...

—No. Jamás iría con ella a ninguna parte. Roselyn escuchó a tus amigas hablar del Lustful y Pauline había dicho en el ascensor que esperaba que fuera y te detuviera; un rato antes había estado en mi despacho contándome las intenciones de tu aventura. Supongo que Rose no soportó verme retorciéndome de celos por ti, o simplemente actuó como lo que ha sido siempre.

—¿Una zorra? —Él abrió los ojos de par en par y asintió con una sonrisa, pero un segundo después volvió su expresión lastimosa— ¿Por qué la contrataste?

—Porque su currículum es brillante, porque ha trabajado mucho tiempo para Darrick y porque necesitaba a un asistente. Aunque no quería a una mujer de secretaria no me importó que estuviera ella ahí, sinceramente, porque lo que tenía contigo era lo mejor que he tenido nunca con nadie —ella lo miró con los ojos llenos de estrellas—. Quise decírtelo cuando fui a tu apartamento, pero estaban tus padres y luego no pude arruinar el momento que estábamos teniendo. Ojalá pudiera hacer que me creyeras, ojalá...

La editora acortó la distancia en un momento y le besó, callando cualquier cosa que pretendiera decir después de eso. Le quería, le creía, y sabía que estaba siendo sincero. Se levantó tirando de su ropa sin apartar su boca de la suya y cuando lo tuvo en pie le abrazó.

—El fin de semana en París me di cuenta de lo mucho que me importas, de lo mucho que te... —el directivo dudó un segundo si decirlo o no, pero ella había pronunciado esas mismas palabras antes que él— lo mucho que te quiero.

Miranda sintió un cosquilleo recorrer su espalda y deteniéndose en su estómago.

—El fin de semana que pasasteis conmigo en París... deseé que no terminase. Me mudé a vuestra habitación cuando os fuisteis para no volverme loca.

Bastian tomó su cara entre las manos y la atrajo para besarla.

—Sé que esto es cosa de niños, y que no soy precisamente eso, pero quiero escuchártelo decir para saber si lo nuestro va a alguna parte. ¿Quieres... quieres salir conmigo?

La editora sonrió y acortó la distancia nuevamente para besarle, pero él la detuvo a escasos centímetros.

—Por favor...

—¡Claro que sí! Quiero, quiero salir contigo. Y quiero verte mil veces al día y... ¿Sabes una cosa de la que me arrepiento? —Él le miró, esperando a que le dijera— No haberte escuchado cuando quisiste explicarme lo del primer beso con tu ex. Todo habría sido muy diferente...

—¿Sabes una cosa? —Ella sonrió— Yo no me arrepiento. Si no me hubieras apartado así de tu vida, quizás habríamos accedido a hacer otro artículo para tu señora jefa.

—Ex. Ex jefa. Bastian hoy la haré ir a la editorial para entregarle la renuncia que me pidió.

—Ex jefa, entonces. Si hubiéramos seguido juntos sin más, quizás no habríamos ido a París, quizás mi hija no se habría vuelto loca al enterarse de que estoy enamorado de ti desde la primera vez que te vi, y quizás no habría una revista que pudieras amoldar a tu gusto. Me quedo con las cosas que nos han pasado porque son ellas las que nos han llevado a este momento que no cambiaría por nada.

Sin poderlo evitar empezó a llorar. Sin lugar a dudas él era el mejor.

Cuando llegaron a la editorial, lo primero que hizo ella fue correr a su despacho y redactar su carta de dimisión. La nueva revista era un hecho, y ella no tenía por qué seguir padeciendo las presiones a las que Davina la sometía. Esa era la primera vez que renunciaba a un puesto de trabajo, pero debía reconocer que el cambio sería notablemente mejor.

La hora de comer llegó antes de que pudiera darse cuenta del paso de las horas. Saber que su relación con el directivo nunca había sido un juego, que ahora estaban juntos de verdad y que él la quería del mismo modo que ella a él la mantenía en una nube.

La reunión con el presidente resultó ser un éxito, fue lenta pero muy satisfactoria. Darrick no era de esos presidentes que solo quieren dinero fácil, aportaba ideas interesantes y aceptaba opiniones. Le contó algunas de las cosas que le había contado a Sebastian un par de días atrás, a pesar de ser una simple empleada. Y la felicitó por tan buen trabajo con el reportaje.

Ahora Bastian y ella eran algo así como un equipo y deberían encargarse, por igual, de todos los trámites para la nueva revista. Tendrían que encargarse del personal, del mobiliario... de todo. Y se reunirían con el presidente cuando ese todo estuviera listo.

El día fue intenso, tanto que, después de la reunión con Darrick, Davina tenía todas las pertenencias de Miranda frente a la puerta del ascensor. Había hecho vaciar su despacho por completo, incluyendo el sofá rosa, la persiana metálica rosa con la que impedía que el sol entrara directamente y el ordenador. Todo. A pesar de pretender despedirla, su dimisión le había molestado tanto que ni siquiera iba a permitirle estar ahí los quince días que se suponía debería estar.

Apenas le dio tiempo para despedirse de las chicas, Davina había llamado a seguridad para que la sacasen de allí, acompañada por su más que indeseable asistente.

—No sé qué voy a hacer ahora... —dijo el muchacho, viéndose sentado en un banco frente al edificio de la oficina.

—Para empezar descansar. No he querido decirlo antes porque solo era una idea, pero ahora

es una realidad. El señor Jefferson usó la idea que me reservaba para hacer una propuesta al presidente. Es por eso que fui a París. Max, seguirás siendo mi asistente cuando la revista se inaugure en dos o tres meses —dijo emocionada.

—¿Estás segura? —Ella asintió con la cabeza, con una expresión de felicidad que iluminaba todo su rostro— ¿Has oído eso, mujer del demonio? —Gritó Max, mirando hacia las ventanas del décimo piso— ¡Tus planes para hundirnos solo hacen más grandes nuestras alas!

Miranda a duras penas podía contener la risa. Sabían que Davina no les escucharía desde ahí arriba.

—Bastian y yo tendremos mucho trabajo desde ahora, pero será una revista de ensueño. Por ahora descansa, luego estaremos exhortos... —rió.

La decimosexta planta estaba vacía, así que entre Max y Miranda cargaron los bultos de la editora en el ascensor y subieron.

Dieron vueltas por la que sería su redacción, imaginando la ubicación de las mesas, de los despachos, de la zona para los cafés...

Aquel día Miranda lo pasó en casa, tranquila, deseando que llegase la noche siguiente para estar con su directivo. Y, cuando terminase su seguramente, perfecto fin de semana, empezaría con su nuevo trabajo. Se pondría a buscar redactores, imprenta, diseñadores, correctores...

## Epílogo

**H**ABÍAN pasado tres meses y la planta dieciséis de Purple Gem se preparaba para la inauguración de su nueva revista.

Davina se había ofendido tanto con la renuncia de la editora, y con la nueva revista que iba a guiar, que había despedido a todas las redactoras sin miramientos. Se desanclaría de NYPaper y sacaría su revista adelante con nuevas redactoras. Pero las chicas de Miranda no iban a quedarse en la calle sin más, Bastian las había contratado sin que su editora supiera nada y ese día, en esa fiesta de inauguración le daría una de las primeras sorpresas que le aguardaban.

Miranda también desconocía quien sería el director de la nueva revista y se moría por saber quién era para poder empezar cuanto antes a trabajar mano a mano hasta que todo fuera sobre ruedas.

Se levantó esa mañana y se vistió para la ocasión, algo sencillo pero elegante. Arregló su larga melena rubia y se maquilló de forma sutil. Aquel era un día importante para ella.

Bastian llevaba semanas diciéndole que, concretamente el día de la inauguración, tenía una reunión con uno de los socios de Darrick en otra ciudad y que debía viajar un día antes, así que no asistiría, aun así esperaba poder verlo. Todo había sido gracias a él y solo a él.

Justo antes de salir con dirección al aparcamiento sonó su teléfono. Al mirar la pantalla sonrió al ver el número.

—Ha respondido muy deprisa, señorita Jefferson.

—¿Pretende ruborizarme, señor Jefferson?

—No. Sabes que pienso eso todos los días. ¿Ya estás allí?

—Estaba saliendo.

Al abrir la puerta encontró un enorme ramo de rosas en el suelo, con una tarjeta que llevaba su nombre.

—¡Hay flores! —exclamó.

## **“Espero que la inauguración sea un éxito. Eres el hada de los sueños y sólo tú podrías haberlo hecho posible”**

—**S**ON preciosas.

—¿Estás llorando? —preguntó él, al darse cuenta de que su voz sonaba diferente.

—Es que no lo esperaba. Ojalá estuvieras conmigo este día...

—Sabes que habrá muchos grandes días si seguimos juntos siempre, uno al lado del otro. Tengo que colgar, mi reunión está por empezar. Pásalo en grande, éste es tu día.

Al bajar del ascensor cogió aire con fuerza, todas sus chicas estaban ahí. Sabía que Davina las había despedido, sabía que todas tenían trabajos nuevos en otras revistas, pero jamás sospechó que esas otras revistas fueran la que se inauguraba ese día. Se acercó a ellas con los ojos inundados, mordiéndose los labios desde dentro de la boca. Las chicas corrieron hacia ella y la abrazaron con fuerza.

—¿Creías que íbamos a dejarte sola en tu aventura? —Preguntó Pauli.

—Ese novio tuyo te quiere demasiado. Es un poco mayor para mi gusto, sino, no dudes que te lo quitaría —dijo Jessica, tirándole del mechón de pelo que había dejado suelto al peinarse.

—No sabéislo feliz que soy... —confesó ella, devolviendo los abrazos.

La fiesta estaba siendo divertida y emotiva, pero aunque lo estuvieran pasando genial, para Miranda seguía faltando alguien: Sebastian Jefferson.

Entre el gentío vio a Mark, riendo con Maximilien de una forma más que sospechosa y no pudo evitar acercarse a ellos llena de curiosidad, supuestamente no se conocían y se extrañó.

Los dos chicos sonrieron al verla mirarlos ceñuda.

—¿Os conocéis? —preguntó, tratando de contener una sonrisa por la respuesta que imaginaba.

—Miranda, él es... Hace más de un mes que nosalgo con Jared... me dejó porque había conocido a alguien. Al parecer soy fácilmente olvidable.

—No lo sabía...

—Conocí a Mark el mismo día que me incorporé en Stardust. Él venía a buscarte pero entonces estabas en París. Supongo que fue como un amor a primera vista...

—Sabía que conocerte había sido algo bueno —dijo el futbolista, abrazando a la editora—. Pero dínos, ¿dónde está tu directivo?

—Tenía una reunión importante e inaplazable. No podía venir.

Después de una hora y media Pauline se acercó a Miranda y tiró de ella, apartándola de otras dos redactoras con las que reía.

—Ha llegado el director —dijo, tratando de ponerse lo más serio posible—. He oído que es un hombre de temer. Ha dicho que quiere verte en su despacho.

—¿Le has visto?

—Si. Parece un hombre serio. Yo de ti no le haría esperar —dijo, señalándole con la mirada la puerta cerrada del oscuro despacho.

Miranda caminó hacia la oficina sin saber cómo demonios había atravesado ese hombre la redacción sin que ella le viese. Llamó con dos toques y abrió el grueso ala de cristal. El director se encontraba de espaldas a la puerta y, sobre el respaldo de la silla asomaba la cabeza del hombre. Por un momento deseó que fuera Bastian, pero su nuevo superior tenía el pelo corto, por lo que descartó que fuera él.

—Disculpe la molestia —dijo ella, entrando en el despacho principal y cerrando la puerta para que no entrase el ruido—. Me llamo Miranda Warhol y trabajaré con usted en esta revista.

El hombre no respondió, hizo girar la silla, quedando frente a ella. Miranda lo miró con el ceño fruncido y se dio la vuelta para salir. ¿Le tomaba el pelo?

El directivo sacó algo de un cajón y corrió tras ella.

—¡Señorita Warhol, deténgase ahí mismo!—exclamó, haciendo que todos alrededor de la editora se apartasen— Prometo que habrá momentos en los que me odies, momentos en los que nos enfademos por el agotamiento, por los tiempos, prometo que habrá que esforzarse mucho. Pero también prometo que habrá días de pasión, de relax y días llenos de emociones y satisfacciones, aun así... —Bastian hincó una rodilla en el suelo y le ofreció un pequeño estuche alargado con una bonita pluma en su interior— ¿Querías ser mi editora?

Todos en la redacción empezaron a reír por la ocurrencia.

—¿Sólo eso Bastian? ¡Sabemos que hay algo más que simples palabras ente vosotros! —gritó Pauline entre el gentío, haciendo que Miranda la mirase con los ojos de par en par.

—Bueno, señorita Potts, esa proposición me la reservaba para la intimidación... —dijo con cara de fastidio—. Y bien, ¿Qué me dices?

—Bueno, me has engañado, me has ocultado que tu fueras el director de Vintage Romance y además que te habías cortado el pelo... Te queda fenomenal —susurró esto último—. Sí, claro, por supuesto que quiero ser tu editora, y cuando hagas la otra propuesta debes saber que también diré que sí —rió, agachándose para besarle directamente en los labios mientras todo el mundo aplaudía.

Ahora solo faltaba convertir la nueva revista en la más vendida del país.

Desde hacía más o menos un mes, Miranda se quedaba a dormir con Bastian después de hacer el amor, se abrazaba a él y permanecían piel con piel durante toda la noche.

Una de esas noches el directivo sacó un anillo de debajo de la almohada y cogió una de sus manos para poner la joya en el dedo apropiado. No era necesaria la pregunta de si quería ser su mujer, ya le había dicho que si en aquella fiesta.

—¿Y esto?

—Esto es tu anillo de compromiso.

—¿El pedrusco es un diamante? —Preguntó con el ceño fruncido, él asintió— Bastian yo no necesito joyas para aceptar el compromiso...Es precioso, no me malinterpretes. Es solo que...

—No lo compré. Por eso no lleva estuche. El anillo era de mi bisabuela. —La editora miró su mano con los ojos de par en par. ¿Era de su abuela y no se lo había dado a la que fue su esposa? —. Ninguna otra mujer en mi vida ha sido digna de llevarlo.

Y aquello, por si no había dicho suficiente, era la declaración de su vida.

Rodó sobre la cama, poniéndose sobre él y le besó, le besó como jamás había besado a nadie.

[1] El **vidrio electrocrómico** es un vidrio que pierde transparencia cuando se le aplica una corriente eléctrica. Una lámina de este vidrio está constituida por dos capas de vidrio en las dos caras exteriores y, entre ellas, por una serie de capas de materiales transparentes que tienen la cualidad de hacer perder la transparencia de una de ellas al teñirse de un color. Este fenómeno sucede cuando se le aplica una tensión eléctrica, y cuando la corriente se invierte el proceso también lo hace, recuperando así la transparencia. Es posible ajustar el grado de oscuridad hasta el nivel deseado. DreamGlass o SmartGlass son dos de las marcas que lo comercializan.